HISTORIA UNIVERSAL

II
El mundo griego

Equipo Redacción PAL

EL MUNDO GRIEGO

Sección: Historia

Equipo Redacción PAL

HISTORIA UNIVERSAL

Tomo II

EL MUNDO GRIEGO

2.ª EDICION



Mapas: ALVARO SANCHEZ

Apartado 73 - 48080 BILBAO
ISBN: 84-271-1438-9 Obra completa
ISBN: 84-271-1440-0 Tomo II
Dep. Legal: BU.-393.-1994
Printed in Spain
Impreso en Ediciones Aldecoa, S.L.
Pol. Ind. Villalónquejar.
C/. Condado de Treviño, s/n. Naves C.A.M. n.º 21
09001 BURGOS

INTRODUCCION

La historia de Grecia es una de las partes más importantes en la historia de la Humanidad. En sí es la historia de un pequeño pueblo, pero los logros de ese pequeño pueblo, extraordinariamente bien dotado en el campo de la política, de la literatura, del arte, de las ciencias y del pensamiento en general, fueron en sí extraordinarios y en muchos aspectos cabría decir que definitivos: en muchos campos lo logrado por los griegos constituye un canon o regla de lo clásico. Gran parte de esos logros se han perpetuado en la cultura occidental: nuestra política, nuestra filosofía, nuestra medicina, etc., están llenas de términos de origen griego, que no hacen más que reflejar la importancia que la aportación griega ha tenido en la formación de la cultura occidental.

Desde el punto de vista histórico es extraordinariamente interesante examinar detenidamente la génesis de esa cultura, desde los humildes comienzos de lo que cabría llamar pueblo heleno; es un aleccionador proceso de gestación, de robustecimiento, de tenaz defensa de sus propios valores, de errores y aciertos, de concentración y de expansión. Ese proceso termina precisamente con la gran expansión del helenismo, en la que la cultura griega rompe los límites geográficos de lo propiamente griego (heleno) y trasciende (heleniza) a otros muchos pueblos, que poco o nada tenían que ver originariamente con los griegos. En esa expansión la cultura griega en muchos aspectos asimila elementos procedentes de otras culturas, que por ese camino han venido a enriquecer la cultura de Occidente.

Desde el punto de vista cronológico la delimitación de una historia del pueblo griego es relativamente fácil: el punto de partida son las civilizaciones helénicas que existieron en la futura Grecia y que dieron lugar a la formación del pueblo griego. El límite final es la gradual absorción de los estados helenísticos por el nuevo gran coloso que fue Roma.

Desde el punto de vista metodológico se ha seguido la orientación que es característica de esta HISTORIA UNIVERSAL PAL: se ha procurado no reducir la historia a una colección de hechos, sucesos y datos. Consideramos que el conocimiento de esos datos es imprescindible, pero no suficiente, para conocer la historia. Por ello se mantiene la concepción tradicional de la historia como una sucesión de hechos históricos, pero se busca al mismo tiempo encuadrar esos hechos en el marco de situaciones económicas, sociales, culturales, concretas y cambiantes, sin cuyo conocimiento los hechos y los sucesos resultarían inexplicables. Por otro lado, se ha procurado evitar la orientación contrapuesta, que en muchas obras históricas actuales, reduce la exposición a presentar el marco económico-social-cultural con atención excesivamente escasa a los hechos y sucesos, que a su vez influyen con frecuencia decisivamente en la transformación del marco.

I. GRECIA PRIMITIVA

El país y su prehistoria

Las tribus prehistóricas que hacia el año 5000 pusieron pie en territorio griego y se esparcieron por las islas del Egeo encontraron un ambiente bastante menos deteriorado que el actual: con el paso del tiempo, la despoblación forestal para obtener carbón de leña y los daños provocados por los animales de pasto han terminado por privar al suelo de la protección de los árboles que mantenían su humedad y limitaba la erosión de las aguas pluviales. La lluviosidad era mayor que ahora y el subsuelo más rico en aguas, como lo prueban las numerosas fuentes hoy desecadas. Los animales salvajes eran abundantes. La vid y los olivos (entonces salvajes) crecían en ambiente ideal. En las llanuras costeras prosperaban el trigo y la cebada; las del norte, amplias pero menos expuestas al influjo del mar, se prestaban como hoy para pasto de bovinos y al cultivo de los cereales.

En algunas islas pequeñas en las que no había sitio para la agricultura, la pesca y el comercio se convirtieron pronto en las actividades dominantes. Algunas de ellas, gracias a la existencia de alguna fuente especialmente renombrada podían constituir un discreto reclamo para los navegantes necesitados de surtirse de agua y de dejar en seco cada noche las embarcaciones. A falta de sílice, el principal producto de intercambio era la obsidiana, que provenía de las islitas volcánicas situadas a la vista de las costas asiáticas.

Los hallazgos paleolíticos y mesolíticos son más bien escasos y denuncian una herencia musteriense y auriñacense sin variaciones notables. El neolítico está por el contrario bien representado en la pacífica cultura de Sesklo, destruida, como se ha dicho por la belicosa gente de Dimini. Poco más o menos contemporáneo de Sesklo es el primer establecimiento de Troya donde ya estaba iniciado el proceso de centralización de los recursos, ya que los jefes de la ciudad vivían en una residencia fortificada.

La civilización caria

La llegada de la gente de Dimini señala el comienzo del neolítico evolucionado en el norte y de la edad de bronce en el sur y abre el camino del mediodía a un aflujo de gentes nórdicas que no cesará hasta diez siglos más tarde.

Su conquista se limitó al principio a Tesalónica, al mismo tiempo que en el resto del Egeo florecía la civilización de los carios, así llamados porque en Caria (o este de Asia Menor), todavía en tiempos históricos, se hablaba su idioma.

No se sabe de dónde vinieron estos predecesores de los griegos: lo cierto es que su cultura no era heredera directa de las neolíticas locales. Pero se adaptaron inmediatamente al ambiente aprovechando sus posibilidades en todos los sentidos. La agricultura, la caza y la pesca constituían todavía la base económica, sobre todo en ciertas regiones lejanas del mar como Arcadia y Beocia. Sobre estas bases se habían llegado incluso a constituir algunas pequeñas potencias como Troya (la Troya II) que por sus tesoros y por la grandiosidad de sus fortificaciones hizo creer a Schliemann que había descubierto la Ilión destruida por los griegos. También en Siro, Tirinto, Melo y Creta, las fortificaciones hacen pensar en comunidades bien organizadas, con capacidad de realizar esfuerzos notables y eficaces para poder proveerse y defenderse.

Junto a las actividades tradicionales, adquieren cada vez mayor relieve el comercio y la artesanía que es presupuesto natural de todo comercio: la obsidiana de Melo, la plata del Atica y de Asia Menor, el mármol de las Cícladas han sido hallados por doquier. Troya y Creta, gracias a su privilegiada posición geográfica, polarizan y casi monopolizan el tráfico de las materias primas: el oro de Sifno, el cobre de Chipre, el mármol de Paros, el marfil y la cerámica de Egipto, el lapislázuli de Afganistán y el ámbar danés que llegaba a través de los Balcanes. Algunos centros se especializan en la joyería como Troya II.

Mientras la Grecia septentrional no conoce todavía el cobre, aquí se emplea ya el bronce con un 10 % de estaño. En Cnosos se ha hallado un vaso de liparita (una variedad de obsidiana que sólo se encuentra en Lípari). El activísimo intercambio de bienes de consumo entre Troya y Grecia (vino, aceite, especias, trigo, tejidos) está documentado con certeza por los mismos restos de los vasos en que viajaron estas mercancías. Los progresos de la técnica naval (embarcaciones que alcanzan ya los 15 metros de eslora) favorecen las empresas de transporte y de producción, algunas de las cuales adquieren tal renombre que marcan las mercancías con su sello propio.

La base de esta actividad de intercambio comercial es la disponibilidad de metales como el cobre, la plata, el oro, o materiales como la madera, el esmeril, todos ellos objeto de una fuerte demanda en Oriente que, como se sabe, era bastante pobre. De Oriente llegan a su vez, artesanos magníficos, que traen consigo sus adelantados métodos de trabajo. Esto libera a la economía egea de la necesidad de buscar manufacturas fuera y acentúa su posición de ventaja. Son los recursos acumulados por la clase dominante de Oriente los que toman el camino del Egeo y gracias a ellos la sociedad egea puede desarrollar la preciosa función de puente entre Oriente y Occidente.

Los efectos de esta extraordinaria movilidad de hombres y mercancías se hace notar sobre todo en Creta: Cnosos, Festos, Hagia, Triada crecieron en proporción a su

riqueza. La evolución política con su paso de la organización de clan a la organización ciudadana, fue por el contrario más bien lenta: el primer palacio principesco, (el de Vasiliki) no surge más que hacia fines del período cario. En Oriente la revolución ciudadana se había realizado sólo mediante la servidumbre de todas las clases inferiores: en Creta, por el contrario, esto sólo era posible en lo concerniente a los campesinos, pero no ciertamente con los mercaderes, difícilmente controlables, ni con los artesanos, la mayor parte extranjeros a quienes interesaba atraer porque eran la base misma de la independencia económica.

Pero la subida de una clase dominante «capitalista» estaba en la lógica misma de la coyuntura favorable y no podía ya tardar.

Nuevos pueblos

Al final del tercer milenio se abre una época confusa. Se producen mutaciones profundas debidas a la venida de gente nueva o por infiltraciones lentas o por invasiones masivas. Las poblaciones carias pierden su independencia. Sin embargo los nuevos dominadores, una vez que redujeron a servidumbre a los habitantes (exceptuando tal vez a las clases dirigentes como parece sucedió en Tirinto) aceptaron en su mayor parte la civilización y la lengua de los vencidos. Una vez más en el origen de todo ello está la presión indoeuropea. Los danubianos, portadores de la cerámica del cordel, llegan hasta Creta hacia el 2100, empujados por los *minos* que destruyen la Troade y se desparraman por Tesalia. Estos minos, tal vez indoeuropeos, conocían ya el cobre que aparece así en Grecia septentrional con cuatro siglos de retraso respecto del resto del Egeo (el bronce se difundirá con ocho siglos de retraso). Su desplazamiento hay que ponerlo ciertamente en relación con el establecimiento de los indoeuropeos hititas y luvios en Asia Menor. En este momento el escenario del Egeo se halla fuertemente diversificado:

mientras en Creta florece, como fruto del injerto cario-danubiano, la gran civilización minoica (que veremos enseguida), en la península helénica hacen su entrada los primeros indoeuropeos portadores de la cerámica del cordel: son los primeros griegos o mejor, los antecesores de los griegos: primero los ionios y los eolios y luego (hacia el 1600) los aqueos.

La civilización minoica

Las revoluciones que se sucedían en el continente aceleraron en Creta la revolución ciudadana: la isla temía esas revoluciones y el inminente peligro aconsejaba organizar la defensa. Así fatalmente el poder se concentraba en las manos de aquellos que eran capaces de ofrecer protección. La residencia fortificada de Vasiliki es un primer ejemplo bien pronto imitado.

Pero la invasión vino sin sobresaltos. Los advenedizos eran, como ya hemos dicho, danubianos portadores de la cerámica de cordón y ningún signo de destrucción acompaña a esta cultura en los estratos arqueológicos. Por el contrario, en la isla salida de la postración, surge una explosión de nueva vitalidad como si su espiritualidad hubiese sido enriquecida. Se abre una época de gran esplendor, el período de los primeros palacios[1], el co-

---

1. Dos son las cronologías adoptadas para la historia cretense. La primera se basa en las vicisitudes históricas y la segunda en los estratos arqueológicos. Los estratos arqueológicos de Creta son nueve, subdivididos por Sir A. Evans en tres períodos de tres estratos cada uno, que del nombre del rey Minos se llaman Antiguo, Medio y Minoico y, quedan abreviados con las siglas AM, MM, TM. En síntesis:
AM - I, II, III: civilización caria (hacia 3000-2100)
MM - I, II: período de los primeros antiguos palacios (hacia 2100-1650)
MM - III; TM - I, II: período de los nuevos palacios (hacia 1650-1400)
TM - III: período de decadencia (1400-1200)

Es de notar que a los nueve estratos cretenses corresponden otros tantos estratos en todo el ambiente egeo (Cícladas, Tróade, Grecia meridional), cosa que ha facilitado mucho el establecimiento de una cronología relativa. El hallazgo de objetos datables (sobre todo egipcios) ha permitido luego establecer una cronología absoluta bastante aproximada.

mienzo de una civilización extraordinariamente compleja en la que se funden elementos indígenas y carios, danubianos y orientales. En Cnosos, en Festos, tal vez incluso en Malia, surgen palacios gigantescos, en los que, sobre todo en el de Cnosos, más que su grandiosidad impone la riqueza de los preciosos materiales empleados: las cámaras tienen zócalos de alabastro, columnas de madera sostienen la techumbre, los pavimentos son de piedra pulimentada y las paredes están decoradas con frescos. Salas suntuosamente decoradas se alternan con pequeños patios interiores sin un diseño determinado, como si todo hubiera sido concebido en la más completa libertad de un arquitecto imaginativo y caprichoso que no tiene problemas de espacio, ni de clima ni de defensa, sino de elegancia y refinamiento. Por eso abre grandes ventanas para que entren la luz y los colores, porque aquí el refinamiento llega hasta el goce de la naturaleza.

Cierto que la situación internacional no podía ser más favorable: Creta era de hecho la dueña de mercancías y materiales de primera necesidad (como el estaño europeo, indispensable para la industria del bronce), precisamente al tiempo en que el mercado oriental recuperaba enteramente su poder adquisitivo: Egipto hacia el 2000 se había recuperado de la anarquía que había destruido el Imperio Antiguo y los faraones de la XI y XII dinastías sostuvieron con Creta muy estrechos lazos comerciales; en este mismo tiempo llegaban de Mesopotamia las demandas de los ricos reyes de Ur. Cuando la invasión de los hycsos truncó el tráfico con Egipto, Babilonia había sido pacificada bajo la casa de Hammurabi; durante la crisis que siguió en Mesopotamia, Egipto se presentaba de nuevo unificado y listo para emprender incluso una política de expansión. De este modo el fruto de las fatigas de pueblos enteros afluía sin cesar a Creta para alegrar la existencia de sus refinados señores.

En cuanto a las clases inferiores, hemos ya notado cómo, al menos en comparación con los mercaderes y artesanos, no podía disfrutar de la vida. El pueblo bajo se

amontonaba en los barrios sucios y tortuosos de las ciudades y ciertamente tenía que ser muy dura también la vida de los siervos en el campo.

Hacia el 1650 los palacios de Festos, Cnosos, Tilissos fueron arrasados. Tal vez se trató de uno de tantos terremotos, tan frecuentes en el Egeo, o más probablemente de una insurreción de los campesinos exacerbados.

La interrupción no duró más que una cincuentena de años. Después, casi de improviso, surgieron en Festos, en Hagia Triada, nuevos palacios más grandes y suntuosos. En Cnosos, el palacio real surge sobre las mismas ruinas del antiguo: todo un laberinto de patiecillos interiores, una fuga de corredores y salas decoradas con frescos y bajorrelieves que no es extraño que hayan despertado la fantasía de los antiguos. Es probable que en esta época Creta se hubiera encontrado, al menos temporalmente, bajo el dominio de un único monarca (el mítico Minos, nombre que sin embargo era probablemente sinónimo de rey): tablillas e inscripciones (todavía no descifradas) hacen pensar en la existencia de una burocracia y por lo tanto de un poder centralizado. Creta vuelve a ser el centro del comercio del Mediterráneo: objetos de lujo y de uso común, sustancias para la coloración de los tejidos y el curtido de pieles, cerámica, armas, joyas, esculturas se exportan a Egipto, Siria, Babilonia y Grecia. Los señores de Micenas, llegados poco ha del norte, quedan fascinados, les hacen imitar a los propios artesanos, llaman a arquitectos cretenses para sus palacios. Flotillas mercantes, escoltadas por navíos de guerra, llegan a Sicilia, a Lípari, a España, a la Galia a comprar cobre, piedras semipreciosas, trigo y sobre todo estaño de Cornualles a través del valle del Ródano. Así se extiende también por Europa la edad de los metales. En el mar, Creta no tiene rivales. Es el momento de su talasocracia (*thalassa* = mar). En cambio en tierra firme, los cretenses se contentan con establecer emporios, escalas, factorías. No hay trazas de conquistas armadas de los cretenses. Ciertamente que se hizo algún intento que ha quedado en las leyendas

como la de Ariadna y Teseo, el héroe ateniense que liberó a su pueblo del tributo anual de siete jóvenes y siete doncellas al cruel Minotauro cretense. El mismo Minos murió según la leyenda en Sicilia. En todo caso sólo se trató de tentativas esporádicas: Creta no tenía mucho interés en procurarse por la fuerza lo que ya conseguía por medios pacíficos. Era precisamente la paz y el ocio feliz lo que amaba Creta. Su sociedad rica y elegante ocupaba el día entre banquetes, fiestas, espectáculos de toros y competiciones gimnásticas. Amaba los colores brillantes, los tejidos preciosos y las obras de arte. El refinamiento contenido de la edad precedente fructificó ahora en una eclosión de sensualidad y desenfrenado gozo de vivir. Aquel ideal de felicidad, de perfección y de belleza que el género humano busca, se realizó por primera vez aquí, en esta tierra que no en vano llamaron los antiguos «la isla de los bienaventurados».

Los aqueos y el fin de la sociedad minoica

Mientras tanto otras fuerzas jóvenes e intactas están a punto de despuntar. Son fuerzas que la misma influencia de Creta ha descubierto y puesto en movimiento. Hacia el 1500 comienzan a recorrer los mares las primeras naves griegas. En el oeste de Creta comienzan a establecerse pequeñas colonias de aqueos. Cincuenta años más tarde, una expedición aquea toma y destruye Festos, Mallia y Hagia Triada. Creta paga así su desunión política y ve comprometida su supremacía marítima. En Cnosos y en su pequeño imperio continúa aún durante cincuenta años una cultura brillante, aunque ya estancada, hasta que hacia el 1400 llega la catástrofe. Una sublevación popular contra los nuevos señores, tal vez promovida por el príncipe de Cnosos, ofrece a los aqueos la ocasión para eliminar el incómodo vecino: Cnosos, Takros, Gournia y otras ciudades son entregadas a las llamas. El pueblo cretense desaparece de la historia. Pero la semilla de su civilización está ya germinando bajo la dura corteza de los conquistadores.

La civilización micénica

Los nuevos conquistadores habían llegado del norte doscientos años antes, en la época de los nuevos palacios siguiendo el mismo itinerario de sus predecesores los jonios y eolios. Su superioridad en la guerra se basaba en el uso de los carros de combate y en un nuevo tipo de espada de bronce muy afilada, apta para herir de filo. Como todos los indoeuropeos, no hicieron distinción entre sus afines y los indígenas; pero una vez más la conquista estuvo acompañada de una enorme capacidad de asimilación. En las tumbas principescas más antiguas (tumba «en fosa») la convivencia de las dos culturas está bien documentada por estelas funerarias donde el jefe está representado sobre su carro de guerra o cazando leones, con máscaras fúnebres en láminas de oro, con trofeos de caza, todos ellos elementos micénicos, junto con gran cantidad de objetos de origen cario o cretense: copas, collares de metales preciosos, gemas con incisiones, espadas de bronce con escenas de caza o de guerra, en parte fruto de razzias y en parte creaciones de artesanos cretenses conducidos allí como prisioneros de guerra o llegados a Micenas voluntariamente. Era el encuentro de dos espiritualidades que respondían a dos tendencias eternas del alma humana, pero que no se pueden imaginar más antitéticas entre sí: lo que tenía la cretense de libre y refinada, tenía la micénica de ruda y cerrada, ignara de toda elegancia, únicamente atraída por el rudo ejercicio de la caza y de las armas. Pero a partir del 1500 asistimos a un lento proceso de fusión: el soplo del arte cretense envuelve y dulcifica la severa penumbra de los palacios micénicos. En Micenas, en Tirinto, en Pilos, el corazón del palacio sigue siendo todavía la sala central con el techo sostenido por columnas, el *megaron*, característico de las construcciones nórdicas, al que se accede por pasajes obligados (los palacios son ante todo roqueños) y por rampas estrechas bien diversas de las amplias escalinatas de los palacios cretenses. Pero los estucos y los frescos que decoran estancias y corredores, la disposición a veces

caprichosa de los espacios menores, la misma técnica de la construcción en piedra escuadrada, son de marca minoica. Así, en las ciclópeas murallas defensivas (en Tirinto su espesor alcanza los 15 metros) en las gigantescas tumbas de cúpula, verdaderas obras maestras de ingeniería, la técnica decorativa y la habilidad constructora minoica se unen a la grandiosidad del alma micénica. Luego, las tumbas (las pocas que no han sido despojadas) nos han devuelto tesoros inestimables: armas y copas de bronce incrustadas de oro y plata, jarras en oro y plata, espadas con empuñadura de oro y pomo en marfil y piedras preciosas, joyas, mobiliario con incrustaciones de marfil, pequeñas sierras redondas hechas con dientes de elefante, cerámica de factura finísima e incluso instrumentos de trabajo, como sierras de bronce cretense de más de 150 centímetros de longitud. Los talleres y laboratorios son naturalmente de propiedad de los príncipes y la producción está sometida a un rígido control burocrático como lo demuestran los archivos descubiertos en los palacios micénicos: pero es probable que la clase artesana continuara gozando de una posición privilegiada aunque no fuera más que por las condiciones de competencia con los cretenses en que se encontraba. Por el contrario los campesinos debían estar, como siempre, explotados sin piedad.

Después de la conquista de Creta los confines del mundo micénico se ensanchan desmesuradamente: no hay fuerza que por el momento pueda disputar a los aqueos el dominio del Mediterráneo; pero con fuerza cada vez mayor sobresalen algunos señores como los del Orcómeno (Beocia) o los de Micenas que controlan los accesos al Peloponeso. Los príncipes menores reconocen su alta soberanía, les pagan tributos, se esfuerzan en ofrecerles ayuda y en participar en las expediciones a tierras lejanas. Es un sometimiento relativo que les reporta interés porque les abre nuevas perspectivas de botín y de gloria. La dominación aquea no se extiende, naturalmente, sobre toda la Hélade: vastas zonas del norte eólico, el Atica, Eubea, quedan fuera de su influencia.

Aparte de la ocupación armada de Creta y de las Cícladas meridionales, parece que la expansión aquea había tenido en un primer tiempo carácter principalmente comercial. Tenemos noticias de intercambios regulares con Italia, Sicilia, Cerdeña, Galia y la Península Ibérica hacia el oeste; con Chipre, Rodas, Palestina, Fenicia (Ugarit) hacia el este; e incluso de tratados comerciales con Egipto, Babilonia y los hititas. Más tarde cuando las restringidas llanuras de la tierra patria se hicieron insuficientes, vino la expansión armada en dirección hacia oriente a través del itinerario de las islas. Los anales hititas nos narran las luchas entre micénicos y licios, descendientes directos de los cretenses, huidos de la isla al tiempo de la invasión. En Panfilia surgió un reino aqueo. Rodas, Caria y las costas meridionales de Asia Menor conocieron seguramente asedios aqueos. En cambio, en las costas septentrionales, los aqueos sólo hicieron algunas tentativas sin éxito. Una expedición dirigida por Atreo (el legendario padre de Agamenón y Menelao) contra la Troade fue rechazada por los hititas hacia el 1250. El asalto fue repetido tal vez más tarde por sus hijos y por los jefes aqueos de la epopeya homérica, pero seguramente también sin éxito. Las excavaciones han desmentido sin sombra de duda la tradición, tan tenaz, de la toma de Troya por los aqueos[2]: Troya VI fue destruida por un terremoto hacia el 1350 y la subsiguiente Troya VII por las hordas tracias de los pueblos del mar hacia el 1200. De la conquista griega no se ha encontrado ni la más mínima huella.

2. Además de los poemas homéricos, esta leyenda ha sido alimentada por la presencia completamente probada en Asia Menor de un pueblo que en los anales hititas se llama Ahhijawa y en los egipcios del tiempo de Merneptah Aqqaiwasa. Estos ahhijawa fueron antiguamente identificados con los aqueos pero lo que sabemos de estos últimos no concuerda con las noticias hititas sobre los ahhijawa. Tal vez los ahhijawas y los aqueos pertenecían a la misma cepa; después de haber entrado en Asia Menor e incluso haber invadido la Tróade, los ahhijawas se establecieron allí mientras los aqueos emigraron a Grecia: no olvidemos que Homero atribuye la misma civilización a griegos y troyanos. Tal vez ambos grupos estaban ya divididos en el momento de elegir entre Grecia y Asia Menor.

El fin de los micenos

La catástrofe que se abatió hacia el 1200 sobre todos los países ribereños del Mediterráneo oriental, no debió pasar por alto Grecia y con toda probabilidad estuvo precedida de signos premonitorios. Apenas había sido sometida Creta y ya surgían por doquier las ciclópeas fortificaciones de las que hemos hablado y que sólo se explican suponiendo que los aqueos tenían alguna noción de la tempestad que se estaba gestando en el norte. Un siglo más tarde todas las ciudadelas micénicas están abatidas: la roca de Cadmo en Tebas, las incompletas fortificaciones de Gla, Orcómenos, Tirinto, Pilos, Micenas. En Creta la población encuentra refugio en las montañas. En Asia Menor los aqueos se adaptan en cierto modo a la situación agregándose a los invasores que siguen en dirección a Egipto y dispersándose de este modo en aquel inextricable ovillo de pueblos. En la península helénica, por el contrario, su poder queda destruido por completo: es un fin prematuro porque no alcanza a una civilización en declive sino a unas energías frescas y vitales y en plena expansión y tal vez por eso mismo todavía desordenadas y dispersas. Precisamente este nos parece hoy el mayor defecto de la sociedad micénica: la falta de cohesión. Frente al peligro común, en vez de concentrar los esfuerzos y deponer las actitudes cantonales, los aqueos perseveraron en sus sangrientos conflictos dinásticos, en sus expediciones más aventureras que bien organizadas, desperdigando sus fuerzas en un teatro de operaciones demasiado vasto. Pagaron el tributo de un defecto que quedó ya para siempre como característico de la mentalidad griega.

Los pueblos del mar

Forzosamente infravalorado e incluso muchas veces ignorado cuando las pruebas arqueológicas eran inconsistentes, este grandioso movimiento migratorio va conquistando cada vez mayor consideración porque está demos-

trado que convulsionó literalmente el asentamiento étnico y político de Grecia y del Próximo Oriente, provocó desplazamientos masivos de poblaciones, canceló imperios y favoreció el nacimiento de nuevas naciones y nuevas civilizaciones. Sus orígenes y su evolución no están todavía aclarados suficientemente. Es cierto que tuvo su origen en la península balcánica donde hacía tiempo se habían asentado, como hemos visto, los ilirios, los tracios, los frigios y los helenos, todos ellos indoeuropeos. Tal vez una prolongada carestía, o más probablemente la presión de gentes no identificadas, provocó el desplazamiento hacia el sur a lo largo de las bien conocidas vías comerciales que conducían al Egeo. Hacia el 1200 comenzó el cataclismo. Mientras los umbrios penetraban en Italia, una gran corriente migratoria se desparramó por tierra en dirección a la península helénica. Constituida principalmente por dorios y griegos del noroeste estuvo flanqueada por vía marítima por contingentes de ilirios que fueron recalando por las costas del Adriático y el Jónico hasta que desembarcaron en Creta de donde volvieron a salir con el nombre de *filisteos.* La Biblia dice que los filisteos eran cretenses en fuga por la amenaza doria: sea como sea, en ellos existían muchos elementos indoeuropeos, sobre todo ilirios. Después de una estadía en Chipre de la que existen documentos arqueológicos, los filisteos desembarcaron en Palestina, se aliaron con otros grupos en movimiento y con los libios y finalmente atacaron Egipto.

Una corriente compuesta por ilirios, tracios, frigios, misios, y bitinios penetró en Asia Menor. La Troya homérica fue su primera víctima. Mientras tanto los tirsenos (*Tyrsenoi*) establecidos un poco más al sur, emigraron en masa, parte hacia las islas del estrecho, parte hacia Egipto donde fueron rechazados por Menerptah. Así fueron obligados a hallar nuevas sedes. Una tradición fuertemente discutida, pretende que llegaron finalmente a las costas toscanas y dieron el nombre al mar Tirreno en el que estaban destinados a ejercer su supremacía durante algunos siglos. La oleada mientras tanto iba creciendo según iba avanzando y arrastrando consigo como detritus, una

gran masa de elementos extraños y heterogéneos. Destruyó el imperio hitita, se estrelló, no sin causar algún daño, contra la barrera asiria, para refluir después a través de Palestina, en dirección a Egipto donde fue dominada por fin por Ramsés III tras un período confuso de luchas.

También estos pueblos hubieron de buscarse nuevas sedes para establecerse. Pronto encontramos ya establecidos, ahora establemente, en Palestina, a los filisteos; a los danaana en Cilicia; a los moscos en Frigia. Sin embargo, sigue siendo un misterio dónde se fueron a instalar otros grupos de los que quedan testimonios en las inscripciones y figuras de Egipto. En realidad existe una pista: vemos aparecer en occidente poco más tarde, nuevos pueblos que ciertamente no eran indígenas. En Sicilia, en Cerdeña, estos nuevos pueblos tuvieron que llegar del mar y se ha adelantado la idea de que fueron los descendientes de los *Tshkr* y de los *Shrdn* nombrados en las fuentes egipcias. Ciertamente, la afinidad de los nombres es impresionante como impresionante es la semejanza de *Tyrsenoi* dado por los griegos a los etruscos con el de otros pueblos de los mares, los *Trshw.* Pero se trata siempre de indicios y de suposiciones, no de pruebas históricas basadas en documentos irrefutables: en el estado actual de los hallazgos la cuestión no está más que planteada en sus líneas esenciales. Los detalles deben ahora ser confirmados por pruebas arqueológicas.

Hemos enumerado a todos los pueblos que tuvieron alguna presencia histórica grande o pequeña en el área de Asia Menor y el Mediterráneo Oriental. Pero es menester dedicar un espacio mayor a los griegos cuya civilización es una premisa fundamental de la que nosotros hemos heredado y de la que participamos.

La migración dórica

El panorama étnico y cultural de la península helénica fue siempre bastante vario. La migración dórica o, como

hoy se prefiere llamar griega lo complicó aún más. Ya la composición étnica de los nuevos invasores era todo menos homogénea. Se trataba en su mayor parte de griegos indoeuropeos entre los que se distinguían un fuerte contingente de dorios y otros grupos que se suelen denominar griegos noroccidentales, pero había también entre ellos grupos no despreciables de carios, ilirios y tracios. El mismo grupo de dorios estaba compuesto por dimanos (griegos) ileos (de Iliria) y pánfilos (es decir, amigos: seguramente un grupo mixto a su vez).

Conforme iba avanzando la conquista, la tribu se sentía obligada a acoger en su seno los elementos más variados, sobre todo cuando al penetrar en los territorios conquistados no se sentía ya con suficiente fuerza y debía proceder a pactos con las poblaciones a las que no podía dominar. Los cuatro siglos subsiguientes contemplaron así una continua mezcla de razas y de culturas que hoy resulta imposible descifrar. De los primeros griegos herederos de la cultura micena, fueron pocos los grupos que consiguieron permanecer independientes unas veces luchando desesperadamente como los jonios del Atica o refugiándose en territorios de difícil acceso como Acaya y Arcadia.

En la cuenca del Egeo fueron revolucionarias las consecuencias de las invasiones. Los eolios, empujados por las tribus del noroeste que no siguieron por el mar, trataron de buscar refugio en las islas que se hallan frente a la Tróade y más tarde en las costas de la misma Tróade. Pronto quedaron sumergidos aquí bajo una migración masiva de jonios del Atica que mientras tanto habían ocupado Eubea, las Cícladas, Samos, Quíos y la franja costera central de Asia Menor. La expansión de los dorios tuvo una extensión enorme. En varias oleadas o contenidos por la resistencia de las poblaciones del Peloponeso se extendieron a lo largo de la cuenca meridional del Egeo (Espóradas, Creta, Rodas) y por las costas meridionales de Asia Menor (zonas de Cnido y Halicarnaso con pequeños contingentes en Panfilia y Cilicia), mientras que sus ataques a Chipre resultaron vanos permaneciendo la isla en manos de los aqueos.

Así toda la cuenca del Egeo se convirtió en dominio incontrastado de las estirpes griegas. Llegaban a la nueva patria o a las nuevas patrias con sus ideales, su mentalidad, sus particulares formas de gobierno y se mezclaban con los antiguos habitantes asumiendo en parte su lengua, sus costumbres y sus creencias religiosas. Se repetía así en un nuevo ambiente la misma mezcla étnica y cultural de la madre patria.

La cultura homérica

La lengua griega

El griego fue la lengua introducida por los invasores helénicos de Grecia en sus sucesivas oleadas procedentes del Norte: es una lengua indogermánica en cuyo vocabulario entraron en diversas épocas palabras procedentes de las lenguas de los pueblos prehelénicos como los pelasgos y de otros pueblos vecinos o invasores (persas, egipcios, fenicios, etc.). Las sucesivas oleadas de helenos que fueron invadiendo Grecia desde principios del segundo milenio a.C. no hablaban una lengua griega uniforme, sino diversos dialectos de esa lengua. Durante mucho tiempo siguió dándose esa pluralidad dialectal entre las diversas regiones griegas, según fuese el grupo invasor que hubiese predominado en cada región, o hubiese conseguido imponer su dialecto. Entre los principales dialectos hay que destacar el jonio-ático (hablado sobre todo en la costa occidental de Asia Menor y en el Atica), el arcadio-chipriota (parte del Peloponeso y Chipre), el eolio (Eolia, Tesalia Beocia), el dórico (Creta, islas del Sur, parte del Peloponeso).

Los griegos comenzaron a escribir hacia fines del siglo XI a.C. con un alfabeto de origen fenicio que inicialmente tenía 22 consonantes y carecía de vocales. Un paso decisivo para la definitiva configuración del alfabeto griego fue el dar valor de vocal a cinco consonantes del

alfabeto fenicio que carecían de aplicación para la fonética griega. Esa pronta introducción del alfabeto contribuyó poderosamente a la fijación de la lengua y de la literatura, inicialmente transmitida por tradición oral.

El nacimiento de la épica

En una época difícil de fijar nació en Grecia de forma análoga a la de otros pueblos, la poesía épica. En Grecia llegó a una altura extraordinaria en el siglo VIII con las figuras de Homero y Hesíodo, pero tuvo precedentes muy anteriores. En el mundo micénico debió de haber *aedos* (cantores o rapsodas) que iban recitando cantos épicos por las cortes y en las fiestas populares. Unas veces eran autores de lo que cantaban. Otras veces repetían poemas más o menos largos transmitidos por la tradición. Con frecuencia transformaban lo que había llegado hasta ellos dándole su propio sello. Al recitar se acompañaban de la cítara. No raras veces improvisaban. Generalmente utilizaban un metro poético sencillo (el hexámetro) lo que con habilidad y práctica les facilitaba la improvisación o la transformación de lo que cantaban. Sus temas principales eran las hazañas de los héroes pasados.

De esa primitiva épica griega se han perdido la mayor parte de las obras, o han subsistido solamente en las leyendas, que se configuraron entonces y aparecieron más tarde en otras formas literarias como la tragedia. Sin embargo lo que se conserva es de extraordinaria importancia y valor literario. Son las obras de Homero y Hesíodo.

Homero y Hesíodo

Homero según la leyenda fue un rapsoda ciego oriundo de la costa jónica de Asia Menor, íntimamente vinculado a la isla de Quíos (Chios). La tradición le atribuye los dos grandes poemas, la Ilíada y la Odisea, además de

otros himnos y obras menores. La crítica histórica actual le sitúa en el siglo VIII y considera que para componer su obra utilizó con profusión cantos épicos anteriores a los que dio forma. Es probable además que la Odisea y la Ilíada no procedan del mismo autor, ni exactamente de la misma época. En todo caso en las dos obras la épica griega alcanza una altura extraordinaria: la grandiosidad de muchas narraciones, el profundo sentido humano de otras, los aciertos de disposición, lo directo y a veces ingenuo de la descripción y la belleza de forma de la presentación llega en muchos casos a extraordinaria altura. La Ilíada narra un episodio de la guerra de Troya (Ilion) en la que según la leyenda, tal vez con una base remota en la realidad histórica, una serie de príncipes aqueos atacaron, sitiaron y destruyeron la ciudad de Troya en Asia Menor cerca de la entrada del Helesponto (Mar de Mármara). La Odisea narra las peripecias del viaje de vuelta a su tierra (la isla de Itaca en el Mar Jónico) de uno de esos héroes: Ulises (gr. *Odysseus*). Los dos poemas comprenden un total de unos 28.000 hexámetros en dialecto eolio muy influido por formas jónicas.

Junto a Homero y con una orientación muy distinta destacó Hesíodo, un campesino pobre de Acra (Beocia) nacido hacia el año 700 a.C., que se hizo rapsoda y compuso dos importantes obras: la Teogonía (gr. *theos* = dios; *gone* = generación) en la que expone basado en mitos populares el parentesco de los dioses entre sí; y los Trabajos y los días, un curioso poema dirigido a su hermano, lleno de reflexiones y consejos prácticos en los que se refleja la mentalidad de un campesino pobre.

En los poemas homéricos y en Hesíodo aparece descrita con cierto detalle la vida diaria de Grecia, lo que cabría llamar la cultura homérica. Como los poemas homéricos no se escribieron de una vez, sino que son producto de la superposición sucesiva de materiales literarios compuestos y ordenados en distintas épocas; y como narran hechos que en el mejor de los casos ocurrieron en época muy anterior a aquella en que fueron escritos, no se puede

aceptar con total seguridad que todos esos rasgos pertenezcan a la misma época. Por otra parte los restos arqueológicos son escasos. Con todo a través de esos datos cabe hacerse una idea aproximada de lo que fue la estructura económico-social de Grecia después de la invasión doria.

Sociedad y economía

La invasión dórica tuvo importantes consecuencias en lo referente al régimen de la propiedad del suelo. Los conquistadores se adueñaron de todas las tierras de labor. El rey se reservó una parte de ellas. Otra fue entregada a personas particularmente vinculadas con el rey y finalmente la mayor parte fue entregada en lotes de igual extensión a los conquistadores. Este sistema encerraba en sí la semilla de futuros conflictos: aunque de igual extensión, los lotes eran de muy diverso valor por la calidad del terreno y por su cercanía o lejanía respecto a la ciudad. Por otra parte la población sojuzgada carecía de tierras propias. Además de esas tierras de labor sujetas al régimen de propiedad privada, existían amplias extensiones de tierra comunal que comprendía los pastos y los bosques (mucho más abundantes en la Grecia antigua que en la actual).

La forma normal de asentamiento del propietario agrícola griego de la época homérica fue el cortijo rural, no la ciudad ni la aldea. En el cortijo se hallaba la vivienda del propietario y su familia, las de los demás labradores, los establos, graneros y demás dependencias.

Cada propietario rural solía producir por sí mismo todo lo que necesitaba y en cada hacienda había una pequeña artesanía: producción y en su caso reparación de telas, vasijas, instrumentos variados necesarios para quienes vivían y trabajaban en el cortijo. Se aprecia también la existencia de una artesanía especializada, como por ejemplo la fina cerámica de lujo que ya en los siglos VIII y VII a.C. produjo bellas vasijas decoradas, la construcción de

buques, la fabricación de armas y otros instrumentos de metal, etc. Desde la segunda mitad del siglo VII a.C. los griegos comenzaron a utilizar la moneda para sus intercambios, y sabemos que además del comercio interior existió también un comercio de importación y exportación: Homero menciona por ejemplo los barcos griegos que penetran en el Helesponto (Mar de Mármara) transportando vino. El comercio marítimo estuvo por otra parte íntimamente ligado a la piratería.

En las grandes propiedades agrícolas además del propietario y su familia trabajaban esclavos (*douloi*) y braceros libres (*thetai*) que labraban la tierra del propietario a cambio de sus productos en especie por contratos a largo plazo. Aunque inicialmente los lotes de tierra habían sido de igual extensión, apareció pronto una distinción entre grandes y pequeños propietarios. Estos con frecuencia no podían vivir del producto de sus tierras y tenían que emplear parte de su actividad como trabajadores de tierras ajenas.

II. EVOLUCION DEL MUNDO GRIEGO (siglos VIII al VI a.C.)

El particularismo griego: nacen las ciudades-estado

Era imposible que de esta mescolanza de pueblos y culturas surgiese un estado unitario, aunque los vencedores hubiesen intentado construirlo. En realidad su mentalidad era totalmente ajena a tal estado. No concebían otra organización que la familiar o tribal, ni otro vínculo que el de la sangre. Las efímeras alianzas fuera de este margen sólo estaban dictadas por la necesidad. Muchos factores ambientales e históricos contribuyeron además a acentuar más esta tendencia hereditaria al fraccionamiento. Tales son: el perenne estado de guerra que perduró en los siglos siguientes a la invasión, por la posesión de las tierras más ricas; la parálisis del tráfico comercial, retraido por la inseguridad de las vías y de la falta misma de compradores, porque los invasores habían suprimido las cortes principescas y los centros de intercambio micénicos; las características físicas del ambiente, recortado por el mar y por las cadenas montañosas; la diversidad de los elementos culturales de la tradición indígena que cada grupo estaba asimilando separadamente; las diferencias de las condiciones económicas entre zona y zona, que provocan soluciones políticas diferentes: y cuanto más se acentuaban estas diferencias, tanto más difícil resultaba la fusión.

También la situación internacional favoreció esta tendencia al particularismo. De hecho, en más de siete siglos Hélade no conoció una ocupación extranjera (que hubiera podido favorecer un proceso de unificación) y ni siquiera

tuvo que soportar ninguna amenaza (que hubiera podido despertar una solidaridad «nacional»). Por otra parte, precisamente porque el país estaba fraccionado, ningún grupo podía poseer la fuerza suficiente para unificarlo desde el interior. En resumen, no existía en el mundo helénico el más mínimo presupuesto para la formación de un estado unitario. Por la fuerza de las circunstancias, el hombre griego estaba constreñido a limitar el radio de su visión política al restringido ámbito de la propia comunidad o ciudad.

En estas condiciones cada ciudad con el más o menos extenso territorio circundante (es decir, toda *polis*) estaba destinada a convertirse en un estado: una ciudad-estado, con una jurisdicción territorial propia, con leyes y ordenamientos propios, con tradiciones, costumbres, divinidades tutelares propias, que estipulaba tratados, hacía alianzas y declaraba guerras: en una palabra, un estado independiente y soberano.

Dentro del territorio de la *polis* la propiedad privada era enajenable desde una época difícil de precisar. Los límites entre propiedades de distinto dueño se señalaban con mojones de piedra *(horoi)* en los que con frecuencia se inscribía el nombre del propietario. Cuando la finca o la casa estaba hipotecada en garantía del pago de las deudas contraídas por el propietario en los mojones se hacía constar el nombre del acreedor y la existencia de la hipoteca a su favor. De esta forma los mojones cumplían de una forma rudimentaria con la función de publicidad que en el mundo moderno tienen los registros de la propiedad.

La posibilidad de enajenar las tierras, la importancia que en la vida económica fue adquiriendo el recientemente creado dinero (mediados del siglo VII a.C.) y la desigualdad con que afectaron a unos y otros propietarios las frecuentes guerras contribuyeron a que se acentuase rápidamente la diferencia en ricos propietarios y pobres que carecían de tierras o las tenían muy exiguas y llevaban una vida miserable.

La monarquía militar

Desde sus comienzos, la vida económica y política de la polis estuvo dominada por los grandes clanes de los *aristoi* (los mejores como ellos mismos se habían definido), a los que pertenecían los descendientes de los jefes que se habían repartido las tierras al tiempo de la conquista, y cuya nobleza derivaba de la posesión de los únicos recursos económicos de la época: las tierras y el ganado.

Andando el tiempo, la descendencia *(genos)* se fue ramificando cada vez más, pero las varias familias habían continuado concibiendo como algo sagrado su unión de sangre, de tal modo que el genos se presentaba como un grupo compacto y su voluntad no podía menos de pesar en la vida social de la polis. Un matrimonio entre miembros pertenecientes a clanes diversos, emparentaba entre sí a los dos clanes y esta asociación (la *fratria*) se resolvía automáticamente en un aumento de poder dentro de la polis.

A veces la convergencia de intereses era la que determinaba las alianzas entre los grupos aristocráticos. Este tipo de asociación (la *filé*) a pesar de no estar sellada con el vínculo de la sangre, constituía un poderoso instrumento de presión en el momento de las decisiones políticas.

En cuanto a los que no pertenecían al genos (comerciantes, artesanos, campesinos libres y semilibres) al no tener influjo económico ni obligación de servicio militar, no tenían influjo político, no podían aspirar a ningún cargo y por lo mismo se hallaban completamente inermes frente a la violencia de la aristocracia.

Inicialmente, el régimen de las polis no fue siempre aristocrático sino monárquico-militar. Pero se hizo necesario en el tiempo de las migraciones cuando las tribus en marcha necesitaban un guía y este régimen se perpetuó a causa del permanente estado de guerra que hacía del elemento militar (y del rey que era su jefe) el eje de la vida política de la polis. El rey ejercía también las funciones

judicial y religiosa (porque había recibido de Zeus mismo en custodia al pueblo como un pastor a su rey); pero su poder no era absoluto; no era más que el jefe de un genos aunque seguramente del más importante y al emitir sus sentencias no podía dejar de tener en cuenta las alianzas y los parentescos entre los clanes. Sus veredictos tenían un valor relativo porque el éxito de los litigios se dilucidaba por medio de una disputa en la que el rey sólo era un árbitro. También en las decisiones de interés común estaba condicionado por un Consejo de ancianos compuesto por los jefes de clan.

El régimen aristocrático-oligárquico

Cuando disminuyó el estado de tensión, el elemento militar, que en su mayor parte provenía de la pequeña nobleza fue perdiendo importancia y su crisis hizo disminuir el poder regio. El título de rey, al principio hereditario, se hizo electivo y terminó por no conservar más que los atributos sacerdotales, mientras que fueron pasando a las manos de los aristócratas las decisiones relativas a la guerra, a la promulgación de las leyes y sobre todo a la administración de la justicia, que es el arma con la que se persigue «legalmente» toda oposición.

Toda la vida económica, social y política de la polis quedó como desequilibrada por la crisis de la pequeña nobleza que hasta entonces había actuado de contrapeso a la prepotencia de los aristoi, y que al perder las tierras había perdido también los derechos civiles.

Los latifundios se extienden, provocando la decadencia de los pequeños propietarios quienes no pueden competir con los bajos precios impuestos por los latifundistas. Estos por su parte no hacen producir a todas las tierras que tienen sino que prefieren dedicarlas a sus diversiones preferidas, la caza y la cría de caballos y esto agrava la desocupación. También las tierras de nueva ocupación son acaparadas por los nobles que de este

modo resuelven la herencia de sus hijos menores. A los que nada poseen sólo les queda el remedio de ponerse al servicio de algún poderoso o tentar fortuna allende el mar. En todo caso se reduce el número de los hombres libres y aumenta en proporción la posibilidad de abuso de los grandes, fuertes por la cantidad de siervos y sus hombres armados. A más sus razzias y actos de piratería a los que se dedican como por deporte mantienen alejados a los mercaderes y dañan así a aquellos grupos que basan su subsistencia en la actividad artesanal y en el comercio.

Crisis del poder aristocrático: la timocracia

Precisamente estos grupos iban a ser los que dieran el golpe de gracia al poder aristocrático. Desde el comienzo del siglo VII la actividad comercial se vuelve a emprender imperiosamente al ser favorecida por toda una serie de factores nuevos: la multiplicación de las colonias y de los nuevos centros rurales hace disminuir la población desocupada (que no produce ni adquiere) y crece la demanda de materias primas, de utensilios y de manufacturas; algunas innovaciones en la técnica de la construcción naval hacen los transportes más rápidos y rentables; finalmente la introducción de la moneda da al comercio un impulso decisivo.

Inventado al comienzo del siglo VII en Lidia (lugar de encuentro obligado entre las mercancías orientales y egeas) este medio de cambio fue inmediatamente adoptado por las ciudades jónicas de Asia Menor y se difundió rápidamente. La moneda libera al comercio de la esclavitud del intercambio de bienes, permite capitalizar las ganancias y volverlas a invertir a discreción incluso en actividades y bienes comerciales.

Toda ciudad tiene ahora interés en proteger y atraer a los mercaderes porque obtiene así notables ventajas debidas a la imposición de impuestos sobre las mercancías en tránsito. Todo esto unido al milagro de enormes ganan-

cias provoca un gran aflujo de capitales y mano de obra hacia la actividad mercantil. Se forma así una clase de empresarios grandes y pequeños que, al tener intereses muy concretos que defender, ya no se resigna a verse excluida de la actividad legislativa.

También contribuyó a minar definitivamente las bases del régimen aristocrático durante el siglo VII, una transformación muy importante en el campo militar, introducida por los mercenarios jónicos: nos referimos al empleo de la falange, es decir, grandes contingentes de infantería *(hoplitas)* armados pesadamente con lanza, espada, coraza, rodilleras y escudo. Contra estos batallones que maniobran compactos y en orden, lanza en ristre, poco pueden hacer las evoluciones de la caballería compuesta de nobles. Ya no se resuelven las batallas por encuentros entre caballeros o por duelos entre héroes. Por otra parte los aristócratas no tienen capacidad para poder reclutar y armar un suficiente número de *hoplitas.* Esto sólamente lo puede realizar la comunidad entera. Así es que se ordena que todo el que pueda, provea por sí mismo a su propio armamento: como contrapartida se obtienen los derechos civiles, es decir, el derecho a tomar parte en la asamblea del pueblo aunque no de inmediato el de acceder a los cargos.

Se instaura así la *timocracia* (del griego *timé* = estimación) es decir, una constitución basada en el censo y no simplemente sobre la posesión de tierras. La clase dominante acoge ahora elementos no aristocráticos, pero el régimen sigue siendo todavía oligárquico, un gobierno de pocos que no puede por menos de descontentar a todos aquellos componentes activos de la *polis* (campesinos, comerciantes, artesanos, marineros) que intentan hacer valer su creciente importancia social.

Los legisladores

Entre otras cosas, estaban cada vez menos dispuestos a tolerar los abusos que el monopolio de la justicia

permitía a las clases dominantes. No existían leyes escritas, la tradición jurídica se trasmitía oralmente, casi como herencia de padres a hijos en el seno de la aristocracia que, naturalmente, la manipulaba de vez en cuando según sus propios intereses, El nuevo fermento obligó por fin a los oligarcas a ponerla al servicio general de modo que los derechos y deberes fueran claros y conocidos por todos los ciudadanos. Fueron llamados a esta empresa hombres famosos por su experiencia y sabiduría, los llamados legisladores. El siglo VII y VI se distinguió por una gran actividad de estos legisladores: desde Zaleuco de Locris hasta Caronda de Catania, Dracón y Solón de Atenas.

Los primeros se limitaron sustancialmente a fijar por escrito las convenciones y las normas ya en uso. Esto equivalía a dar fuerza de ley al predominio de la clase dominante. Que se sepa, ningún legislador estableció normas favorables a los comerciantes. Para los deudores insolventes se mantuvieron las severísimas penas que podían comportar incluso la pérdida de la libertad personal. Dracón por ejemplo, estableció «draconianamente» la pena de muerte para el hurto, aunque fuese de poca entidad y cometido para saciar el hambre. Pero también se introducen novedades de importancia fundamental: así el asesinato voluntario de un conciudadano no era perseguido ya por los familiares del asesinado, sino por toda la comunidad. Cierto que el reo es entregado a la parte ofendida para que cumpla la sentencia, pero la sentencia misma emana de la colectividad.

Con esto se establece un principio de importancia revolucionaria: la superioridad de una norma común a la que todos los ciudadanos se tienen que someter. El edificio mismo del genos queda así minado porque la pertenencia al mismo ni da ya ningún privilegio ante la ley, al menos en teoría.

Los tiranos

En la práctica, la obra de los legisladores, codificando el derecho vigente, consolidaba las posiciones de superio-

ridad de los oligarcas y no ofrecía ninguna solución a los contrastes sociales.

Así es que con frecuencia las tensiones internas estallaban en luchas violentas. Casi en todos los sitios existe algún noble, que con la ambición de ser más que los demás, se pone a la cabeza de las reivindicaciones populares, ocupa por la fuerza la acrópolis o fortaleza de la ciudad y se proclama *tirano* (= príncipe). Este término no revestía en aquellos tiempos ningún significado peyorativo. Por lo demás, los tiranos huyeron lo más posible de la violencia y de la sangre, preocupándose más bien de consolidar las bases del propio poder, es decir, potenciando a las clases populares en detrimento del genos. Muchos aristócratas resignaron sus poderes y otros se exiliaron voluntariamente. Algunos fueron eliminados, pero es cierto que los tiranos sólo recurrieron al asesinato político en casos extremos. Para ganarse las simpatías del pueblo, el tirano le favorecía de todos los modos promoviendo el bienestar económico con grandiosas obras públicas que aliviaban la desocupación, estimulaban la actividad mercantil y la producción artesanal, asignando a los que nada tenían las tierras de los nobles exiliados. En vez de emprender guerras que les hubieran sido fatales en caso de derrota, preferían fundar colonias que incrementaban el comercio y reducían los desequilibrios que resultaban del exceso de población.

El florecimiento de la ciudad redunda naturalmente en beneficio del tirano porque aumenta el caudal del fisco y es al mismo tiempo una formidable arma de persuasión. Efectivamente muchas ciudades florecieron espléndidamente bajo el régimen de tiranía. Especialmente Corinto fundó bajo Cipselo y sus descendientes Perandro y Psamético (657 580) un floreciente imperio comercial. Los productos de industria de tejidos, cerámica y manufacturas metálicas se exportaban hasta Asia Menor y Egipto.

La democracia

El período de mayor éxito de la tiranía se puede situar poco más o menos entre el 650 y 550. En algunas ciudades perduró todavía algunos decenios y desapareció definitivamente el 460. En la mayor parte de los lugares no tardó en desaparecer víctima, se puede decir, de sus propios beneficios, en el sentido de que el mismo progreso civil y económico que había introducido, acabó por hacer a la burguesía capaz de asumir el poder.

No siempre pudo la clase mercantil sustituir al tirano sin lucha, antes al contrario tuvo que luchar en dos frentes: contra el proletariado (como en Mileto) y contra los aristócratas (como en Megara). El triunfo de la burguesía y la consecuente instauración del régimen democrático representan el último estadio evolutivo de la polis.

Hay que advertir que esta evolución ha sido descrita aquí solamente en sus líneas generales. La realidad fue bastante más compleja: como todo estado, toda polis tuvo su propia historia. Por lo mismo una historia completa de los griegos debería considerar las polis una por una con sus problemas particulares y también con sus soluciones particulares. Por ejemplo en las ciudades marineras y comerciales se desarrolló más rápidamente mientras que en las del interior, la aristocracia terrateniente mantuvo más tiempo su dominio.

Muchas ciudades no conocieron la tiranía, otras, después de la tiranía, volvieron a la oligarquía. En Laconia, en Argólida, en Elida, en Epiro, en Macedonia y en Arcadia se mantuvo el régimen monárquico. Entre tanta variedad de evoluciones casi todas escasamente documentadas, destacan las vicisitudes de Esparta y Atenas sobre las que poseemos documentación casi completa.

La construcción del cosmos espartano

Los contingentes dorios que hacia finales del siglo X penetraron en el valle del Eurotas en Laconia (de donde el

nombre de Lacedemonios), se encontraron con una población rica y adelantada que les opuso resistencia durante un centenar de años. El centro de la resistencia fue la fortaleza de Amiclas. Hacia el 1800 los dorios pactaron con los amicleos, los recibieron en sus *filé* gentilicias con los mismos derechos y así tuvieron abierto el camino hacia el sur.

También entre estos pueblos predominaba el sistema de el clan aristocrático y lo prueba el criterio seguido en el reparto de tierras, que en un primer estadio habían sido propiedad común. Las tierras llanas, las más ricas, fueron reservadas a los miembros de los clanes que se establecieron en el centro, y en los castillos fortificados de Mesoa, Cinosura y Pitana, que surgían sobre las alturas de un lugar llamado Esparta (de donde el nombre de *espartiatas*). Los que no pertenecían al genos, recibieron por el contrario las tierras menos fértiles al margen de las llanuras, y por ello fueron llamados *periecos* (= habitantes del contorno). Los antiguos habitantes, entre ellos los amicleos, fueron reducidos a siervos del estado, obligados a cultivar la tierra y entregar la mitad de la cosecha. Se les llamaba, no se sabe por qué, *ilotas.*

Ya en el momento de su llegada a Laconia los conquistadores tenían una forma de gobierno bastante elaborada: la doble monarquía, fruto de una fusión anterior de dos grupos. Los dos reyes debían pertenecer, por derecho hereditario, a las familias de los europóntidas y de los agíadas. Sus disposiciones tenían vigencia de ley únicamente si habían sido tomadas de común acuerdo, y sus poderes eran bastante extensos: administración de la justicia, mando del ejército, estipulación de tratados y funciones sacerdotales. Pero de repente, después de la anexión de Amiclas, fueron limitados por una reforma atribuida a Licurgo y pasaron en parte a la *gerusía,* un Consejo de 30 ancianos (diez por cada una de las tres *filé* de los dimanos, ileos y pánfilos) y en parte a un Colegio de 5 *éforos*, (uno por cada ciudad de Esparta, incluida Amiclas) a los que pertenecía entre otras cosas la dirección de

los asuntos civiles en ausencia de los reyes, continuamente ocupados en expediciones militares. Mientras en otras ciudades-estado existe un restringido grupo de aristócratas que insidia contra el poder del rey, en Esparta lo hace todo el conjunto de la clase dominante. La importancia del *damos*[3] está por lo demás justificada por el continuo estado de guerra debido no sólo a las constantes revueltas de los ilotas, sino también a la necesidad de conquistar nuevas tierras: tierras que a lo largo del siglo VII se les disputan a los arcaidos, a los reyes de Argos y finalmente a los mesenios (I Guerra Mesénica, hacia 740 - 720).

Poco después también Esparta emprende la carrera colonial. Se fundan las colonias de Tera y Tarento (706). En este período Esparta es aún una ciudad vivaz abierta a todos los influjos: su aristocracia no difiere en nada de la del resto de Grecia; se concede todos los placeres de la vida, transcurre la jornada entre ejercicios físicos, la caza y los banquetes. Aprecia los cantos de los poetas y se rodea de objetos bellos. Tanta libertad de vida no deja de producir profundas transformaciones: la tierra es ya propiedad privada; unos se empobrecen y otros se enriquecen y aumenta el poder económico de la pequeña nobleza y de los grandes clanes aristocráticos. Poco más tarde toma consistencia la reacción de las poblaciones dañadas por el expansionismo espartano. Argos con el rey Fidón (680 - 650) restablece su propia supremacía en el Peloponeso nororiental. Luego el rey de los mesenios, Aristómenes, es quien organiza una coalición contra los espartanos. En Mesenia meridional se desencadena la revuelta de los ilotas (II Guerra Mesénica, 660 - 640). Esparta pierde todos los territorios allende el Taigeto. Se agudizan también los contrastes internos causados por la falta de tierras. Por fin la victoria sonríe a los espartanos que se lanzaron a aplicar la nueva técnica de guerra basada en la falange hoplítica. Toda Mesenia cayó en su poder.

---

3. Término dórico (el término jónico es *demos*).

Pero el damos político no ha vencido sólamente a la aristocracia enemiga, sino también a la propia. Si la técnica hoplítica exige que todos se armen del mismo modo, todos deben también gozar de los mismos derechos y de las mismas posibilidades económicas. Se proclama la igualdad de todos los espartanos que, en adelante, se llamarán con orgullo *los iguales.* Sobre estas bases y a consecuencia de una serie de reformas que se atribuyen como de costumbre a Licurgo, nace en los decenios entre el siglo VI y el V, el nuevo estado espartano, el kosmos (orden).

Los poderes del rey de la gerusía (fortaleza de los latifundistas) son sensiblemente reducidos, mientras que aumentan los de los *éforos,* expresión directa de la *apella* (como se llama ahora la asamblea del damos). También queda reducida la libertad de cada individuo espartano en el sentido de que los éforos controlan ahora rigurosamente su adiestramiento, su conducta privada, la idoneidad física de sus hijos apenas nacidos y hasta su alimentación. A nadie le está permitido tomar ninguna iniciativa privada en el seno de la apella. Los hombres hacen sus comidas en común y sólo les es permitido casarse después de los treinta años. Los hijos, desde los siete años son educados por el estado y hasta los jóvenes practican duros ejercicios físicos para robustecerse y poder dar luego hijos también robustos. Todo lo que sea frívolo y pueda producir un relajamiento de las costumbres, está severamente prohibido. El espartiata no puede comerciar, no puede poseer metales preciosos (para el cambio interior sólo se admiten monedas de hierro), y los comerciantes extranjeros que podrían fomentar el gusto por el lujo y lo superfluo, son expulsados de la ciudad.

La supervivencia del damos está apoyada en su eficiencia militar: todos sus miembros deben por lo mismo ser guerreros y nada más que guerreros. Por lo mismo también se hace más necesario el aprovechamiento de los ilotas empleados en la actividad agrícola. Sin embargo, todos los años se declara la guerra a los ilotas y se les

inflige brutalidades de todo género a fin de que vivan siempre con terror de sus amos. Las otras actividades colaterales se dejan a los periecos de cuya fidelidad pueden estar seguros: tienen tierras en abundancia; se enriquecen con el comercio, la artesanía y la importación de los metales; pueden gozar en paz de sus riquezas y no están sometidos a ninguna disciplina, salvo la obligación de armarse como hoplitas y de participar como auxiliares en tiempo de guerra.

Una sociedad organizada de este modo, tiene que mantenerse restringida si quiere durar mucho tiempo. Los espartiatas son de ocho a nueve mil. Si aumentaran mucho, les faltaría la tierra. Por eso se organiza un rígido control de nacimientos y los recién nacidos considerados imperfectos por los éforos, son expuestos. Por otra parte una política de engrandecimiento territorial, que mudase el orden existente, perturbaría la perfección del cosmos. Por eso, hacia mediados del siglo V se prohibe con un nuevo edicto, toda innovación. Incluso al rey se le quita aquel pequeño margen de iniciativa personal en materia de guerras y alianzas. Conserva el mando del ejército, pero toda ulterior iniciativa queda reservada a los éforos, ejecutores de la voluntad del damos.

En política exterior, a pesar de ser el estado griego militarmente más fuerte, Esparta renuncia a toda expansión y se limita a garantizar su seguridad con una serie de alianzas con los estados vecinos. Así surge la que impropiamente se suele llamar Liga del Peloponeso, impropiamente, puesto que cada aliado conserva su propia iniciativa, y libertad de acción.

En las relaciones con los demás estados griegos, Esparta sigue también una línea prudencial. Ataca allí donde surge un potencial sublevador de los ilotas, es decir, un régimen democrático. Hace alianzas con aristocracias del interior de Acaya, de Arcadia y de las ciudades del istmo de Corinto. No acude, por ejemplo, a las peticiones de ayuda de Creso, ni a ayudar a los jonios en revuelta con Ciro II (546-540), pero interviene contra los tiranos

como Clístenes de Sición, Policrates de Samos, Hipias de Atenas y se encarniza muy en particular contra la recién nacida democracia ateniense.

Esta política de conservación del cosmos dió al principio buenos frutos. Pero la renuncia, por principio, a toda innovación, que equivale a la renuncia a acomodarse a los tiempos era un auténtico absurdo histórico, que Esparta pagará de hecho cruelmente cuando se encuentre como atrofiada, incapaz de afrontar las situaciones nuevas.

Atenas: de la monarquía a la isonomia

Como se ha dicho ya, los jonios de Atica lograron desviar hacia el sur la invasión doria. La unidad de acción impuesta por aquellas largas luchas favoreció el proceso de unificación de todo el territorio bajo los reyes de Atenas, que habían dirigido la resistencia. Poco a poco todos los señores del Atica (los *eupátridas* gr = nacidos de buen padre) se establecieron en Atenas en torno a la residencia real.

Primeros cambios

Las primeras transformaciones políticas fueron las que ya conocemos: el título de *basileus* (gr. = rey) privilegio de la casa de los medóntidas, de hereditario que era, se hizo electivo y luego decenal. Finalmente se arrebató a los medóntidas el tributo anual y sólo se les dejaron las prerrogativas religiosas.

El año 683-682 la monarquía fue definitivamente suplantada por un colegio de 9 *arcontes* (gr. = los que mandan) entre los cuales el basileus ejercía las funciones religiosas, el *polemarco* (gr. = el que manda en la guerra) mandaba el ejército, mientras que el poder ejecutivo lo ejercía el presidente del colegio llamado arconte *epónimo,* porque daba el nombre al año (el mismo honor se reserva-

ba en Esparta al presidente de los éforos y en Roma se reservará más tarde a los cónsules).

El supremo regulador de la vida política era el Consejo del *Areópago* (así llamado porque solía reunirse en la colina [gr. *pagos*] de Ares) del que formaban parte los exarcontes. Depositarios y garantes de la ley eran los 6 arcontes *tesmotetas* (gr. = dadores de normas), a los cuales incumbía también la tarea de fijar las nuevas normas que poco a poco consagraba la costumbre. Su función era muy delicada. La sociedad del Atica no había nacido de una conquista y del reparto de tierras: era una sociedad de hombres libres y en ella los desequilibrios y las injusticias derivadas de la prepotencia de los aristocráticos eran menos toleradas que en ninguna otra parte. Los tesmotetas, aristócratas, dejaron que desear en su papel de moderadores; la tensión se fue agravando cada vez más y se llegó incluso a una tentativa de instaurar la tiranía (632). Finalmente en el 620 se les llamó a Dracón a redactar las leyes.

Desde el punto de vista constitucional Dracón aumentó los poderes del Areópago en materia de derecho penal. Como consecuencia de la nueva técnica hoplítica entraron a formar parte de la asamblea del pueblo todos los que tenían medios para armarse de hoplitas; los *zeugitas* (gr. *zeugos* = formación cerrada típica de la técnica hoplita, o; según otros = yugo). Pero siempre prevalecían los caballeros, los eupátridas por la fuerza de su séquito y de clientes. Las luchas entre las clases eran tanto más agudas cuanto más les faltaba una válvula de escape como las colonias. De hecho, extrañamente, los jonios del Atica no se sentían atraídos por el mar y no tuvieron parte alguna en la colonización. Por eso a las clases inferiores no les quedaba más remedio que presionar para que se les anularan las deudas y para que se realizara una nueva partición de tierras. Los mismos aristócratas reconocían que la situación se estaba volviendo explosiva y que sólo a cambio de algunas renuncias se podría conservar la paz. El hombre adecuado para este empeño fue Solón, un

aristócrata de la familia de los medóntidas pero no rico, que había viajado mucho y gozaba de gran prestigio por su experiencia y su moderación.

Las leyes de Solón

Solón fue elegido arconte para el año 594-593 (592-591 según otros) con poderes extraordinarios y con el encargo de reformar el estado: se mantuvo en el cargo durante 12 años.

Las leyes atribuidas a Solón comenzaron por establecer una reforma del sistema de pesos, medidas y monedas. Las consecuencias fueron altamente favorables para el comercio ateniense. Una segunda medida fundamental fue la sisactía (*seisachtheia* = acción de sacudirse la carga que pesa sobre uno) por la que se redujeron las deudas existentes y se cancelaron las hipotecas que gravaban las tierras de los deudores de los niveles sociales más bajos. Luego se tomaron medidas para suavizar las tensiones producidas por la desigualdad social. Se prohibió por ejemplo el antiguo sistema por el que los préstamos se garantizaban con la propia persona, de manera que quien no devolviese la cantidad prestada quedaría reducido a la calidad de esclavo del prestamista. La prohibición sólo logró en parte su objetivo porque en adelante, si bien los labradores no quedaban ya amenazados con caer en la condición de esclavos de sus acreedores, quedaron privados de créditos ya que prácticamente nadie les quería prestar dinero sin esa garantía. Además tampoco se produjo un nuevo reparto de tierras como inicialmente esperaban los grupos económicamente débiles. Con ello los ricos siguieron poseyendo en exclusiva las mejores tierras.

La solución de Solón en la cuestión de la tierra estaba, como se ve, inspirada en criterios de compromiso. Sin embargo intentó resolver el problema de la desocupación y de los bajos ingresos de las clases inferiores por otro

camino, adoptando medidas para potenciar la agricultura, el artesanado y el comercio.

Al trazar la reforma constitucional del nuevo estado, Solón siguió la concepción timocrática, prosiguiendo el proceso ya iniciado con la admisión de los zeugitas en la asamblea del pueblo y dividió la población sobre la base de los impuestos (y no de las filés gentilicias) en cuatro clases: los *pentacosiomedimnos*, es decir, los que cosechaban 500 medimnos (= ca. 26.000 litros) de cereales o 500 metretas (= ca. 19.500 litros) de vino o de aceite; los caballeros *(hippeis)* que cosechaban 300 (= ca. 15.600 litros de cereales o ca. 11.700 litros de vino o de aceite) y debían armarse como soldados de caballería; los que cosechaban 200 (= ca. 10.000 ó ca. 8.000 litros respectivamente); los tetás *(thetai)* que cosechaban menos de 200 y no tenían obligación de armarse. También los artesanos y comerciantes quedaron incluidos en estas clases y su ingreso se midió en dracmas. Teniendo en cuenta el sistema de cultivo (alternancia de siembra y barbecho) y la productividad del suelo en el Atica, puede calcularse que para pertenecer a la primera clase había que tener tierras de una extensión de 30 a 40 hectáreas si se cultivaban cereales o algo menos si se cultivaba olivo o vid. El conjunto de datos que se poseen deja la impresión de que en Atica no abundaron los latifundios de esa extensión y que predominó más bien la propiedad de extensión media.

Todos los oriundos del Atica, pertenezcan a la clase que sea, tienen derecho a la ciudadanía y a formar parte de la *ecclesía*, la asamblea del pueblo que aprueba las leyes, decide sobre la paz o la guerra y elige los funcionarios, es decir, a los nueve arcontes encargados del poder ejecutivo y al tesorero, una especie de ministro de finanzas. Estos funcionarios, una vez terminado su mandato entran por derecho propio a formar parte del *areópago*. Al areópago se le reservan poderes más precisos: juzga en materia de herencias y en los delitos de sangre y vigila la conducta pública.

Los arcontes y el tesorero (e indirectamente los miembros del areópago) sólo pueden ser elegidos entre los pentacosiomedimnos. Esto por razones de oportunismo económico puesto que el cargo comporta gastos nada despreciables aunque no obligatorios (organización de fiestas religiosas, banquetes públicos, etc.), gastos que sólo los ricos pueden sufragar. Su actividad está controlada por un consejo de los 400 (*bulé*) elegido entre los miembros de las tres primeras clases. Los tetás quedan, pues, excluidos de la política activa y sólo tienen derecho al voto. Pero pueden formar parte de la *heliea*, el tribunal del pueblo, elegido entre los miembros de la *ecclesía* de todas las clases, una vez cumplidos los 30 años. La heliea es una especie de tribunal de apelación ante el cual el ciudadano puede impugnar las sentencias de los jueces o denunciar una ilegalidad aunque no sea él el perjudicado. En la intención de Solón, la ecclesía, el consejo de los 400 y la heliea eran los órganos vitales de la comunidad y al mismo tiempo los órganos de control para impedir la ilegalidad y los abusos. Solón estaba tan convencido de haber logrado un organismo perfecto y coherente que, una vez que hizo jurar a sus conciudadanos que no modificarían nada de su constitución, se dedicó de nuevo a sus viajes predilectos.

El régimen de Pisístrato

En realidad, intentando contentar a todos acabó por no contentar a nadie. El poder había quedado de hecho en manos de los ricos, pero también ellos tenían motivos de descontento: los propietarios de la llanura (los *pediacos*) porque habían tenido que liberar a los siervos y restituir las tierras; los propietarios de la costa (los *paralios*) porque ya no podían explotar libremente a los que nada tenían, que en la costa eran muy numerosos; los pequeños labradores arrendatarios de las tierras montañosas porque no había habido reparto de tierras. A todos ellos se agregaban los acreedores perjudicados por la sisactía y

los que no podían aspirar a la ciudadanía. De todos estos descontentos se aprovechó un aristócrata, Pisístrato, que se ganó con promesas el apoyo de los labriegos de la montaña y con la excusa de que su vida estaba en peligro se hizo asignar por el pueblo una guardia personal con la que ocupó la acrópolis (561-560). Vencido por los pediacos y los paralios, entró en connivencia con el jefe de estos últimos Megacles, con cuya hija se casó, pudiendo entrar de nuevo en la ciudad (557) para ser de nuevo combatido por el mismo Megacles que se había convencido de la mala fe de su yerno. En los diez años que siguieron, Pisístrato se dedicó sobre todo a acumular riquezas (minas de oro en el Pangeo) y a ganarse aliados, entre ellos los tiranos Polícrates de Samos y Ligdamo de Nasos, los aristócratas de Tebas, Argos y Eretria. Finalmente en el 546 juntó un ejército, tomó Atenas por la fuerza e instauró una tiranía que se mantuvo hasta su muerte en el 527.

Sin modificar la constitución de Solón, Pisístrato despojó de toda eficacia a la oposición aristocrática, potenciando las clases inferiores, repartiendo las tierras de los nobles en el exilio, concediendo empréstitos a bajo interés para favorecer el desarrollo agrícola, artesanal y mercantil. Estas providencias, por lo demás, favorecían sus intereses personales en forma de impuestos y tasas. Pero sus ingresos principales estaban representados por el oro de Pangeo, por la plata de Laurio y los rendimientos de algunas tierras que conquistó en el Sigeo y en el Helesponto y que retuvo como dominio privado.

De las enormes riquezas así acumuladas se sirvió para realizar grandes obras públicas que halagaban la vanidad del pueblo y, sobre todo, aumentaban toda clase de actividad y aliviaban la desocupación en ventaja de las clases medias. Por paradoja, la obra de Pisístrato, al provocar la nivelación económica de las clases, preparaba el camino para la democracia.

Al morir, Pisístrato dejó el gobierno a sus dos hijos, Hipias e Hiparco cuyo estilo de gobierno fue altamente conciliador, tanto más que la oposición aristocrática era ya

prácticamente inexistente. Pero después de la muerte de Hiparco, asesinado en el 514 en venganza privada, Hipias que escapó del atentado, instauró un gobierno cada vez más despótico que dió incentivos a la oposición. Los alcmeónidas, una poderosa familia en el exilio, trataron de tomar Atenas. Fueron vencidos pero sobornaron a la pitonisa de Delfos para que convenciese a los espartanos para que interviniesen contra Hipias. Rechazados la primera vez en el 511, los espartanos tomaron Atenas al año siguiente mientras Hipias se refugiaba en sus posesiones del Sigeo.

La reforma de Clístenes

En la ciudad apenas liberada, las instituciones de Solón corrían peligro. Pronto surgió la rivalidad entre la parte aristocrática capitaneada por el intransigente Iságoras y sostenida por los espartanos, y la parte democrática capitaneada por Clístenes, un noble de la familia de los alcmeónidas, hijo de Megacles.

En el 508-509, Clístenes consiguió hacer aprobar por el pueblo una nueva constitución (varias veces retocada en los años siguientes) que en parte reproducía la soloniana, pero en definitiva la reformaba sustancialmente y tenía la clara finalidad de sancionar la igualdad social es decir una efectiva igualdad de los ciudadanos, que ya existía en realidad.

La reforma de Clístenes se apoya en dos puntos fundamentales: (a) otorgamiento de la ciudadanía a todos los habitantes libres de Atica incluso a los de origen extranjero; (b) distribución de los ciudadanos no en base al censo (por lo tanto abolición de las clases solonianas) sino en base al lugar de residencia. La población se dividía en 10 filés o tribus.

Cada filé estaba a su vez dividida en tres distritos: ciudad, interior y costa. De este modo todas las filés tienen los mismos problemas territoriales y así se evitan los

conflictos originados por la disparidad de intereses, conflictos que, como se ha visto, habían favorecido la aparición de las tiranías. Cada filé proporciona al ejército mil hombres a las órdenes de un *estratega*. Los diez estrategas están mandados por el *arconte polemarco* (cargo que se suprimió en 486).

Además de los tres distritos o *tritías*, la filé se divide en una treintena de *demos*. El demos es una especie de comunidad con funciones administrativas, así, por ejemplo, en el elenco de los ciudadanos cada ciudadano debe indicar junto a su nombre, el demos a que pertenece.

Esta división territorial de los ciudadanos es de enorme importancia porque anula completamente en las votaciones la influencia del génos y de los intereses de clase.

De los órganos constitucionales, la ecclesía, el arcontado, el areópago y la heliea mantienen, con leves variaciones, las antiguas atribuciones. El Consejo de los 400 fue, por el contrario suprimido y en su lugar se constituyó un Consejo de los 500 que ejerce su poder tanto en materia de administración pública como en política interior y exterior, elabora las leyes junto con la ecclesía y controla la actuación de los arcontes. Sus miembros son elegidos por sorteo a razón de 50 por cada filé. El año estaba dividido en 10 períodos de 36 días cada uno, y por turnos de 36 días los representantes de cada filé ejercen la *pritanía*, es decir, dirigen los trabajos de la ecclesía y del Consejo, nombrando un presidente distinto para cada día. Así cada año, son 360 ciudadanos los que acceden a uno de los cargos más ambicionados y todos los componentes de la bulé ejercen, al menos durante 36 días, funciones directivas que les ponen en contacto directo con los problemas comunes.

Este turnarse continuamente es profundamente democrático porque pone en el mismo plano al aristócrata y al plebeyo y no consiente a nadie apropiarse del poder. Es cierto que al arcontado sólo pueden aspirar los más ricos por los fuertes gastos que comporta el cargo, pero los

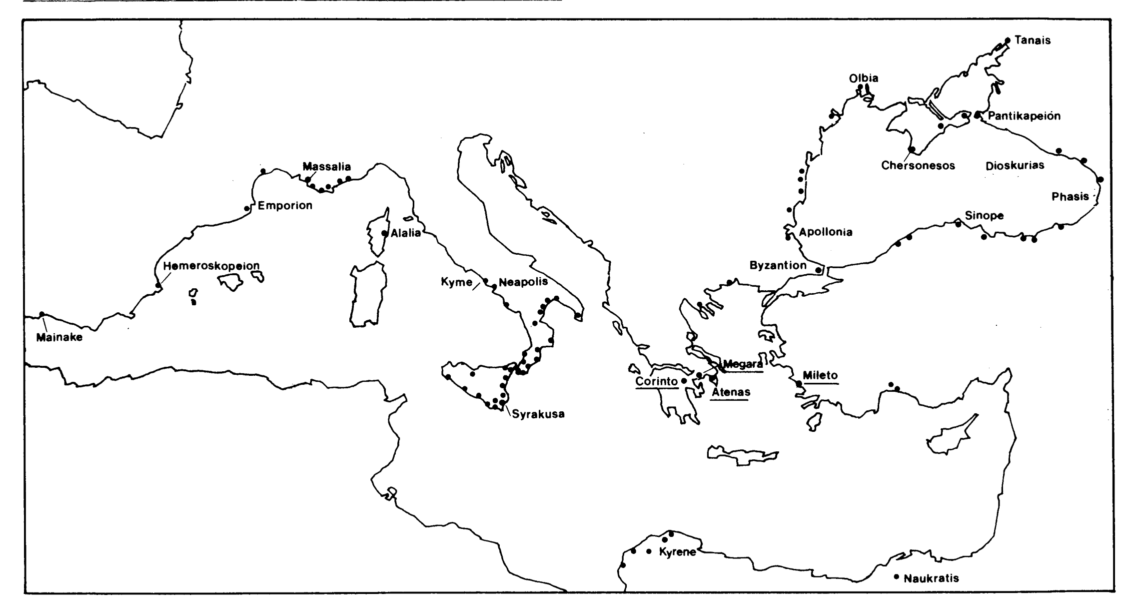
arcontes están muy controlados. Más tarde, a partir de Maratón y para impedir que ningún ciudadano pudiese crearse un séquito capaz de comprometer las instituciones democráticas, se instituyó el *ostracismo*, una especie de proceso público por el que el pueblo decretaba el exilio contra las personas sospechosas de tendencias autoritarias. Otras modificaciones, siempre en el espíritu de las tendencias de Clístenes, serían introducidas por Pericles, como luego veremos.

El nuevo ordenamiento fue denominado por los griegos *isonomía* (de *isos* = igual; *nomos* = ley) porque estaba fundado en la igualdad: el término *democracia* fue empleado más tarde. La isonomía tuvo que ser defendida enseguida contra la reacción de la aristocracia. Iságoras, con el apoyo del rey espartano Cleómenes, se adueñó de Atenas, expulsó a Clístenes e intentó renovar la oligarquía, pero fue víctima del furor popular. Al año siguiente (506) Esparta organizó una coalición pero fracasó por diferencias entre los jefes, cuando apenas habían comenzado las operaciones militares. En el 505, por fin, Esparta intentó llevar de nuevo a Hipias al poder en Atenas, pero no encontró aliados.

La colonización griega

Como hemos visto, ya los minoicos y los micenos habían sentido la tentación de aventurarse hacia el mar. Pero se trataba sólo de aventuras esporádicas y no de tomas de posesión sistemáticas. La colonización subsiguiente a las invasiones no pasó tampoco de ser un movimiento desordenado, confiado en gran parte al acaso. La «segunda colonización» que se desarrolló entre el 750 y el 550 fue por el contrario calculada, tal vez programada en sus más mínimos detalles, conscientemente emprendida como único remedio a las rencillas y desavenencias que desunían al pueblo o polis, sobre todo después que la oligarquía había comprometido definitivamente toda posibilidad de solución pacífica. La primera

Colonización griega en los siglos VIII-VI aC.



— Los nombres de las grandes metrópolis van subrayados ● Colonias griegas

expansión tuvo un carácter predominantemente agrario porque la mayor parte de los colonos estaba constituida por el proletariado agrícola y por los pequeños propietarios que se habían quedado sin tierras (aunque también eran numerosos los nobles arruinados y excluidos de la sucesión, los derrotados de todo género y los perseguidos políticos): los megarenses, por ejemplo, fundaron primero Calcedonia (colonia agrícola) y luego Bizancio, cuya espléndida posición comercial es bien conocida. El asentamiento y la toma de posesión del territorio circustante eran casi siempre resultado de duras luchas con las poblaciones indígenas. Aunque al salir de la patria, los colonos no habían tenido intención de renegar de ella (y de hecho conservaban el culto y las ordenanzas) y mucho menos aún de los lazos afectivos y de parentesco que les ligaban a ella, el carácter de pioneros de la empresa, las condiciones de absoluta autonomía en las que se desenvolvían y también los motivos que les habían llevado a ella, hacían que en las nuevas comunidades se desarrollara muy fuertemente el sentido de la propia independencia.

Más tarde las ciudades comenzaron a considerar como una tarea de estado los asentamientos coloniales, sobre todo cuando, por el desarrollo del comercio se hizo indispensable dominar las posiciones clave, escalas, centros de refugio, de recogida y almacenamiento de las mercancías. Entonces se inicia todo un solemne ceremonial: se enviaban embajadas a Delfos para obtener del oráculo una respuesta sobre el lugar elegido y el jefe de la expedición (*archegetes*). Al futuro fundador de la colonia (*eltistes*) se le prestaba toda asistencia posible, comprendida la referente al culto, y se le asignaban los técnicos encargados de trazar las nuevas ciudades y de repartir las tierras. Los componentes de la expedición eran sometidos a un examen de idoneidad física. Si su número era insuficiente se buscaba la colaboración de otras ciudades. Naturalmente se pretendió ejercer después un control y muchas veces también una auténtica explotación de la colonia, y ésta sobre todo si ha conseguido cierto desarrollo, acaba sublevándose.

A veces en la nueva ciudad no tardan en surgir los mismos problemas que en la madre patria; en este caso la nueva ciudad crea a su vez una nueva colonia a veces en lugares más idóneos. Este fue el caso de Nápoles, Agrigento y Catania, colonias respectivamente de Cumas, Gela y Naxos.

En cuanto a la evolución política, tampoco para las colonias cabe hacer un cuadro general. Hay que advertir que la naturaleza misma de las expediciones ponía ya desde el principio las relaciones de los participantes en un plano bien diverso del que tenían en la madre patria. Los colonos partían en cierto sentido en un plano de igualdad, hermanados por la misma esperanza y por los mismos riesgos; a todos se les garantizaba un pedazo de tierra, es decir, la independencia económica. Se abrían las más amplias perspectivas al ingenio y a la iniciativa personal, sobre todo en la actividad artesanal y mercantil. La sociedad colonial nacía, por lo tanto ya por su misma naturaleza abierta a toda modificación. Las primeras comunidades conservaron como es natural el régimen monárquico vigente en la patria. Los sucesivos estadios de su desarrollo estuvieron luego determinados por las especiales situaciones locales. En Efeso, por ejemplo, dominó por mucho tiempo la oligarquía aristocrática de los basílides; Mileto estuvo gobernada por tiranos hasta el siglo VII; en Samos no triunfó la tiranía hasta aproximadamente el 600, cuando Quíos se regía ya por régimen democrático.

La prosperidad de las colonias dependía obviamente no sólo del aprovechamiento agrícola de los territorios conquistados sino también de la posición geográfica y de las posibilidades comerciales. Las más favorecidas en este aspecto fueron las ciudades jónicas del Asia Menor que estaban haciendo puente entre el mar Egeo y el Oriente, en contacto con un hinterland comercialmente muy activo, cuyos soberanos tenían muy escasas posibilidades de expansión territorial. Estas ciudades, pudieron de este modo realizar un poderoso esfuerzo de colonización a lo largo de las costas del Egeo y del mar Negro. Por el

contrario, hacia el sur, sus tentativas estuvieron bloqueadas por los fenicios, a los cuales los griegos por su parte les habían cerrado el paso hacia el norte. Pero lograron establecer en Egipto un centro muy floreciente de intercambios, Naucrates, donde prosperaban comunidades de samos, eginenses, milesios. En Italia los griegos no lograron vencer la hostilidad de los etruscos y de los italiotas. La expansión en el Africa del norte y España fue escasa si se exceptúa alguna escala de poca importancia como Ampurias. En cambio en las Galias a través de Marsella, a donde a través del valle del Ródano llegaba el estaño de Cornualles, hicieron sentir su influencia comercial y cultural hasta Borgoña. Así nuevas poblaciones bárbaras iban entrando en contacto con una civilización incomparablemente superior consiguiendo un enriquecimiento espiritual que daría sus frutos en los siglos siguientes.

La civilización griega en vísperas de las guerras contra Persia

Estructura económico-social

Toda esta serie de cambios que se fueron produciendo, fue teniendo importantes consecuencias en la vida económica y social. Por una parte muchos labradores que habían perdido sus tierras o que no las tenían de extensión suficiente para mantenerse fueron a vivir a Atenas o a otras ciudades donde se dedicaron a la artesanía y al comercio. Los terratenientes que obtenían beneficios de la explotación de sus tierras se encontraron con la dificultad de que no podían adquirir nuevas tierras en las cercanías para invertir sus beneficios, y por otra parte tampoco se decidían a invertirlos en el comercio, en la artesanía o en la banca ya que en el mundo griego se observa el curioso fenómeno social de que los grupos sociales más elevados y tradicionales consideran que la actividad económica más digna es la agricultura en la que se trabaja para satisfacer las propias necesidades, y se resisten a desarro-

llar actividades como el comercio en las que se trabaja para satisfacer necesidades ajenas. De hecho los agentes del gran desarrollo comercial griego fueron en su mayoría miembros de los niveles sociales inferiores y no de la aristocracia.

Los aristócratas terratenientes en cambio hicieron con frecuencia grandes inversiones de sus beneficios en la adquisición de tierras en el norte de Grecia y en Tracia, Tesalia y Macedonia donde abundaban las tierras. Las consecuencias fueron varias: por una parte la riqueza de esas tierras revirtió en gran medida en las grandes ciudades. Por otra parte se incrementó el comercio entre las ciudades y las regiones agrícolas donde los ciudadanos poseían extensas propiedades. Finalmente esos propietarios que al mismo tiempo pertenecían a las clases directivas de la política de las grandes ciudades, se interesaron en la protección del comercio exterior: por ello se tomaron importantes medidas políticas, militares y navales como por ejemplo el establecimiento de destacamentos y bases militares y navales en puntos estratégicos que contribuyeron poderosamente a la expansión imperialista de las grandes ciudades, sobre todo Atenas.

La unidad cultural griega

La civilización griega se fue formando dificultosamente, en los siglos que siguieron a las invasiones, sobre un sustrato cultural muy heterogéneo y en un clima de particularismo político, que en teoría era poco propicio a un proceso de unificación cultural. Sin embargo, sorprendentemente, este proceso aparece ya iniciado en el siglo VIII; y fue precisamente en este terreno donde los griegos realizaron aquella unidad a la que en el plano político siempre fueron refractarios. Les unía ante todo la lengua, que incluso en la variedad de dialectos daba testimonio de su origen común, y en su belleza y melodiosidad suscitaba en ellos el sentido de su común superioridad respecto de los otros pueblos, cuya rudeza se transparentaba en el

lenguaje, y a los que precisamente por ello, llamaban *bárbaros* (gr. = balbucientes). Este instrumento se demostró como formidable factor de unidad cuando los grandes poetas (sobre todo Homero y Hesíodo) difundieron en toda la Hélade los ideales y los mitos que surgían, confusamente aún, en la consciencia popular, y dieron vida y voz a los dioses comunes. Estas divinidades, derivadas de tradiciones indoeuropeas (como Zeus, dios del día, es decir, de la luz y de la vida), importadas del Oriente o autóctonas, fueron como absorbidas y plasmadas por la especial sensibilidad religiosa de los griegos, por su prodigiosa capacidad de sentir lo divino de un modo casi físico, en las mismas manifestaciones de la naturaleza. Como expresión natural de esta sensibilidad nacieron ritos y cultos comunes y fueron tomando cada vez más importancia los santuarios, esto es, los lugares donde, gracias a estos ritos, la divinidad se manifestaba abiertamente a los hombres. Hubo desde muy antiguo juegos organizados en honor de algunos dioses en los que participaban griegos de todas las ciudades que así se hacían conscientes de su peculiar unidad. También el fraccionamiento político, fruto de una tendencia común, acabó por crear en todas partes una misma actitud espiritual. Los mismos limitados horizontes de la polis hacían que la atención se concentrara sobre los problemas planteados por la convivencia. El resultado de todo ello fue la valorización del individuo, contemplado como contribuyente y como beneficiario de las relaciones comunes. De aquí el culto de la libertad y de la racionalidad, sin las cuales el hombre no puede realizar los propios objetivos. El estado griego, en sus formas más perfectas, nos aparece como una construcción racional, que gira en torno a la valoración del individuo: ninguna sociedad ahora se había cimentado en estas bases. En vísperas de las guerras médicas contra Persia, estos ideales se habían convertido ya en patrimonio común. En la literatura prevalecen las preocupaciones morales y filosóficas, con el claro intento de profundizar más sistemáticamente y a fondo en el espíritu humano. Los nuevos criterios de lógica y raciona-

lidad hallan una fiel aplicación en las formas rigurosamente geométricas del estilo dórico. En las artes figurativas, finalmente, se afirma triunfalmente la figura humana, símbolo evidente de la revolución espiritual que se había realizado.

La religión griega

Libertad religiosa

La religión griega carecía en absoluto de un cuerpo doctrinal fijo que hubiera de ser admitido por todos sus adeptos. Faltaba también en absoluto una institución o corporación de sacerdotes o doctores encargados oficialmente de velar por la conservación de las doctrinas, prácticas y ritos. Era más bien un conjunto muy elástico de creencias y cultos. Era perfectamente posible que un poeta o un filósofo que pensase sobre las relaciones de los hombres con los dioses, crease o modificase a su gusto un mito, expusiese con plena libertad su pensamiento sobre la divinidad, sobre el destino humano, sobre el bien y el mal, sobre la intervención de la divinidad en los acontecimientos humanos, etc. Las variantes que su genio poético o filosófico había introducido gozaban de tanta autoridad como las ideas de cualquier otro pensador o poeta de prestigio, sin que previamente hubiera de ser comprobada la ortodoxia de sus ideas. Este término, aunque griego (*orthodoxia* de *orthos* = recto; *doxa* = opinión) carecía en absoluto de aplicaciones en la religión tradicional de los griegos.

Los mitos

En la religión griega, como en las de muchos otros pueblos, tuvo una extraordinaria importancia el mito. Propiamente el mito es la representación imaginaria de un conocimiento abstracto en forma de una narración concre-

ta. Los pueblos primitivos y otros que han llegado ya a un notable desarrollo cultural, pero no dominan pensamiento abstracto, expresan sus ideas abstractas en forma de mitos: las fuerzas de la Naturaleza y los principios del bien y del mal son concebidos y representados como personas concretas y su actuación se presenta como una historia en la que intervienen esos personajes. Esas historias suelen tener carácter dramático con antagonismos, luchas, tensiones, amores y alianzas entre esos personajes. Con frecuencia los detalles del mito de un dios son contradictorios con los del mito de otro dios. Más aún, dentro de un mismo mito hay con frencuencia versiones distintas y aun contradictorias, sin que esto produzca la menor extrañeza, ya que en el mito no se busca la formulación precisa y exacta de una idea religiosa bien determinada (como ocurre en las religiones dogmáticas), sino la expresión humana concreta de una idea o sentimiento impreciso. El mito unas veces refleja un proceso de la Naturaleza como puede ser el nacimiento, desarrollo, florecimiento, maduración y caducidad de la vegetación, que se reproduce cada año, expresado como el nacimiento, juventud, madurez y muerte de un ser divino que luego resucita. Otras veces el mito tiene carácter fatalista y trata de expresar el fenómeno de que la historia humana queda alterada y determinada por un hecho nuevo que irrumpe en ella y la deteriora: suele tratarse de mitos trágicos de fondo pesimista, en los que intervienen personajes buenos y malos, y en los que a veces se manifiesta un ansia de liberación. Otras veces el mito es etiológico o causal, es decir, trata de explicar el origen remoto de un hecho de interés, como puede ser el origen de un culto que se viene practicando. En tales casos el mito etiológico es una historia en la que interviene la divinidad a la que se da ese culto y en la que ocurren cosas relacionadas con las modalidades concretas de ese culto (sacrificios, ofrendas, ritos, himnos). Otras veces el mito etiológico explica el descubrimiento de un elemento o de una técnica de importancia vital para la Humanidad: así aparece Prometeo robando el fuego divino y entregándoselo a los hombres, o Triptólemo a quien

la Madre Tierra (Deméter) enseña la agricultura (el arte de arar, sembrar y cultivar) en premio de los servicios que Triptólemo le prestó. Otras veces el mito etiológico explica el origen de una ciudad y pone en sus comienzos un personaje divino o semidivino (héroe) que la fundó tras arriesgadas hazañas.

Los mitos griegos son numerosísimos y revisten con frecuencia una gran belleza y grandiosidad, manifestación de genio poético del alma griega. Otras veces los mitos rebajan a los dioses a un nivel humano rastrero y proyectan a los personajes divinos o semidivinos todas las inclinaciones, pasiones, alegrías y desventuras del hombre. Inicialmente hubo grandes diferencias locales o regionales en los mitos. Los poemas homéricos, que tuvieron gran difusión en todo el mundo griego, contribuyeron a que los grandes mitos se generalizasen de una forma homogénea en sus líneas generales, manteniendo siempre la elasticidad y las variantes entre distintas versiones de un solo personaje.

Dioses y héroes

En el mundo de los poemas homéricos aparece un grupo de dioses del que el principal es Zeus, «el rey de los dioses y de los hombres», sin que esto implique una total sumisión de los demás dioses a Zeus. Hera es la mujer de Zeus y la divinidad protectora del matrimonio y del hogar. Atena es una diosa joven, virgen, nacida del cerebro de Zeus, y es la divinidad protectora de los griegos y de sus ciudades, sobre todo de Atenas. Poseidón es el dios del mar; Hades es el dios del mundo subterráneo, donde las almas de los muertos llevan una vida umbrátil; Deméter es la Madre Tierra, diosa de la fertilidad de los campos; Artemisa es la diosa cazadora; Hermes, originariamente dios de las piedras, es el protector de las tumbas y de los caminos y el conductor de las almas de los muertos a su morada subterránea. Hefestos es un dios cojo, dedicado a la herrería; Ares es el dios de la guerra; Afrodita, la diosa

del amor. A ese grupo de divinidades se asociaron relativamente pronto otras dos que en su origen no fueron griegas: Apolo y Dioniso. Apolo era concebido como un dios que curaba males y adivinaba el futuro; Dioniso o Baco fue en su origen una divinidad de Tracia o de Frigia, cuyo culto se desarrolló en Grecia con características muy distintas de las de otros cultos.

En la religión griega, junto al culto de los dioses, aparece como rasgo característico el culto a los héroes. Los griegos llamaban héroes a seres humanos ya muertos que en vida habían destacado por sus hechos y que seguían actuando después de su muerte. Su actuación en vida podía haber sido muy diversa: había héroes que habían destacado como sacerdotes de un dios, otros habían sido fundadores de ciudades, otros habían sobresalido como guerreros, otros habían realizado determinados hechos o hazañas sobresalientes. El factor fundamental para que una persona fuera introducida en la categoría de los héroes era su poder sobrehumano.

Dentro de su variedad, el culto dado a los héroes difiere del culto a los dioses y se asemeja en cambio al culto que primitivamente se dio a los muertos y que luego desapareció, quedando restringido sólo a los héroes. Sus elementos típicos eran sacrificios y banquetes de carácter generalmente local, vinculado al sitio en que se creía por tradición que el héroe estaba sepultado. El pueblo sentía más cerca de sí a los héroes que a los grandes dioses. En los tiempos históricos eran los oráculos los que determinaban si a un muerto de acción destacada en la vida se le debía o no dar culto como a héroe.

Entre los héroes había como entre los dioses unos cuya acción era benéfica y otros, en cambio, que causaban perjuicios y debían ser aplacados. La mitología griega fue muy abundante en héroes. Para citar dos ejemplos vamos a presentar a grandes rasgos los mitos de Hércules y de Orfeo.

En torno a esos personajes la tradición y la imaginación poética fue creando multitud de mitos: unas veces

profundos y trágicos, otras delicados, siempre muy bellos y humanos, con amores, luchas, debilidades, hazañas, rasgos sublimes y bajezas a veces grotescas. Esa mitología resultaba incompatible con el desarrollo del pensamiento reflexivo y de la filosofía que en muchas de sus corrientes doctrinales buscaba un primer principio único irreconciliable con la pluralidad de dioses; concebía a la divinidad como algo puro, justo e impasible, totalmente diverso de los dioses de la mitología. Por otra parte, los contactos de los pensadores griegos con otros pueblos (egipcios, babilonios, persas, etc.) les dio a conocer otras divinidades y otros mitos que a veces se parecían a los dioses y a los mitos griegos.

Moral, ritos y fiestas

La religión tradicional griega, lo mismo que carece de dogma, está también desvinculada de la moral. Hay únicamente algunos actos inmorales particúlarmente graves que son rechazados por la religión, no precisamente por su malicia moral, sino porque, según las ideas populares, implicaban una impureza. Los dioses griegos no son ejemplos de moralidad, la religión no contiene preceptos morales y se limita a una serie de prácticas, entre las que destaca el sacrificio.

El sacrificio es el ofrecimiento de una víctima (generalmente, un animal) a un dios, con una serie de ritos, entre los que suelen ser los principales la participación de los circunstantes con palabras y gestos, la inmolación de la víctima por el sacerdote destruyendo y quemando parte de la víctima, la invocación de la divinidad a la que se pide lo que se pretende obtener por el sacrificio y, generalmente, la distribución del resto de la víctima entre los participantes, que celebran así su banquete sagrado. Los sacrificios unas veces son expiatorios y buscan apaciguar y dar satisfacción a un dios al que se ha ofendido y cuya venganza se teme. Otras veces son propiciatorios y pretenden lograr la benevolencia y ayuda de un dios para

algo determinado. En la práctica del sacrificio lo fundamental es la realización de los actos rituales (gestos y palabras) y tienen en cambio escasa importancia la participación interna de los circunstantes.

La oración solía ser también ritual, asociada al sacrificio. Fue en cambio poco practicada (aunque no desconocida) la oración personal en la que el individuo sin necesidad de ritos se pone en contacto íntimo con la divinidad y le expone sus necesidades y deseos.

En la vida religiosa y cultural griega tuvo extraordinaria importancia la mántica o arte de conocer y predecir el futuro. Sus modalidades eran muchas: el oráculo por el que un intermediario, generalmente en trance, recibía de un dios información sobre el futuro y se le transmitía a los mortales. Otras modalidades eran los auspicios o inspección ocular de las entrañas de los animales sacrificados, deduciendo de sus características y de su disposición lo que iba a ocurrir. A conclusiones parecidas llegaban los expertos observando el vuelo de las aves, el comportamiento de ciertos animales; los signos de la naturaleza (rayos, meteoros, etc.) y los astros.

En el campo de los oráculos el principal centro de la vida religiosa griega fue Delfos, con su templo de Apolo. Al producirse en Grecia hacia los siglos XII y XI a.C. la invasión de los dorios indogermanos, éstos introdujeron en Delfos el culto a Apolo, que quedó superpuesto a otros cultos locales, a la Tierra y a su hijo, personificado, según el mito, en una serpiente pitón. De esa mezcla de cultos surgieron los oráculos de Delfos: una sacerdotisa (la pitia o pitonisa) sentada en el grandioso templo de Apolo en una cueva sagrada de las que emanaban vapores con anhídridos carbónicos agradables de respirar, tras una serie de actos rituales, quedaba en trance y pronunciaba con voz entrecortada frases que los sacerdotes se encargaban de interpretar. Esas frases eran las respuestas que el dios daba a las preguntas que se le hacían.

A Delfos acudían los griegos para consultar asuntos públicos y privados. El objeto central de la consulta solía

ser qué medios había que realizar para conseguir un fin. La respuesta de Apolo por medio de la pitonisa en trance, transmitida por los sacerdotes, era con frecuencia ambigua y susceptible de diversas interpretaciones. El prestigio de Delfos fue extraordinario en el mundo griego y constituyó uno de los vínculos más importantes entre las diversas ciudades-estado, ya que aun en medio de sus discordias, reconocieron todas a Delfos. Otros oráculos que predecían el futuro se dieron en Dodona con una encina sagrada; en Elis, con un santuario de Zeus; en Delos, con una arboleda donde el viento producía diversos susurros que se interpretaban. Fueron también importantes el oráculo de Trofonio, el de Hércules (Herakles), en Bura, etc. Para custodiar los dones votivos, los tesoros y la santidad, y para garantizar a los fieles una peregrinación pacífica, surgieron por todas partes dentro del mundo griego las *anfictionías*, asociaciones de ciudades pertenecientes al ámbito de un templo. Las más famosas fueron las de Poseidón en Calauria (Argólida) y en Micala (Asia Menor), los de Zeus en Egina y en Olimpia, las de Deméter en las Termópilas y en Delos, patria de Apolo. Pero ninguna igualó a la de Apolo de Delfos.

Multitudes inmensas acudían de todos los rincones de Grecia a participar en las grandiosas fiestas en honor de los dioses y para asistir a las competiciones atléticas y musicales de todo el contorno: en Nemea, los juegos nemeos, los píticos en Delfos, los ístmicos en Corinto, y en Olimpia las olimpiadas, instituidas por primera vez en el 776. En estas fiestas se encontraban habitantes de regiones muy lejanas entre sí que hubieran tenido bien pocas probabilidades de conocerse, de discutir y de confrontar las propias costumbres y las propias ideas. Venerar los mismos dioses, practicar los mismos ritos, observar el mismo código caballeresco en las competiciones significaba, en definitiva, aceptar un común denominador cultural. De ello tenían los griegos muy clara conciencia, de tal modo que a los bárbaros les estaba prohibido participar en los juegos. Aunque no tenían carácter político, y tal vez

por eso mismo, las anfictionías contribuyeron enormemente a la unidad cultural de los griegos.

Religión emocional y misterios

Los griegos admitían la supervivencia después de la muerte y creían que las almas de los muertos llevaban en el Hades (región de los muertos) una vida difusa y triste. Esta idea de la inmortalidad no satisfacía el anhelo de felicidad de ciertas minorías y fueron apareciendo así las llamadas religiones de misterios, en las que se daba culto a una divinidad considerada como salvadora, a la que se atribuía el poder de asegurar a sus adeptos una inmortalidad feliz en una región privilegiada del Hades. Característica de estos cultos fue una iniciación en la que el adepto, por medio de una serie de actos culturales de fuerte sentido emotivo, rodeados del más estricto secreto, entraba para siempre en contacto con la divinidad que le había de salvar. Generalmente todas esas divinidades salvadoras estaban rodeadas de un mito de sufrimientos con un desenlace feliz, que con frecuencia reproduce en forma dramática el ciclo de la Naturaleza a la que a la muerte del otoño e invierno sucede la esplendente resurrección de la primavera. Divinidades típicas con cultos de misterios fueron Deméter, Dioniso y diversas divinidades no griegas, como Cibeles, Iris y Osiris, etc. En la celebración del misterio el sacerdote que lo presidía narraba ese mito dramático, enseñaba en el mayor secreto cosas misteriosas relacionadas con el mito y se realizaban actos culturales, a veces orgiásticos, de fuerte contenido emotivo, que dejaban al iniciado la conciencia de su contacto con la divinidad salvadora.

Dioniso, llamado también Baco, fue una divinidad posterior y de carácter muy distinto del de los tradicionales dioses griegos. Probablemente fue de procedencia extranjera (Tracia, Frigia, Lidia?). Su culto primitivo tuvo caracteres extáticos y orgiásticos antes desconocidos en la religiosidad griega: en sus fiestas de invierno, grupos,

sobre todo de mujeres, presas de una gran excitación colectiva, recorrían los campos con antorchas y tambores y, en medio de gritos y gestos convulsos, devoraban animales crudos y realizaban toda suerte de actos salvajes. Aunque con dificultad, el culto de Dioniso fue asentándose en toda Grecia y acabó perdiendo gran parte de su primitiva rudeza. Dioniso fue considerado como dios de la fecundidad: en sus fiestas de primavera acompañadas de vistosos ritos populares y grandes representaciones teatrales, se celebraba el renacer de la vegetación y la reapertura del mar a la navegación, que en invierno había quedado interrumpida. En círculos más reducidos Dioniso siguió siendo objeto de un culto extático reservado para los iniciados en sus misterios.

Deméter era la madre tierra (*De* = *ge* = tierra; *méter* = madre). En algunas localidades se le llamó originariamente simplemente Tierra *(Gaia, Ge)*. Era la divinidad de la que los griegos esperaban la prosperidad de los campos y la protección de las armas de los muertos depositados en la tierra. Deméter poseía, además, importantes poderes de predecir el futuro y en su culto se la veneraba como diosa de la fecundidad. Se le daba culto en todas las ciudades de Grecia y en muchas colonias y ese culto contribuyó a despertar un cierto interés de los griegos por el problema del destino humano después de la muerte.

En torno a Deméter se fue formando uno de los mitos más extendidos en el mundo griego y que tendría una importante repercusión en las llamadas religiones de misterios. Deméter, en su alegre juventud, había tenido una hija, Core *(Kore)*, a la que quería entrañablemente y de la que se había enamorado Hades, el dios de los muertos, hermano de Zeus, señor absoluto de las regiones situadas debajo de la tierra en las que habitaban los muertos. Hades raptó a Core y se la llevó a la fuerza a sus dominios. Deméter la buscó desconsolada por toda Grecia y llegó desfigurada e irreconocible a Eleusis, en las cercanías de Atenas, donde fue muy bien tratada por el rey, que le acogió en su casa y donde por primera vez las bromas

lascivas de una niñera la hicieron reír. Eumolpo y Triptólemo, hijos del rey, descubrieron a Core raptada por Hades y éste se vio obligado a devolverla. Sin embargo, como Core (llamada luego Perséfone en Grecia y Proserpina en Roma) había comido parte de una granada en la región de los muertos, tendría que volver cada año tres meses junto a Hades como reina del Tártaro (región de los muertos). Deméter, feliz por haber recuperado a Core, enseñó a Triptolemo el arte de arar la tierra e instituyó en Eleusis una fiesta con unos ritos para celebrar lo ocurrido, de lo que derivarían los futuros misterios.

Orfismo y Pitagorismo

En ciertos sectores minoritarios del pueblo griego se desarrolló desde los siglos VII y VI a.C. otra corriente religiosa muy distinta de la tradicional. Por su relación real o fantástica con la figura de Orfeo a esa corriente se le ha llamado Orfismo. En la mitología griega Orfeo era un hombre que cantaba y tocaba maravillosamente la lira. Las aves se reunían en bandadas a su alrededor para oírle. Las fieras le seguían mansamente, los peces salían del mar, los árboles y las rocas le escuchaban. Orfeo, además, estaba enamorado de Eurídice, que murió muy joven. Orfeo fue al mundo sombrío de los muertos para rescatarla. Con su música logró vencer todos los obstáculos, pero cuando ya estaba a punto de salir del mundo de los muertos con Eurídice, contravino la prohibición de que un mortal todavía vivo mirase a quien todavía se hallaba en el mundo de los muertos. Esa mirada hizo que Eurídice se desvaneciera y volviera para siempre al oscuro mundo de los muertos. Orfeo, en el resto de su vida, se dedicó a cantar a su amada y a enseñar las experiencias que había acumulado en su viaje al mundo de los muertos.

A Orfeo se le atribuían una serie de himnos y otros escritos de tono profético, de origen diverso, influidos por doctrinas religiosas no griegas. En ellos aparecía el mito fundamental de Dioniso-Zagreo, del que se derivaban

importantes consecuencias doctrinales. Según ese mito, Dioniso-Zagreo era hijo de Zeus y de Perséfone y había recibido de su padre el poder de reinar sobre todo el mundo. Los titanes, encarnación del principio del mal, le persiguen y Dioniso, todavía muchacho, ha de huir de sus asechanzas adoptando diversas figuras por sucesivas metamorfosis. Los titanes le sorprenden cuando había adoptado la figura de toro y le despedazan. La diosa Atena salvó su corazón todavía palpitante y Zeus hizo de él el nuevo Dioniso y castigó a los titanes, reduciéndolos a cenizas con un rayo. De las cenizas de los titanes mezcladas con la sangre de Dioniso-Zagreo nació el género humano en el que aparecen como elementos constitutivos los principios del bien y del mal.

En el fondo de ese mito y de los demás escritos órficos hay una serie de ideas religiosas ajenas a la religión tradicional griega, que, sin embargo, encontraron difusión entre algunos grupos e influyeron en el pensamiento de importantes pensadores como Pitágoras, Eurípides, Aristófanes y Platón. En el orfismo aparece una concepción pesimista que desconfía de lo terreno y de lo humano, donde junto al principio del bien domina también el principio del mal. Las almas de los hombres son de origen divino y originariamente llevaban una existencia feliz, pero como consecuencia de una falta fueron expulsadas del cielo y hubieron de encarnarse en cuerpos como en cárceles. En ellos tienen la posibilidad de purificarse y deberán encarnarse sucesivamente en diversos cuerpos hasta que su purificación sea completa. Cabe también que las almas se purifiquen mediante castigos infernales. De este modo el orfismo introdujo en Occidente las ideas del pecado, de la retribución, del dualismo de principios (el bien y el mal) y de la transmigración. Acentuó también la idea del origen divino y carácter inmortal del alma, de su destino y vida ultraterrena condicionada a los méritos de la vida terrena, y del antagonismo entre el alma y el cuerpo y de la confianza en la divinidad que no deja jamás de castigar el mal y premiar el bien.

Estas doctrinas tan distintas de las de la religión tradicional se desarrollaron en pequeños grupos, sobre todo en épocas en que las circunstancias políticas y económicas inducían al pesimismo. Esos grupos órficos formaban comunidades bien organizadas que practican la ascesis para purificarse más rápidamente: se abstenían de la carne de animales, evitaban los vestidos de lana, huían de todo contacto con el nacimiento y la muerte, respetaban sus escritos sagrados y fomentaban la esperanza de obtener una felicidad plena después de la muerte si eran fieles en la observancia de sus preceptos.

Estrechamente relacionadas con el orfismo estuvieron las comunidades pitagóricas, fundadas por el gran filósofo y científico Pitágoras, que nació hacia el año 570 a.C., viajó mucho, conoció culturas distintas de la griega (Babilonia, Egipto, etc.) y fundó comunidades con seguidores que profesaban sus doctrinas. Pitágoras concebía el universo como un conjunto de diversos elementos, entre los que domina la armonía en diverso grado. Esa armonía es plena en las esferas celestes y se halla en cambio perturbada entre los hombres. Es deber del hombre contribuir con sus ideas y su vida a la restauración de esa armonía. Los pitagóricos formaron colonias de estricta disciplina que buscaban la purificación de sus miembros y se caracterizaron por sus ideas sociales avanzadas, como la igualdad entre libres y esclavos y entre varones y mujeres. Por otra parte, en los grupos órficos y pitagóricos la figura de los dioses tradicionales se desdibujaba y su concepto de la divinidad adquiría rasgos marcadamente panteístas, al ver en Dios el espíritu del mundo.

El nacimiento de la lírica

La lírica griega, originariamente llamada mélica (gr. *melos* = canto), nació como la de todos los pueblos en las fiestas populares en las que las canciones fueron siempre un elemento fundamental. Inicialmente hubo una lírica popular preliteraria de la que se han conservado muy

escasos restos. En la segunda mitad del siglo VII eclosionó con fuerza en todas partes la lírica literaria.

Suelen distinguirse usualmente dos tipos de lírica: la monódica (gr. *monos* = uno solo, *ode* = canto) y la coral (gr. *choros* = coro). En la primera la misma persona canta y toca un instrumento músico: lo hace normalmente en ambientes reducidos y en versos y estrofas sencillas. Sus formas más características fueron por un lado la elegía y el yambo *(iambos)* en dialecto jonio con acompañamiento de flauta (elegía) o de cítara, lira, etc. (yambo); y por otra parte la monodia mélica en la que cada poeta se expresaba en su propio dialecto y cantaba con metros variados y acompañado de instrumentos de cuerda (cítara, lira, *pektis*, etc.) himnos a los dioses, plegarias o breves narraciones mitológicas. La lírica coral llevaba consigo la intervención de un coro y era la empleada en solemnidades de mayor publicidad (bodas, actos cultuales, victorias, funerales, etc.). Sus estrofas solían ser generalmente más complicadas. El dialecto más empleado fue una variedad del dórico. Las modalidades más frecuentes fueron los cantos cultuales en las festividades dedicadas a los grandes dioses, la narración épico-lírica que cantaba a los héroes, el himeneo o canción de bodas, las canciones de victoria en honor de los vencedores, los cantos fúnebres en honor de los difuntos.

Como había ocurrido en la épica con Homero, la lírica literaria griega nació con una gran madurez. Es significativo el gran número de líricos de primera calidad que escribieron ya en los siglos VII y VI a.C. Los mismo que la épica, con la que entronca, la lírica comenzó a desarrollarse con fuerza en las ciudades griegas de Asia Menor y de allí pasó a Grecia y a Sicilia. Entre los grandes poetas líricos cabe destacar a Arquíloco *(Archilochos)* procedente de la isla de Paros, el primer poeta que en pleno siglo VII abandonó las formas poéticas típicas de la épica para adoptar otras más ágiles y más propias para expresar los sentimientos líricos. Cultivó la elegía y el yambo, y los antiguos lo consideraron junto a Homero como el creador de la poesía griega.

En varios de los líricos más antiguos puede apreciarse un tono poco personal al tratar los temas líricos. Tal es el caso de las elegías de Calino *(Kallinos)* oriundo de Efeso, que hacia el año 660 animaba con sus versos a los ciudadanos de Esmirna en sus luchas contra los cimerios, y en su lenguaje estaba todavía cercano a la épica. Algo parecido ocurre con Mimnermo de Colofón, un flautista jonio de finales del siglo VII, pesimista, admirador del valor guerrero, en el que sin embargo apuntan temas como el amor, la juventud y la belleza. Se aprecia también un tono poco personal en Tirteo *(Tyrtaios)* el primer lírico procedente de la Grecia metropolitana, que a finales del siglo VII cantó en sus elegías el valor militar de los espartanos y les animó en sus luchas. En la misma línea de la lírica de contenido político destacó el gran ateniense Solón, el arconte del año 594: se sirvió de la poesía como medio de actuar sobre el pueblo, y en sus yambos y elegías expuso los principios sociales de sus profundas reformas.

La isla de Lesbos tuvo una extraordinaria importancia en el desarrollo de la lírica. De allí procedían y allí actuaron dos de los máximos exponentes de la lírica monódica: Alceo *(Alkaios)* y Safo *(Sapphos)*. Los dos procedían de la aristocracia local muy cultivada. Los dos utilizaron un lenguaje literario y unas formas poéticas heredadas de predecesores anónimos, pero desarrolladas e impulsadas por ellos. Alceo que escribió en torno al año 600, fue autor de numerosos cantos cortos sobre temas políticos o sobre motivos ocasionales. Empleó metros muy variados, entre otros la estrofa alcaica que tomó de él su nombre. Su contemporánea Safo (fin del siglo VII y principios del VI) tuvo que emigrar temporalmente a Sicilia: con su gran sensibilidad supo tratar con insuperable delicadeza los más variados temas de la vida privada. Utilizó el dialecto eólico en gran variedad de metros, entre los que cabe destacar los versos que de ella tomaron el nombre de sáficos.

A esta misma época pertenecen dos grandes poetas de la lírica coral: Alcman (segunda mitad del siglo VII) y

Estesícoro (ca 640-ca 550). Alcman fue un director de coro procedente de Sardes en Asia Menor, llevado como esclavo a Esparta donde fue manumitido, dirigió coros y compuso numerosos himnos. Estesícoro *(Stesichoros)* de cuya vida se conocen pocos datos, es considerado como un intermediario entre la épica y la lírica: vivió en Sicilia y compuso poemas largos en los que cantó leyendas de los héroes a veces desmitificados, y temas eróticos en dialecto dórico.

III. EL CONFLICTO CON PERSIA

La revuelta jónica

Que los griegos miraban con terror el mundo persa, se hizo evidente ya al día siguiente de la derrota de Creso, rey de Lidia (Asia Menor occidental), por los persas del Gran Rey Ciro. En realidad, la perspectiva de un sometimiento al Gran Rey con la consiguiente pérdida de todas las autonomías ciudadanas, de las libertades individuales y de todas aquellas conquistas espirituales que eran el orgullo y la vida misma del hombre griego, les debió parecer espantosa. Ese fue el fondo espiritual del gran conflicto entre griegos y persas conocido con el nombre de Guerras Médicas.

En la práctica, para las ciudades griegas establecidas en la costa occidental de Asia Menor (Jonia), el protectorado persa no se había revelado como más gravoso que el lidio: la contribución prescrita en hombres y dinero no era insoportable, y los nuevos gravámenes eran ampliamente compensados por las mayores posibilidades de expansión económica. Incluso culturalmente los jonios de Asia Menor habían sido influidos fuertemente por elementos orientales y eran, por tanto, menos refractarios al influjo persa. Además, la falta de solidaridad política impulsaba a tiranos y ciudades a solicitar el apoyo del Gran Rey: de modo que, aun cuando éste no hubiera pensado en ello, su penetración diplomática hubiera sido provocada por los altercados entre los Jonios. Pero el propósito expansionista de Darío se vio claro cuando con el pretexto de las expediciones contra los escitas (514-511) se aseguró las

costas de Tracia y las riberas de los estrechos con sus correspondientes colonias jónicas, y cuando solicitó el homenaje del rey de Macedonia y mandó una misión diplomática exploratoria a Grecia, e incluso a Italia (donde fue asesinada por los Mesapios). El paso de los estrechos bajo el control persa equivalía, para los griegos, a un lazo corredizo que bloqueaba de golpe sus perspectivas de expansión hacia el Mar Negro. Hay que añadir que en el sur, tras la batalla de Pelusio, se había perdido Neucratis y que el apoyo persa era totalmente favorable a los fenicios. Sin embargo, como se ha dicho, las posibilidades de penetración permanecían muy abiertas; no se puede decir que la situación fuese tan desesperada como para no presentar otra salida que no fuese la revuelta. De hecho la revuelta estalló de manera completamente imprevista, y la chispa que provocó el incendio, hubiera podido ser apagada sin daño por el mundo griego.

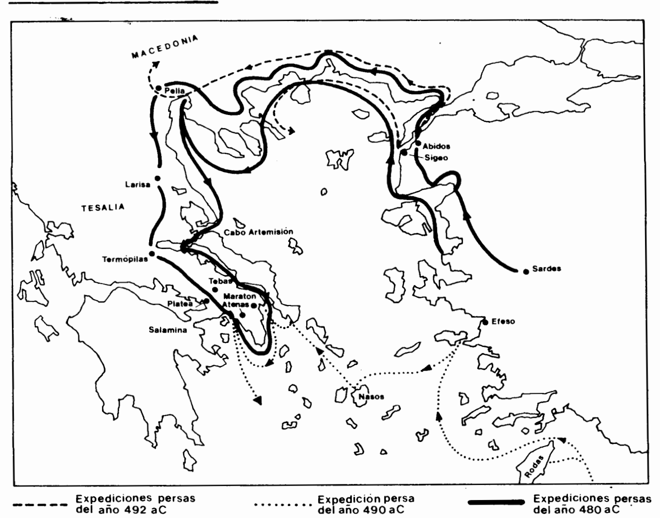
Aristágoras, tirano de Mileto, tenía sobrados motivos para temer la ira de Darío, y para salvarse a sí mismo no vio otra vía de salida que tratar de provocar una sublevación general de la Jonia. En un congreso en Mileto en el 499, las ciudades griegas proclamaron la independencia, a pesar de las muchas llamadas a la prudencia. Aristágoras apeló también a la madre patria: Esparta rehusó la ayuda, aduciendo como motivo la excesiva distancia; Corinto y otras ciudades tenían interés en la ruina de los Jonios; sólo Eretria y Atenas se adhirieron, y mandaron cinco y veinte naves, respectivamente. Mientras la máquina bélica del inmenso Imperio Persa se ponía en movimiento con dificultad, las tropas jonias, aprovechando la sorpresa, asaltaron Sardes y la incendiaron (499). La revuelta se extendió desde la Propóntide a Chipre; pero en el 497 la contraofensiva persa se desplegó en toda su grandiosidad: valiéndose de la flota fenicia los persas reconquistaron Chipre, después bloquearon Mileto, mientras el ejército iba sometiendo una tras otra a las ciudades rebeldes. Entretanto, las incurables discordias intestinas habían reducido las filas de la liga. Mileto, sin embargo, resistió el asedio aún durante dos años, hasta que en el 494 fue

tomada y destruída, y sus habitantes fueron deportados hacia el Tigris. También las restantes ciudades rebeldes sufrieron feroces represalias.

La primera expedición persa
(Primera Guerra Médica)

Ahora era la madre patria la que tenía que esperar el ataque persa: fácil previsión, porque a Darío la posesión de Grecia le era necesaria tanto para la defensa de las fronteras septentrionales, como para el control completo del Egeo. En Atenas, sobre todo, se esperaba la represalia, si bien las milicias atenienses habían vuelto inmediatamente después de la toma de Sardes y los defensores de la guerra habían sido sustituídos precipitadamente con hombres filopersas. En el 493 fue elegido arconte Temístocles, el cual había intuido desde entonces que Atenas sólo

Guerras Médicas



podía sobrevivir transformándose en una potencia marítima, y se había dedicado con toda energía a potenciar el Pireo y la flota. Entretanto, para preparar la invasión, Darío había encargado a su yerno Mardonio la reconquista de Tracia (492). Esta tarea fue asumida por Mardonio con mucha dificultad, entre la hostilidad de las poblaciones locales e infortunios de todo tipo, entre otros, una tempestad le destruyó parte de la flota. En Atenas la inminente amenaza había avivado los debates: no faltaba quien patrocinase la paz o incluso el protectorado persa, como los partidarios de Hipias (todavía en el exilio en el Sigeo y vasallo de Darío). Dominaba, sin embargo, la escena política Milcíades, partidario de la resistencia a ultranza. A su mentalidad de aristócrata se le escapaba la genialidad de los planes de Temístocles, y no le fue difícil convencer a la asamblea (compuesta en gran parte de campesinos) para suspender el armamento de la flota para concentrar los esfuerzos en la defensa terrestre.

En el 490 la expedición persa de castigo, con unos 20.000 hombres, ocupó Eubea, destruyó Eritrea y desembarcó en la llanura de Maratón. Mientras muchas ciudades hacían acto de sumisión a Darío, sólo Esparta, Atenas y Platea se pusieron de acuerdo para resistir. Sin embargo los Espartanos, a causa de una prescripción religiosa, no podían moverse antes del plenilunio, y Atenas se encontró sola, con sus 10.000 hoplitas y con 1.000 plateenses, para hacer frente al ataque. El choque de Maratón se resolvió en las alas, que los Atenienses lograron desfondar: los persas se dieron a la fuga hacia las naves y se embarcaron precipitadamente. Su jefe, Datis, puso vela hacia el cabo Falero con la intención de desembarcar de nuevo; pero al encontrarse una vez más frente al ejército ateniense, venido a marchas forzadas, prefirió no volver a intentar la empresa.

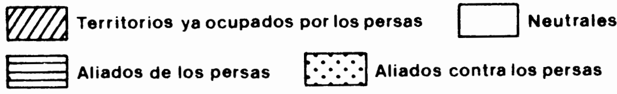
El intermedio

Darío no pudo ocuparse inmediatamente del problema griego a causa de desórdenes internos estallados en

Babilonia y en Egipto. En Egipto murió en el 486, dejando el trono a Jerjes (486-465). Sólo en 481 estará Jerjes en condiciones de reemprender los intentos de someter a Grecia. Pasó así un decenio, que permitió a los griegos preparar la defensa.

Este decenio es también importante por ciertas modificaciones institucionales en sentido democrático. En Ate-

Grecia en 480 a C. en vísperas de la II Guerra Médica



nas se decidió elegir por sorteo no sólo los miembros del Consejo de los Quinientos, sino también los nueve arcontes (487-486), lo que quitó al arcontado toda importancia política. Se suprimió también el cargo de polemarco, y el mando del ejército fue asumido colegialmente por diez estrategas. Se introdujo también el ostracismo, del que ya se ha hablado.

En estos años tuvo lugar el lento ascenso de Temístocles. Muerto Milcíades, condenados al ostracismo uno tras otro sus oponentes políticos, entre los que se encontraban Arístides y Megacles, el promotor del ostracismo, Temístocles pudo, por fin, hacer triunfar su tesis marítima. Obtuvo del pueblo la construcción de unas 200 naves nuevas. El problema de los remeros se resolvió enrolando a los *tetes*, los cuales, no teniendo medios para armarse, hasta entonces habían quedado excluidos del ejército.

La gran guerra persa *(Segunda Guerra Médica)*

Entretanto, la causa de la resistencia, no obstante las alarmantes noticias sobre los gigantescos preparativos de Jerjes, había ganado terreno: en el 481 se constituyó una Liga Panhelénica (de todos los helenos) bajo la presidencia de Esparta, también reconocida como potencia hegemónica, no obstante los progresos de Atenas. En el 480 Jerjes, echados dos puentes de barcas sobre el Helesponto, marchó hacia Grecia con un ejército de unos 100.000 hombres, flanqueado por 700 barcos. El ejército de la Liga le esperaba apretado en el estrecho paso obligado de las Termópilas, colocado entre el monte Eta y el mar: aquí la resistencia fue encarnizada, y a pesar de su enorme superioridad numérica, los persas sólo pudieron forzar el paso gracias a la traición de Efialtes, que les guió para sorprender por la espalda a los defensores espartanos. Estos, cayeron todos en sus puestos para proteger la retirada de los aliados. Superadas las Termópilas, Jerjes tuvo libre la vía de Atica, y entonces fue evidente la genialidad del plan de Temístocles: Atenas fue abandona-

da e incendiada, pero la población pudo ser puesta a salvo en la isla de Salamina; y en septiembre del 480 el espartano Euribíades, comandante de la flota griega, siguiendo los consejos de Temístocles, embotelló en el estrecho de Salamina a la numerosa flota enemiga, compuesta de barcos pesados y poco manejables, y la dejó en mal estado. Para evitar daños mayores Jerjes ordenó la retirada, y mandó de nuevo la flota a Asia. El subió de nuevo hacia Tesalia, para regresar el año siguiente a Persia. Sin embargo, dejó en Grecia a Mardonio, con un fuerte ejército. Mardonio ofreció la paz a los atenienses, pero éstos, aconsejados por Arístides (vuelto entretanto del exilio), la rechazaron.

La guerra recomenzó. Atenas, apenas reconstruida, fue nuevamente destruida (479). Pero aquel mismo año el espartano Pausanias infligió a Mardonio una durísima derrota en Platea y liberó Grecia. Poco después la flota griega destruía a la persa cerca del promontorio de *Micala*. Con esta victoria el triunfo griego era total; y es casi inútil subrayar el alcance histórico de este triunfo: entre dos civilizaciones tan antitéticas, tan radicalmente enemigas, le correspondió a la griega la tarea histórica de condicionar decisivamente la civilización de Occidente. Se salvaron, sobre todo, aquellos ideales de libertad, de democracia, de perfección, y al mismo tiempo aquel conjunto de ideales estéticos y morales que los griegos ya habían desarrollado y estaban destinados a profundizar a continuación, y que hoy se han convertido en parte insuprimible de nuestro patrimonio espiritual.

La coexistencia pacífica

Para que los frutos de la victoria no se perdieran, Grecia necesariamente debía continuar la lucha hasta hacer del Egeo un mar completamente griego, para asegurarse el control de las costas occidentales y borrar de él toda presencia persa. Las colonias jónicas presionaban, obviamente, en tal sentido. Atenas, cuyo destino estaba

entonces en el mar, no podía dejar de captar la vital importancia de esta solución. Ella fue la que más se benefició de la victoria, y el medio siglo que siguió, llamado *pentecontetia* (gr. *pentekonta* = cincuenta; *etos* = año), fue precisamente el del progresivo ascenso y apogeo del imperialismo ateniense. El cosmos espartano, por el contrario, cuyo carácter cerrado huía de los horizontes demasiado amplios, no consideró necesario un ulterior dispendio de energías y retiró sus tropas. Ello marcó el fin de la liga panhelénica. El mando de las operaciones pasó a los atenienses: Atenas y las ciudades jónicas se unieron en una confederación cuya sede se fijó en la isla sagrada de Delos (Liga Delio-Atica). Los gastos para el mantenimiento de la flota fueron establecidos y repartidos por el integérrimo Arístides; los aliados tenían la posibilidad de contribuir con dinero en vez de con hombres y medios, lo que facilitó la adhesión de las ciudades pequeñas. De hecho, Atenas se encontró siendo la dueña de una potentísima flota y en posición de absoluta superioridad, puesto que por estatuto toda ciudad unida a la confederación era aliada de Atenas, no de las demás consociadas. La escena política ateniense está en este período dominada por la figura de Cimón, hijo de Milcíades, un aristócrata conservador que, sin embargo, había sabido ganarse incluso la simpatía del pueblo. El programa de Cimón constaba de pocos pero claros puntos: guerra a ultranza contra los persas, pero política de distensión con las demás ciudades griegas, en especial con Esparta, hostilidad a cualquier ulterior desarrollo en sentido democrático y renuncia a favorecer el nacimiento de regímenes democráticos fuera de Atenas para no contrariar a Esparta. Este programa tenía una encarnizada oposición en Temístocles que, tras oscuras maniobras, fue condenado al ostracismo (471-470), y dos años después, sin más, fue condenado al destierro perpetuo para complacer a los espartanos, los cuales, por su parte, para complacer a Atenas habían sacrificado poco antes a Pausanias, el vencedor de Platea, reo de haber instaurado una tiranía personal en Bizancio, en la zona de influencia de la Liga delio-ática.

El mando de las operaciones para limpiar las costas del Egeo fue asumido por Cimón. Liberó en primer lugar las costas de Tracia; después pasó al ataque a lo largo de las de Asia Menor y obtuvo, en la desembocadura del Eurimedonte (467-6), una espléndida victoria tras la cual muchas otras ciudades (entre ellas Efeso) se unieron a la Liga. Sin embargo, la supremacía de Atenas en el seno de la Liga se estaba haciendo insoportable para muchos aliados: Nassos y Tasos trataron de sustraerse y Cimón tuvo que meterlas en razón por la fuerza.

La Liga se iba revelando ya como un instrumento del imperialismo de Atenas, que tendía a aprovechar los resultados de los esfuerzos comunes para resolver sus propios problemas sociales y acrecentar la propia potencia. Además, había comenzado a situar colonias propias en los territorios liberados. Un intento de Cimón en este sentido (465-4) se convirtió en un fracaso, del que trató de aprovecharse para eliminarle el nuevo «líder» de los demócratas, Efialtes, acompañado por un joven de treinta años, sobrino de Clístenes, Pericles. Sin embargo, estos no consiguieron manchar el prestigio de Cimón. Por el contrario, acabaron con sus tendencias filo-espartanas. Esparta se encontró con graves dificultades: un terremoto la había destruido casi totalmente, y un gimnasio se había derrumbado sepultando a un gran número de jóvenes; los hilotas y los mesenios se habían rebelado inmediatamente (matando, entre otras cosas, a trescientos espartanos) y resistían ahora protegidos en el monte Itome (*III guerra mesoénica*, 464-455). Poco prácticos en el asedio, los espartanos pidieron ayuda a los atenienses. Cimón logró arrancar del pueblo el consentimiento para intervenir con 4.000 hoplitas elegidos entre sus fieles. Aprovechando su ausencia y las de sus defensores, Efialtes y Pericles hicieron votar al pueblo una ley que privaba al Areópago de cualquier atribución no concerniente a delitos de sangre. Así el consejo de los ex-arcontes, pertenecientes todos a las clases altas, perdía toda posibilidad de control político; y puesto que ya los arcontes se extraían por sorteo, la responsabilidad política quedaba ahora comple-

tamente en mano de las asambleas populares: la bulé, la helíea y la ecclesia.

A agravar la posición de Cimón contribuyeron sus fracasos, por lo que los éforos se apresuraron a licenciarlo (462) ante el temor de que las ideas democráticas de los soldados atenienses contagiasen al demos espartano. Para los atenienses esto fue, al mismo tiempo una ofensa y la prueba de que la política filo-espartana de Cimón era un error: a su vuelta Cimón no encontró defensores y fue condenado al ostracismo (461).

IV. GRECIA BAJO LA HEGEMONIA DE ATENAS

El triunfo de la democracia

Efialtes fue asesinado enseguida por un sicario pagado por los aristócratas. Pericles tuvo así campo libre para perfeccionar la constitución de Clístenes. Hizo votar en primer lugar una indemnización como jornal para los miembros de la bulé y de la heliea, de modo que los menos pudientes no tuviesen dificultad en aceptar el cargo (461). Tres años después fueron admitidos en el arcontado, y por tanto en el areópago, siempre por sorteo, incluso los zeugitas de tercera clase, y la dirección de los asuntos públicos pasaba a los pritaneos que, como se sabe, se sucedían por turno. Con esto la democratización de las instituciones atenienses podía considerarse que era completa: en un estado en el que todo cargo se extraía por suerte (sólo seguía siendo electivo el de estratega) ningún ciudadano hubiera podido conservar legalmente de modo duradero, el poder.

Entretanto la joven democracia ateniense se iba expansionando impetuosamente incluso en el exterior y se comprometía en todos los frentes: apoyaba una revuelta anti-persa en Egipto, luchaba contra la irreductible rival Egina y contra Esparta. El ostracismo de Cimón había marcado el fin de la coexistencia pacífica con Esparta. Pericles ayudó a los hilotas en revuelta, hizo una alianza con las democráticas Argos y Megara. El peligro ateniense impulsó a las rivales de Atenas (Esparta, Corinto, Egina y Tebas) a coaligarse. Después de variadas vicisitudes, la victoria de Enofitas (457) dio a Atenas la hegemonía sobre

toda la Grecia Central, con la posesión de Beocia, de Fócida y de Lócrida. Egina, vencida (456), fue obligada a entregar la flota y a entrar, pagando la fuerte suma de 40 talentos, en la alianza delio-ática. El Pireo, sin otra competencia, se convirtió en el mayor puerto de Grecia.

Fue desafortunada, sin embargo, la campaña de Egipto, donde el cuerpo expedicionario ateniense fue deshecho. Con increible habilidad, no obstante, Pericles supo sacar provecho incluso de esta situación crítica: agitando el fantasma de una reacción persa, hizo proponer por parte de Samos que el tesoro de Delos fuese transportado por prudencia a Atenas y que Atenas fuese autorizada a cobrar cada año la sesentava parte a título de indemnización por la administración y la custodia. Entretanto Cimón había vuelto del exilio (451) y su mediación se reveló como utilísima para obtener una tregua de cinco años de los espartanos, gracias a la cual Pericles pudo pensar en hacer frente al peligro persa. La flota, mandada en primer lugar por Cimón, muerto casi inmediatamente por enfermedad, logró una gran victoria delante de Salamina de Chipre, destruyendo dos flotas enemigas. Los persas pidieron la paz, que fue negociada por el cuñado de Cimón, Calias (paz de Calias, 448). Por ella las ciudades griegas de Asia Menor y de Chipre permanecían bajo la soberanía del rey de Persia, que se comprometía a respetar su autonomía, a desmilitarizar la zona, a no conducir sus naves más allá de Faselida, en Licia, y reconocía la Liga de Delos. Atenas se comprometía, a su vez, a desmilitarizar Asia Menor y a no intervenir en la esfera de influencia persa.

La victoria no tenía nada de triunfal, pero Atenas, debilitada como estaba por el largo esfuerzo bélico, podía concentrar los esfuerzos en reforzar la propia posición en Grecia: con tal fin Pericles anunció un infructuoso congreso panhelénico para la paz. Después de esto una derrota en Queronea privó de golpe a Atenas de la hegemonía sobre Grecia central (447). Inmediatamente después (446) se rebeló Eubea, cuya posesión era vital para Atenas. Por

aquel entonces expiró la tregua con Esparta, y un ejército espartano entró en Atica. Una vez más Pericles, con su habilidad diplomática, y ciertamente también con la corrupción, supo aventar el peligro. Se llegó así a una tregua de 30 años, que ratificaba la supremacía espartana en el Peloponeso y la ateniense en el seno de la Liga Delio-Atica. Las dos ciudades se comprometían a no acoger en las respectivas alianzas sino a las ciudades todavía independientes. El equilibrio así conseguido era de por sí garantía de paz, porque reflejaba los intereses de las dos ciudades hegemónicas.

La época de Pericles

Atenas, especialmente, se encontraba en las condiciones ideales para sacar provecho de la tregua. Y precisamente fue en Atenas donde la civilización griega alcanzó los niveles más altos bajo el gobierno de Pericles.

Jurídicamente el poder de Pericles se basaba en el cargo de estratega (para el que fue elegido sin interrupción desde el 444 al 429, año de su muerte), pero sobre todo en su ascendiente personal, en sus dotes de persuasión y en la genialidad de sus consejos.

El régimen democrático ateniense se encontraba frente a problemas que un régimen aristocrático podía permitirse ignorar como, por ejemplo, la necesidad de garantizar el sustento de todos los ciudadanos. Para ello Pericles había hecho votar, desde el 451 al 450, una restricción de la ciudadanía a sólo los ciudadanos cuyos padres fuesen, ambos, atenienses. Para combatir el desempleo y la superpoblación recurrió a una imponente campaña de obras públicas (perfeccionamiento del Pireo, renovación de la Acrópolis, construcción del puerto militar de Zea); reservó a los atenienses los puestos en la flota de la Liga; dio impulso a las actividades artesanales y mercantiles; intensificó la explotación de los yacimientos del Laurio, de Sifnos y de Tasos; fundó por doquier (en Nassos, Andros,

Histia, Brea, Anfílopis) colonias especiales, llamadas cleruquías *(klerouchias)*. Los clerucos conservaban la ciudadanía ateniense: de este modo, sin perder a los ciudadanos, se establecían cabezas de puente útiles para la defensa y la vigilancia de los aliados y al mismo tiempo nuevas salidas comerciales.

La potencia ateniense se basa ahora en la explotación de las demás ciudades asociadas: la Liga delio-ática pierde hasta la mínima apariencia de una alianza defensiva; el importe de los gastos es fijado por la ecclesía y los tributos son repartidos por la bulé; los recaudadores atenienses van a cobrar apoyados por la flota; los asociados son obligados a ceder tierras para las cleruquías, a crear instituciones democráticas sobre el modelo ateniense, y además ven a Atenas engrandecerse y embellecerse con los fondos comunes. Pero todo intento de salir de la Liga es castigado con la fuerza.

El imperialismo ateniense se mostró después en toda su evidencia cuando los aliados, casi como si fuesen vencidos, fueron subdivididos en cinco distritos fiscales y se vieron imponer la moneda y el sistema de pesos y medidas de Atica. Esta política podía ser peligrosa y como tal fue criticada en Atenas, sobre todo por el elemento aristocrático. El jefe de los aristócratas, Tucídides, yerno de Cimón, fue condenado al ostracismo (443) y Pericles no tuvo más adversarios. Por otra parte no parece cierto que el fiscalismo de Atenas fuera insoportable: los tributos no eran demasiado gravosos y periódicamente eran retocados y a menudo disminuidos. Además eran compensados ampliamente por los beneficios de la paz que Atenas mantenía en el Egeo.

La vida económico social

La población urbana y la artesanía

Las personas que del campo confluían a las ciudades encontraban en ellas diversas ocupaciones. Unas veces

trabajaban en la construcción de edificios públicos, aunque los griegos no siguieran el sistema de emplear en ellos masivamente mano de obra. Otras veces se enrolaban como marineros o simples remeros: en Atenas por ejemplo en el siglo V había una flota de guerra de 300 trirremes cada una con unos 170 remeros, lo que da un total de unos 51.000. Muchos se alistaban como mercenarios temporales en ejércitos extranjeros, sobre todo persas. Otros muchos trabajaban como artesanos y mercaderes.

En la producción se dio una marcada especialización artesanal que llevó en muchos casos a un alto nivel de calidad. Los artesanos especializados no sólo trabajaban por encargo, sino para el mercado interior e incluso en algunos casos para la exportación (telas de Mileto, recipientes de bronce de Corinto, etc.). Sin embargo en el mundo griego no se dio la gran empresa. En Atenas las mayores empresas empleaban a unos 20 ó 30 obreros. Eran muy frecuentes los pequeños talleres frecuentemente instalados en la misma casa donde vivía el dueño. La banca no se dedicó a financiar la empresa. Las razones de esa falta de grandes empresas pudieron ser la falta de canales comerciales seguros y eficaces para dar salida a una producción masiva; el escaso margen de ganancias de la artesanía; la falta de seguridad de muchas ramas de la industria y el comercio; el poco prestigio social de gran parte de las profesiones artesanas en contraposición a ser propietario de tierras. Aunque existían productos artesanos como la cerámica de lujo que gozaron de una gran aceptación aun fuera de Grecia, nunca se organizó una producción en gran escala destinada a la exportación sino que se siguió produciendo en pequeños talleres de muy pocos operarios.

La aristocracia

La estructura social de las ciudades más importantes debió de ser complicada. Hubo de existir un grupo relati-

vamente numeroso de ciudadanos capaz de hacer frente a los cuantiosos gastos exigidos por las liturgias (trierarquías, coregías, etc.). Los correspondientes ingresos no procedían de la explotación de tierras en el territorio de la ciudad ya que la explotación de tierras en régimen de mediana propiedad predominante en Grecia no podía proporcionar ingresos suficientes. Tampoco los obtenían de la banca o del comercio que estaban generalmente en manos de metecos no ciudadanos. Probablemente los grandes ingresos de la minoría dominante que monopolizaba los cargos públicos procedía de la explotación de latifundios situados en lejanos territorios sobre todo en el Norte de Grecia, debió ser frecuente la participación encubierta (por medio de terceras personas) en negocios comerciales; la aristocracia obtuvo también grandes ingresos de la explotación de minas y otras empresas públicas en régimen de arrendamiento. Otra importante fuente de ingresos fue para muchos el alquiler de equipos de esclavos propios cedidos en arrendamiento a quien necesitaba mano de obra. Esta última fuente de ingresos podía ser extraordinariamente lucrativa cuando se trataba de esclavos expertos en trabajos técnicos especializados o de esclavas dedicadas por su dueño a la prostitución.

El comercio marítimo

A pesar del relativamente escaso desarrollo de las empresas de producción el comercio se fue desarrollando continuamente desde la época homérica. Los centros comerciales más importantes en el siglo VI eran Atenas, Egina (*Aigina*, pequeña isla, rival de Atenas), Quíos *(Chios)* y Corinto. El hallazgo de monedas de plata de ciudades griegas en Egipto, Asia Menor, Italia, Francia y España demuestran la existencia de importantes intercambios comerciales en época todavía muy temprana.

El comercio marítimo se desarrolló particularmente a partir del siglo V a.C. y Atenas y sus aliados jugaron un papel preponderante. Grecia necesitaba cereales que se

importaban de las costas septentrionales del Mar Negro, y en sus costas fueron surgiendo numerosas y florecientes ciudades griegas. Por ejemplo Cícico *(Kyzikos)* en el Helesponto (actual Mar de Mármara) se transformó en un importante emporio comercial y su moneda se extendió por toda el área del Mar Negro.

Tras la Guerra del Peloponeso, Corinto arrebató a Atenas del predominio comercial en el Mediterráneo occidental (Sicilia, Italia Meridional, etc.). Atenas mantuvo la supremacía comercial en las zonas del Mar Negro y Asia Menor, aunque es probable que parte del tráfico de mercancías que llegaban a Atenas se hiciese en barcos corintios.

Del volumen de ese tráfico pueden dar idea los siguientes datos aproximados que se refieren a Atenas en el siglo IV a.C. Atica producía anualmente unos 380.000 medimnos (ca 20.000.000 litros) de cereales (cebadas y trigo) y necesitaba más del triple. En consecuencia se importaban anualmente unos 800.000 medimnos (unos 42.000.000 litros) de cereales procedentes en gran parte del Mar Negro. La capacidad de carga de los barcos de la época oscilaba entre los 2.000 y 12.000 medimnos (aproximadamente 100 a 500 Tm) y por consiguiente se necesitaba la descarga anual de unos 100 o 200 barcos de carga.

El comercio marítimo estaba sujeto a grandes riesgos y de otoño a primavera estaba prácticamente paralizado. Los beneficios del armador *(naukleros)* y del comerciante *(emporos)* que financiaba la expedición, eran cuantiosos. Como el derecho griego desconoció el contrato de seguro, para hacer sus veces se recurría al sistema del préstamo marítimo *(nautikon daneion)* por el que el comerciante que financiaba el viaje, prestaba a alto interés con garantía sobre las mercancías cargadas, pero corría con el riesgo de naufragio, de manera que en tal caso el armador no tenía que devolverle la cantidad prestada.

La inseguridad del aprovisionamiento, las guerras que podían devastar regiones productoras, las catástrofes na-

turales (sequías y plagas, contra las que en la antigüedad había menos defensas que en el mundo moderno) y la especulación de los comerciantes llevaban con frecuencia a grandes oscilaciones del precio de mercado incluso de productos de primera necesidad. Por ejemplo a lo largo del siglo IV en Atenas el precio del medimno de trigo se movía entre los 3 y los 10 dracmas.

En general la intervención del poder público en la vida comercial se redujo a un mínimo: por ejemplo las medidas de control para que las mercancías en el mercado se vendieran en buenas condiciones y se utilizasen medidas correctas. Sin embargo en lo referente al comercio de cereales Atenas ejerció durante mucho tiempo una especie de monopolio estatal. Atenas y sus aliados controlaban las costas del Mar Negro y establecieron un sistema de alianzas con los soberanos de las regiones productoras de cereales. Toda la carga debía transportarse en exclusiva a Atenas con prohibición a los numerosos armadores no atenienses establecidos en Atenas de transportar cereales a otros puertos.

La banca

Otra importante actividad económica de muchas ciudades griegas fue la banca. No se trató de grandes instituciones bancarias con centrales filiales y sucursales como las de la actualidad. El banquero de la antigüedad griega fue un comerciante individual con un reducido equipo de auxiliares. Generalmente tenía correspondencia con otros banqueros de otras ciudades, pero sin que existiese entre ellos una vinculación estrecha o una empresa única.

La banca surgió en Grecia probablemente por influjo oriental, sobre todo babilonio, donde ya desde época muy antigua los grandes templos se dedicaban a actividades bancarias. Un templo tenía construcciones sólidas, gozaba de confianza ante el público y en caso de guerra, su

carácter sagrado le ponía a salvo de las destrucciones y pillajes a que estaban expuestas otras instituciones. De ahí que en Babilonia y en Grecia muchas personas confiasen en depósito a los grandes templos su dinero o sus bienes muebles de más valor. Ya en Babilonia se dio el precedente de que esos mismos templos que se dedicaban a múltiples actividades económicas (explotaciones agrícolas y ganaderas, etc.) negociasen con los recursos ajenos que se les habían confiado y se lucrasen con los resultados.

En Grecia las actividades bancarias fueron ejercidas no sólo por los templos, sino también por personas privadas. Generalmente se trataba de metecos ricos, no de ciudadanos, ya que en muchas ciudades a estos les estaban prohibidas las actividades comerciales, y en todo caso éstas estaban socialmente mal vistas entre las clases dominantes.

Aunque el volumen de negocios y el influjo en la política económica fue muy reducido en la banca antigua en comparación con la actual, las actividades bancarias fueron una importante fuente de ingresos para un sector reducido de la población. En primer lugar los banqueros se dedicaban al cambio de monedas, actividad importantísima en un mundo como el griego en el que existían multitud de ciudades-estado independientes con moneda propia: en el cambio el banquero se lucraba con una comisión. El banquero recibía dinero en depósito *(parakatatheke)* a interés reducido y lo daba en préstamo *(daneion)* a interés mucho más alto. El hecho de que los depósitos recibidos por el banco no fuesen a plazo fijo, sino que pudiesen retirarse en cualquier momento, dio lugar en diversas ocasiones de crisis a bancarrotas producidas por la retirada simultánea de los depósitos por parte de los clientes. Los bancos actuaban también en la mediación de pagos por cuenta de sus clientes.

Para un pleno desarrollo de las actividades bancarias faltaban en el mundo griego determinadas condiciones objetivas básicas para el auge de la banca. El pluralismo

político de las múltiples ciudades-estado y sus frecuentes hostilidades mutuas hacían que el banquero sólo pudiera hacer efectivos judicialmente sus derechos contra sus clientes dentro del territorio de su ciudad o todo lo más dentro del territorio de las ciudades aliadas que reconocían la hegemonía de su ciudad. Otro factor que contribuyó a que los negocios bancarios no tuvieran el grado de seguridad conveniente, fue el hecho de que en muchas ciudades como Atenas los banqueros eran metecos que al no gozar de la ciudadanía, no podían tener propiedades en el territorio ateniense. Por ello cuando hacían un préstamo no podían exigir de sus clientes garantías hipotecarias que hiciesen más segura su actividad. Por otra parte, como se ha visto, en Grecia no existió la gran empresa, los negocios de los artesanos y comerciantes fueron de dimensiones reducidas y no exigieron por su volumen financiación bancaria. Finalmente en la tabla de valores sociales dominante en Grecia las actividades bancarias estaban mal vistas y sólo resultaban atractivas para sectores de la población que prescindían de esa valoración.

Los ingresos públicos

Las ciudades-estado griegas carecían de un presupuesto estatal comparable al de los estados modernos: la planificación global anticipada de ingresos y gastos prácticamente no existía, y además muchas partidas muy importantes en el presupuesto de un estado moderno faltaban en absoluto en las funciones del poder público de la ciudad-estado, por ejemplo la sanidad, las retribuciones a funcionarios (que prácticamente no existían), la seguridad social, la educación, etc. Muchas funciones del poder público eran realizadas por el sistema de liturgias *(leiturgiai)* es decir prestaciones en teoría voluntarias pero en realidad obligatorias, que todos o determinados ciudadanos encumbrados debían realizar en bien de la comunidad, por ejemplo: la organización de fiestas, el equipamiento de la flota de guerra y del ejército.

La liturgia de la trierarquía (*trierarchia* de *trieres* = trirreme; *archein* = mandar) consistía en la obligación de costear los gastos de mantenimiento (y parcialmente la retribución de sus aproximadamente 170 remeros) durante un año. Dado que en Atenas la flota contaba normalmente con 200 ó 300 trirremes tenía que haber cada año 200 ó 300 personas bien situadas cargadas con esta obligación. La coregía (*choregia* de *choros* = coro; *hegeisthai* = dirigir) implicaba la obligación de costear los gastos de los casos que participaban en las fiestas públicas, lo que podía suponer cuantiosos gastos.

Para cumplir el servicio militar cada ciudadano debía proporcionarse sus propias armas y eventualmente el caballo. Sólo en el momento en que se fue generalizando el sistema de los ejércitos mercenarios, correspondió al poder público la paga de las soldadas, lo que llevó a la necesidad de incrementar los ingresos por medio de nuevos impuestos.

Los ingresos estatales procedían de fuentes diversas: la explotación de obras públicas como por ejemplo las minas de plata de Laurion *(Laureion)* por Atenas; el impuesto personal del que generalmente estaban exentos los ciudadanos y pesaba fundamentalmente sobre los metecos; los impuestos sobre las manumisiones, la prostitución, el patrimonio, las transacciones comerciales, las importaciones, etc. Las ciudades-estado importantes como Atenas que ejercían su hegemonía político económica sobre otras, percibían importantes sumas en calidad de tributos pagados por los aliados de menor rango.

V. LAS GUERRAS POR LA HEGEMONIA

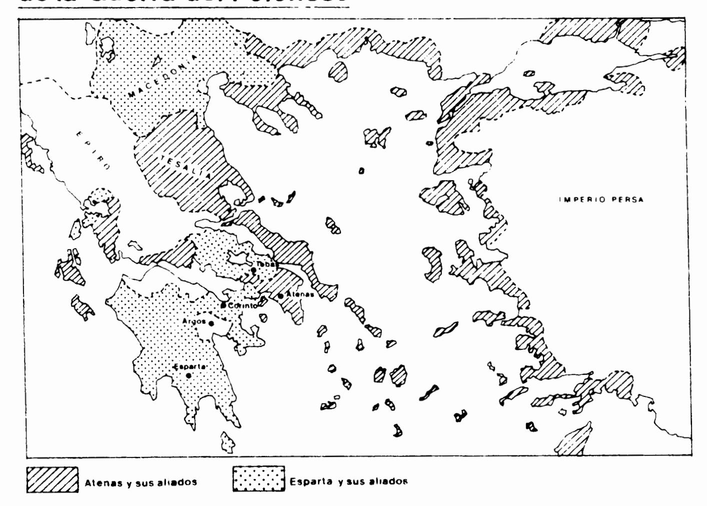
El gran conflicto del Peloponeso (431-404)

Si para los aliados la política ateniense era despreocupada, para las ciudades no pertenecientes a la liga era francamente persecutoria. Corinto y Megara, en particular, estaban amenazadas en su economía; y cuando Atenas prohibió a los megarenses el acceso a sus puertos, la Liga peloponésica respondió declarando la guerra. El rey espartano Arquidamo invadió Atica (Guerra Arquidámica, 431-421). Los Atenienses, seguros de su superioridad financiera y marítima, se mantuvieron, por consejo de Pericles, dentro de las murallas, dejando a la flota la tarea de reducir por hambre a las ciudades enemigas; pero en el 430 estalló en la ciudad la peste, que hizo innumerables víctimas, entre ellas el propio Pericles (429).

Su muerte inició de nuevo la lucha entre las facciones: las aristocráticas, pacifistas (porque habían sufrido el peso de los impuestos), estaban encabezadas por Nicias; las demócratas, imperialistas, por Cleón. Al final prevalecieron las tesis de este último. Entretanto también en Esparta había triunfado el partido de la lucha a ultranza dirigido por Brasidas, y la guerra fue reemprendida con mayor vigor. Los Atenienses fueron vencidos en Anfípolis, pero la muerte en el campo de ambos instigadores de la guerra volvió a dar prestigio a los pacifistas: así fue estipulada una tregua de 50 años (paz de Nicias, 421).

Una vez puesto término a la guerra directa, cada uno de los rivales intentó debilitar al adversario azuzándole en

Grecia en visperas de la Guerra del Poloneso



contra de los propios aliados. Atenas, sin embargo, no supo mantener a raya a Argos, que fue derrotada en *Mantinea*. Esta pérdida resquebrajó el prestigio tanto de Nicias como de los jefes demócratas; y sobre todos iba adquiriendo ascendiente el joven sobrino de Pericles, Alcibíades, en el que una inteligencia excepcional se unía a una total falta de escrúpulos y a un egocentrismo que era al mismo tiempo una amenaza para la polis y la señal de su disolución. Alcibíades supo convencer al pueblo para que emprendiese una expedición a Sicilia contra Selinunte y Siracusa, que abastecían a Esparta, y fue elegido con Nicias entre los jefes de la expedición. Pero apenas llegado a Sicilia fue reclamado a la patria para responder a una gravísima acusación de impiedad, promovida por los jefes demócratas por envidia. Alcibíades fingió volver y después se refugió en Esparta. Las operaciones en Sicilia (414-413) fueron llevadas a cabo por Nicias con gran impericia: el cuerpo expedicionario y un ejército de socorro fueron destruidos. Atenas perdió en un

solo golpe 40.000 hombres y 160 naves. Entretanto, desde Esparta, Alcibíades tramaba un vasto plan de acción contra la patria: aconsejó a los espartanos ocupar Decelea, donde hacer una base para devastar el Atica e interrumpir las conexiones con Laurio (Guerra de Decelea 413-404), instigó a las ciudades jónicas a la revuelta e hizo acuerdos con los persas. Habiendo chocado después con los espartanos, se refugió en casa del sátrapa de Sardes, y con el oro persa indujo a los defensores de la oligarquía en Atenas a un golpe de mano. El golpe tuvo éxito y la asamblea confirió el poder a un Consejo de 400 oligarcas.

Mientras tanto en todo el Imperio Ateniense estallaban revueltas, los 400, para sostenerse en el poder, invocaron la intervención de Esparta. Ello provocó una insurrección popular, y el poder pasó a una asamblea más amplia (Asamblea de los 5.000), controlada por los oligarcas moderados. En Samos, entretanto, el ejército se había rebelado y había conferido el mando a los demócratas Trasilo y Trasíbulo. Alcibíades encontró el modo de hacerse aceptar por estos, y fue elegido estratega (411). El año siguiente consiguió una gran victoria en Cícico y pudo regresar a Atenas, acogido como un triunfador. Esparta, mientras tanto, había confiado el mando a Lisandro, estratega y diplomático genial, que supo obtener espléndidas financiaciones del rey de Persia y venció a Alcibíades (407). Este fue destituido y desterrado; también Lisandro, sospechoso de abrigar propósitos autoritarios, fue destituido; pero una grave derrota en las islas Arginusas (406) aconsejó a los espartanos volver a llamarle. Poco después Lisandro destruyó la flota ateniense en la desembocadura del Egopótamo *(Aigospotamos)* (405) y puso asedio a Atenas. A los ocho meses (404) la ciudad capituló: tuvo que demoler las Largas Murallas, entregar la flota, disolver la Liga Delio-Atica y suministrar tropas a Esparta.

La hegemonía espartana y tebana

Así comenzó la hegemonía espartana. Por doquier fueron impuestos gobiernos oligárquicos, protegidos por

guarniciones espartanas. En Atenas asumieron el poder treinta oligarcas (los Treinta Tiranos), que instauraron un régimen de terror. Sin embargo pronto fueron hechos caer por Trasíbulo. Esparta no se opuso a la restauración de la democracia en la ciudad rival, en ese momento demasiado débil para constituir un peligro. Pretendía más bien sustituirla en el predominio sobre Asia Menor, por lo que apoyó la revuelta de Ciro el Joven contra su hermano Artajerjes II, legítimo rey de Persia. Ciro fue derrotado y muerto en Cunaxas (401), y la venganza de Artajerjes no se hizo esperar: pero después de algunas dificultades, los espartanos, al mando de *Agesilao*, lograron arreglar la situación y liberar la Jonia.

En Grecia continental, Atenas, Tebas, Corinto y Argos, financiadas por Persia, habían entretanto dado vida a una Liga antiespartana. La guerra estalló nuevamente (Guerra Corintia, 395-387). La flota persa, mandada por el ateniense Conón, destruyó a la espartana en Cnido (394), pero aquel mismo año Esparta volvía a equilibrar las suertes venciendo en Queronea.

El conflicto se arrastró con alternativas de fortuna durante años, hasta que, por agotamiento, los contendientes aceptaron la mediación persa. Con la paz del Rey (también llamada de Antálcidas, el negociador espartano) firmada el 387 las ciudades griegas de Asia Menor volvían a Persia, mientras se proclamaba la autonomía de todas las europeas. Esta cláusula disolvía toda alianza antiespartana, y Esparta en los años siguientes se aprovechó de ello para imponer el propio protectorado a un gran número de ciudades, entre ellas Tebas (382). Atenas volvió a comenzar a tejer su trama de alianzas; en el 379 ayudó al tebano Pelópidas a expulsar de Tebas a la guarnición espartana y a los oligarcas; en el 377 constituyó una Segunda Liga Delio-Atica, sobre la base, esta vez, de una absoluta igualdad entre los componentes.

La inevitable guerra comenzó con una derrota de los espartanos en Naxos (376); pero en el mismo período Tebas, bajo la dirección de Pelópidas y Epaminondas

había unificado Beocia, y sus progresos preocupaban tanto a Atenas como a Esparta, que estipularon una tregua (371) y ordenaron la disolución de la Liga beocia. Al negarse Tebas comenzaron inmediatamente las hostilidades. Usando la nueva táctica del orden oblicuo Epaminondas consiguió sobre los espartanos una aplastante victoria en Leuctra (371). Entonces todas las ciudades sometidas a Esparta se rebelaron. Epaminondas pasó al Peloponeso, saqueó Laconia, hizo independientes a Arcodia y Messenia. Esparta no se rehizo ya más de este golpe mortal.

En realidad su declive había comenzado desde hacía tiempo: el equilibrio del kosmos, basado en el rígido control de los éforos y en la paridad económica entre los ciudadanos, no era sino un recuerdo: muchas familias se habían enriquecido acaparando los botines de guerra y habían invertido sus riquezas en la adquisición de las tierras de los periecos (ya que los lotes de los espartanos eran inalienables); la mayor parte de las familias limitaban la prole a un varón, para evitar la división de la propiedad; muchos se habían cargado de deudas, y habían perdido los derechos civiles; Esparta ya no disponía sino de unos pocos miles de hombres, insuficientes para las ambiciones imperialistas de sus jefes.

Después de Leuctra, Lócrida, Fócida, Eubea y Acarnania pasaron a ser protectorados tebanos; después fue la vez de Tesalia, cuyo tirano, Alejandro de Fere, fue vencido en Cinocéfalos (364), donde sin embargo encontró la muerte Pelópidas. El choque final entre el ejército tebano y el de la Liga Atico-Espartana tuvo lugar en Mantinea (362), Atenas y Esparta sufrieron una tremenda derrota, pero Tebas pagó la victoria con la muerte de Epaminondas, el único que hubiera podido guiarla hacia la supremacía en Grecia. La paz (aconsejada por el moribundo Epaminondas) se selló en seguida; pero ya no podía ser de ninguna utilidad: Grecia, extenuada, ya no era capaz de defender aquella autonomía en nombre de la cual se había destruído a sí misma.

Consecuencias económico-sociales de las Guerras del Peloponeso

La Guerra del Peloponeso y las subsiguientes luchas y crisis que asolaron al mundo griego tuvieron importantes consecuencias en la vida económico-social. Como es natural en las regiones más afectadas por las campañas militares la agricultura y la ganadería sufrieron mucho. Las guerras y las epidemias (por ejemplo la peste del año 430 descrita por Tucídides) redujeron la población de muchas regiones. La disminución del número de consumidores y el empobrecimiento de muchos otros, sobre todo de los pertenecientes a los niveles alto y medio de la población urbana, hizo que la demanda de muchos artículos de consumo disminuyese considerablemente, con los consiguientes efectos regresivos en la producción. Abundaron en todas partes los proletarios que quedaban sin trabajo o que habían tenido que huir de sus lugares de origen como consecuencia de las guerras: muchos de ellos solucionaron su problema alistándose como mercenarios en los diversos ejércitos griegos y persas de la época.

En el campo del comercio exterior la desaparición de la Liga Délico-Atica contribuyó a que disminuyese la seguridad del comercio marítimo. Por otra parte hubo un desplazamiento de los centros y corrientes de la vida económica. Atenas la gran perdedora fue la más afectada: perdió su mercado exterior en Occidente (Italia y Sicilia) y en parte en la zona del Mar Negro. Algunas de esas zonas pasaron al área de influencia comercial de las potencias que habían conseguido la hegemonía, sobre todo a la de Corinto. Pero a lo largo del siglo IV se observa sobre todo un progresivo desarrollo económico en casi todas las zonas marginales del mundo griego: Macedonia, Asia Menor, Siria, Egipto, Libia, Sicilia. En todas estas zonas comienzan a desarrollarse industrias artesanales que imitan las producciones atenienses y corintias y van cerrando el paso a la importación de productos procedentes de las metrópolis griegas.

El ascenso de Macedonia: Filipo II

La autonomía de las ciudades griegas muy pronto fue amenazada por el ascenso del reino de Macedonia. Habiéndose mantenido hasta ahora aparte en las vicisitudes helénicas, el joven reino sin embargo había colaborado con los griegos en el tiempo de las guerras médicas y mantenía relaciones diplomáticas y comerciales en especial con Atenas y sus colonias. Sin embargo era un estado

Expansión de Macedonia en tiempo de Filipo II (359-336 aC.)



Macedonia en el año 539 aC — Peonia anexionada en 358 aC

Tesalia anexinada en 352 aC — Tracia anexionada en 342 aC

todavía predominantemente agrícola, dominado por una aristocracia territorial sobre la que los monarcas (pertenecientes por tradición a la dinastía de los Argéadas) tenían muy poco poder: un estado, por tanto, todavía atrasado y débil; pero su fisonomía cambió con la subida al trono de Filipo II (359-336).

Filipo II tenía todas las cualidades del conquistador: ambición y falta de prejuicios, sentido organizativo, paciencia para esperar la ocasión favorable y rapidez para aprovecharla. Dedicó los primeros años del reino a reforzar las fronteras nororientales contra los bárbaros y a dar un nuevo orden al estado, concentrando el poder en sus propias manos. De la litigiosa nobleza macedónica supo hacer un dócil instrumento de guerra; la ordenó en batallones *(iles)* de caballeros (*heteros* = compañeros), adjuntándoles regimientos de soldados de infantería o *pezeteros* (= heteros de a pie) que maniobraban dispuestos en falanges según la táctica oblicua inventada por Pelópidas y Epaminondas. Filipo adoptó en definitiva todas las más recientes innovaciones en materia de máquinas de asedio, con el fin de evitar el deterioro y los gastos que todo asedio comportaba. Arregladas las fronteras y consolidada la unión estatal, comenzó por fin sus planes expansionistas hacia el sur. En sus designios la hegemonía sobre Grecia no era más que la premisa necesaria para un proyecto mucho más ambicioso: la conquista del Imperio Persa. Para ello necesitaba la colaboración de todos los griegos, ya que los macedonios no hubieran bastado en número para controlar el inmenso país. Realizado ese plan, las ciudades griegas hubieran resuelto de golpe todos sus problemas sociales y económicos. Filipo comenzó por asegurarse la faja costera de Macedonia, expandiéndose por la península calcídica y por Tracia a expensas de Atenas, a la que sustrajo, entre otras cosas, el territorio aurífero del Pangeo (357) mientras estaba ocupada en domar la rebelión de Bizancio, Rodas, Coo y Quios (Guerra Social, 357-55).

Atenas, una vez vencida, tuvo que reconocer la independencia de las ciudades rebeldes, y su debilitamiento

facilitó la intervención en Grecia de Filipo. Habiéndose inmiscuido prontamente en la contienda surgida entre Tebas y los focenses por la posesión de las tierras sagradas de Delfos (Guerra Sagrada, 356-346), Filipo venció a los focenses apoyados por Esparta y por Atenas; después completó la ocupación de Tesalia, de Tracia y de la península Calcídica (*toma de Olinto*, 349-348) para así excluir a Atenas del Egeo septentrional y privarla además del abastecimiento de trigo escítico. Atenas tuvo que retirarse de la guerra (paz de Filocrates). Tuvo suaves condiciones ya que entre otras cosas, pudo conservar la flota; pero para sus aliados el castigo fue durísimo. De ello se aprovechó Tebas para extenderse a Beocia, mientras Macedonia entraba a formar parte de la anfictionía délfica, adquiriendo el derecho de entrometerse en los asuntos griegos.

La doble amenaza suscitó reacciones diversas en Atenas, donde se enfrentaban dos facciones, una encabezada por Esquines, favorable a un entendimiento con Filipo, y la otra encabezada por Demóstenes, ferozmente adversa al rey. De momento prevaleció la de Demóstenes, y Atenas entretejió una vasta red de alianzas con Argos, Messenia, Megara, Arcadia y Eubea. La elocuencia de Demóstenes (el mayor orador de la antigüedad) logró sin más atraer a la alianza a los Tebanos (339); pero en Queronea (338) los aliados sufrieron una tremenda derrota. Filipo impuso duras condiciones a Tebas, pero no trató con rigor a Atenas, que de todos modos, dependía ahora de él para el aprovisionamiento de trigo. A las demás ciudades les dejó su autonomía, prefiriendo presentarse no como conquistador, sino como supremo garante de la paz helénica. Confiaba obtener de esta manera la colaboración de los griegos para la guerra contra Persia que ahora se hacía necesaria, en cuanto que, desde hacía mucho tiempo, el oro persa estaba fomentando las discordias internas de Grecia.

En un grandioso congreso panhelénico convocado en Corinto por Filipo y en el cual solamente Esparta dejó de

participar, fueron puestas las bases de la empresa: se constituyó una liga (Liga de Corinto, 337) en la que todo estado disponía de un número de votos proporcional a su importancia. Macedonia no formaba parte de ella, pero a su rey le correspondía, en caso de guerra, el mando del ejército y de la flota. Aquel mismo año la Liga declaró la guerra a Persia. Inmediatamente fue enviado a Asia un ejército a las órdenes de Parmenión para preparar el terreno a la verdadera expedición. Pero Filipo no pudo recoger los frutos de sus éxitos: murió al año siguiente a manos de un sicario instigado por Olimpíada, una de sus ocho mujeres, la cual veía cada vez más amenazado el derecho de su hijo Alejandro a la sucesión.

VI. EL APOGEO DE LA CULTURA GRIEGA

Al fomento de las obras públicas y del comercio correspondió una intensísima actividad espiritual, una explosión de genialidad como nunca se había verificado y después raramente se verificará en la historia. Casi no es necesario recordar a escultores como Fidias, Mirón y Policleto, y los desconocidos artistas que realizaron las metopas, el friso y las figuras del frontón del Partenón; arquitectos como Idino, Calicrates y Mnesides; historiadores como Herodoto y Tucídides; filósofos como Sócrates y los sofistas (maestros de sabiduría) Protágoras y Gorgias; científicos como Anaxágoras, Metón e Hipócrates de Coo; escritores dramáticos como Esquilo, Sófocles, Eurípides y Aristófanes; sin contar con que lo que nos ha quedado no es sino una mínima parte de lo que se ha perdido. Pero lo que importa más no es tanto la cantidad cuanto la calidad de este florecimiento intelectual. La victoria sobre Persia provocó el rechazo de los elementos orientales, y el desarrollo siguió las líneas trazadas con anterioridad: fue una profundización en sentido griego, en el esfuerzo común de construir un mundo a la medida del hombre, un mundo ideal que se tradujese, en la práctica, en una sociedad armónica y equilibrada. Escribe Helmut Berve: «Los espíritus más altos, los señores más nobles, los propietarios más ricos, los campesinos más altivos, los asalariados más pobres, todos encuentran satisfacción y felicidad en el servicio de la polis. Las fuerzas autónomas, que al principio fermentaban y que más tarde prorrumpirán desencadenadas, ahora están... insertadas en la forma clásica. La armonía de esta forma no es un velo piadosa-

mente extendido sobre las bajezas de la vida, sino el equilibrio, dificultosamente alcanzado, de las fuerzas primordiales. De la vida griega, de toda palabra, de toda obra surge brillante una belleza que vence los milenios»

El arte griego

Tras el letargo cultural que se produjo después de la invasión doria comenzó a surgir en las ciudades de Grecia propiamente tal, de Jonia y de Sicilia un arte que llegaría en muchos campos a una extraordinaria perfección. Uno de los campos en que primeramente se manifestó, fue la cerámica. Al principio la forma y la ornamentación de las vasijas es una continuación de la cerámica micénica; pero pronto (desde el siglo IX a.C.) comienza a desarrollarse el estilo geométrico: las crateras (grandes vasijas panzudas con dos asas en el cuerpo y boca muy ancha, a veces con un pie, destinadas a mezclar el vino y el agua) y las ánforas (de cuerpo más alto, sin pie, con dos asas y cuello estrecho) se adornan con bandas horizontales con los más variados motivos geométricos (grecas). En la ornamentación comienzan a aparecer representaciones humanas y escenas de la vida real de las clases más altas de la sociedad para la que se fabricaban esas vasijas. Las representaciones humanas al principio están fuertemente estilizadas y prevalecen en ellas los rasgos rectilíneos típicos de los siglos IX y VIII a.C.

Desde finales del siglo VIII a.C. el arte evoluciona probablemente por influjo de nuevas técnicas y formas que los artistas y artesanos griegos aprendieron de los pueblos orientales en gran parte a través de la isla de Chipre que en esa época sirvió de enlace entre las culturas orientales y Grecia. Los artistas griegos sin embargo no se limitaron a copiar: adaptaron nuevas técnicas, se inspiraron en determinados temas, utilizaron motivos orientales; pero se sirvieron de ello con un espíritu original en el que el hombre pasa a ser el centro del arte. Ese humanismo

que ya aparece en los comienzos, será durante toda la historia una de las características fundamentales del arte griego.

Arquitectura y escultura

La escultura comenzó a desarrollarse en el siglo VII con modelos rígidos y estáticos probablemente inspirados en la escultura egipcia: estatuas con las piernas juntas, los brazos pegados al cuerpo, cabeza esquematizada en triángulo, cabellera en forma de peluca. Poco a poco a lo largo del siglo VI las estatuas fueron cobrando vida y dinamismo: brazos y piernas separadas, gestos naturales, expresión del rostro. Este avance se percibe perfectamente en dos tipos de estatuas conservadas con cierta abundancia en Grecia y que representan respectivamente al joven atleta desnudo *(kuros)* y a la joven ataviada para participar en una danza *(kore)*.

La arquitectura como arte comenzó a desarrollarse en el campo religioso. Desde épocas remotas los griegos tuvieron templos, al principio de dimensiones y estructura modestas; pero a partir del siglo VII comenzaron a construir grandes edificios sacros a imitación de lo que hacían los pueblos con culturas más antiguas como las de Egipto, Asia Menor y Mesopotamia. Las columnas que antes estaban sólo en el interior del templo, aparecen ahora también en el exterior y se van perfilando las formas características del templo griego clásico con una columnata exterior sobre la que se apoya un frontón triangular. En su ejecución se desarrollan tres órdenes cuyas características diferenciales más claras aparecen sobre todo en las columnas y en las estructuras a ellas superpuestas. El orden dórico es el más sobrio: la columna carece de base y el capitel es muy sencillo, lo mismo que el friso. El estilo jónico pone base a la columna, la acanala con una cierta profundidad y pone volutas en el capitel. Más tardío es el estilo corintio con adornos más profusos, que se manifiestan por ejemplo en el capitel de hojas de acanto. Los

templos van apareciendo no sólo en Grecia sino también en todas las regiones a las que llegó la civilización y la colonización griega.

Poco a poco se fueron introduciendo modificaciones y correcciones en los modelos originarios para alcanzar un efecto estático más perfecto: por ejemplo las líneas aparentemente rectas de las columnas e incluso en las estructuras horizontales se corrigieron con una ligera curvatura, que sin ser percibida como tal, contribuyó poderosamente a hacer más agradable la impresión visual. Algo parecido se hizo con la verticalidad y el paralelismo de otros elementos estructurales. Estos avances progresivos de la arquitectura culminaron en obras como el Partenón de Atenas, que puede ser considerado como un modelo prácticamente perfecto de grandiosidad, equilibrio y armonía.

La escultura estuvo estrechamente vinculada a la arquitectura ya que en gran parte las estatuas estaban destinadas a los templos. En ambas puede apreciarse una evolución análoga. Los antiguos rasgos de rigidez van desapareciendo y dan lugar a un equilibrio perfecto lleno de majestad, de naturalidad y viveza que se manifiesta en las obras de Mirón, Fidias y Policleto en el siglo V y de Praxiteles y Escopas (Skopas) en el siglo IV.

La cerámica

La cerámica tuvo su época de esplendor en el último tercio del siglo VI y la primera mitad del V a.C. Una nueva técnica permitió sustituir las antiguas figuras negras sobre fondo claro por figuras rojas sobre fondo negro, con lo cual las figuras alcanzaron una gran perfección al ser posible dibujar sus detalles con trazos negros. Los dibujantes fueron perfeccionando sus dibujos hasta alcanzar una extraordinaria viveza y naturalidad en las escenas representadas en los distintos tipos de vasos. Ya en la primera mitad del siglo V se fue produciendo una indus-

trialización de la cerámica. Sin renunciar a la belleza, los dibujantes y pintores fueron dejando de ser artistas creadores y progresivamente se transformaron en decoradores de vasos producidos en grandes cantidades en los talleres atenienses. Por otro lado la pérdida de la hegemonía política de Atenas hizo que el centro de producción de vasijas de lujo se desplazase parcialmente a otros lugares (ciudades de Sicilia y de Italia meridional). La consecuencia fue un cambio de estilo: las figuras perdieron su firmeza y nitidez de trazos, pero ganaron en movilidad. Al mismo tiempo se multiplicó el número de figuras y se hizo muy profusa la ornamentación de guirnaldas y coronas (estilo florido). Curiosamente la ornamentación de vasos con motivos figurados desapareció de forma prácticamente completa en la época helenística.

La época de esplendor de la cerámica y los testimonios de la literatura muestran que en Grecia la pintura alcanzó un gran desarrollo y llegó a una gran perfección. La cerámica refleja en pequeño lo que debió de ser la gran pintura. Se han conservado nombres de afamados pintores como Polignoto de Tasos, pero sus obras se han perdido en su totalidad. De la pintura griega clásica sólo se conservan escasísimos restos de algún fresco.

El esplendor de la lírica

La lírica griega que en los siglos VII y VI había tenido ya un gran desarrollo, llegó en el siglo V a su máximo esplendor. Anacreonte *(Anakreon)* de Teos (ca. 550 a 465?) fue el lírico de las cortes del tirano Policrates y de los Pisistrátidas hasta que su actividad de poeta cortesano que cantaba en los banquetes sus estrofas acompañado de la lira se vio interrumpida en parte por las invasiones persas. Sus temas favoritos tratados con sencillez y perfección de forma fueron el amor y el disfrute de la vida con un equilibrio de placer, moderación y elegancia. Su influjo en la posteridad fue muy grande. En la lírica coral sobresalió Simónides (556-post 476) oriundo de Ceos *(Keos)* y

establecido en Atenas donde cantó las proezas de las guerras contra los persas, y luego pasó a Sicilia a la corte de Hierón de Siracusa, donde se dice que fue el primer poeta griego que escribió poesías por encargo y haciéndose pagar en dinero. Al escribir para sus patrocinadores contribuyó notablemente a independizar la lírica coral del culto, con el que antes había estado estrechamente vinculada. Sobrino de Simónides fue Baquílides *(Bakchylides)* también de Ceos. De su vida se sabe muy poco. Posiblemente tuvo cierta rivalidad con Píndaro. Su arte reside en la narración, no en la invención de temas y a veces deja la impresión de excesivamente convencional.

El más importante de todos los líricos fue Píndaro *(Pindaros)*, nacido hacia el año 520 en Cinocéfalos cerca de Tebas pero educado en Atenas. Su actividad literaria se extendió al menos del 498 al 446. Fue el mayor y último exponente de la lírica coral. Cantó a los héroes, a los vencedores en los juegos nacionales y temas diversos, siempre con profundidad, exactitud y sonoridad, a veces con alusiones y construcciones que le hacen resultar oscuro. Su influjo en la posteridad (por ejemplo en Horacio) fue muy grande. A partir de él decayó la lírica coral, que quedó restringida a las fiestas religiosas.

La tragedia

La tragedia griega nació en Atenas en el siglo V como producto de la fusión de dos géneros literarios líricos que desde hacía mucho tiempo llevaban vida independiente: la lírica coral y las narraciones yámbicas de la lírica monódica. Al introducirse en Atenas el culto de Dionisio en tiempo de Pisístrato, empezaron a organizarse fiestas de primavera en honor del nuevo dios: en ellas actuaba un coro cuyos componentes se caracterizaban como sátiros, ya que éstos según el mito habían constituido el cortejo de Dionisio. De ahí el nombre de tragedia (gr. *tragos* = macho cabrío; *oide* = canto) por el hecho de que los sátiros llevaban tradicionalmente rasgos y atributos de

macho cabrío. En esas fiestas junto al coro que cantaba el ditirambo en honor de Dionisio en dialecto dórico y en las modalidades típicas de la lírica coral desarrollada en el Peloponeso, actuaba también un narrador individual, que en las formas métricas de la lírica monódica jónica exponía algo relacionado con el mito de Dionisio. Con el tiempo el narrador único se desdobló en dos y luego en tres, representando cada uno un personaje. Sus intervenciones comenzaron a entreverarse dando lugar a un incipiente diálogo. La temática tratada dejó de ser exclusivamente dionisíaca y comenzaron a tratarse otros temas.

No conocemos con exactitud los detalles de toda esta transformación. La revolución comenzó ya en el siglo VI, y se han perdido todos los restos de obras predecesoras inmediatas de la tragedia anteriores al año 480, del que procede la más antigua obra de Esquilo con el que el género literario trágico alcanzó su plena configuración.

Como la temática inicial de los precedentes de la tragedia había sido el mito de Dioniso, el dios que sufrió y chocó con dificultades ingentes, la verdadera tragedia se centró también en los problemas ético-teológicos más graves que afectan al hombre: el problema del mal y el de la intervención de los dioses en los destinos humanos y en los grandes conflictos de los hombres y los pueblos. A través de sus obras los autores de las tragedias asumieron la función de educar al pueblo, enseñándole el camino recto a través de lo que se contemplaba y oía en el escenario.

Desde el punto de vista de la forma los dos elementos integrantes de la tragedia siguieron bien diferenciados: en la parte narrativa los personajes se expresaban en dialecto jónico y en el metro senario yámbico de la lírica monódica, mientras que el coro hablaba en dórico y en los metros más complicados de la lírica coral. Poco a poco la intervención del coro se fue limitando a un preludio (*párodos* = entrada), a varios interludios o estásimos *(stasimon)* y a un canto final. Aun así la participación del coro siguió siendo esencial en la tragedia griega clásica. El coro refleja

en forma lírica los sentimientos que la acción desarrollada en escena produce en el hombre normal: deplora, se indigna, se compadece, prevé las consecuencias, se entusiasma, o saca conclusiones de lo que acaba de pasar, y todo ello con la grandiosidad o la delicadeza propia de la lírica. A veces el coro interviene en la acción como si fuese un personaje más. El autor lo aprovecha para inducir en el público los sentimientos que debe producir la obra.

Esquilo

El primero de los tres grandes trágicos griegos fue Esquilo (*Aischylos*, ca 525-ca 455) nacido en la ciudad sagrada de Eleusis. En su juventud había vivido los grandes años de Atenas en la época de Pisístrato y la gran tragedia nacional de la invasión persa, con sus aspectos de desastre y heroismo. Sus tragedias están profundamente penetradas de sentimientos patrióticos y dominadas por la idea de la intervención divina en los acontecimientos humanos. Las Suplicantes, las Persas, la Orestiada, los Siete contra Tebas tratan temas de las viejas leyendas griegas de los ciclos troyano y tebano, o de la más reciente historia de la invasión persa. En todas ellas destaca la grandiosidad del tema, la violencia de los sentimientos, el desgarramiento interno del ser humano entre sus propios sentimientos y el destino que se le impone. Todo ello le hace quedarse en una cierta deshumanización: los personajes declaman grandiosas narraciones y el coro entrevera profundas y largas reacciones, sin que apenas nunca se llegue a un diálogo fluido humano entre los personajes.

Esquilo puede ser considerado como el más importante educador del pueblo ateniense y el último difusor de la antigua sabiduría vital griega: purifica a los dioses de muchas de las bajezas con que aparecen caracterizados en los mitos y tiende a acumular en Zeus todos los atributos divinos en una especie de avance hacia el monoteismo. Su obra por otra parte es un canto a la justicia divina patente

en las vivencias de juventud en la lucha y victoria contra la invasión persa. El problema del mal en el mundo queda explicado por un determinismo teológico: los dioses equilibran el bien y el mal y son responsables de muchas de las malas acciones cometidas por los hombres (o por linajes enteros de hombres) sometidos al influjo destructor de algunos dioses y genios.

Sófocles

Con el ateniense Sófocles (*Sophokles*, 497-406) la tragedia da un gran paso hacia la humanización. Los temas son menos teológicos, e incluso cuando Sófocles trata el mismo tema que Esquilo (por ejemplo en Antígona paralela a los Siete contra Tebas, o en Electra paralela a la Orestiada) la tensión trágica está humanizada y además de un puro enfrentamiento del hombre con su destino hay una verdadera lucha de sentimientos humanos, sin embargo la fuerza trágica del destino aparece con extraordinaria fuerza en las dos tragedias sofocleas sobre Edipo. Sófocles es conservador en el campo ideológico y respeta plenamente la autoridad de la religión popular tradicional, aun cuando se oponga a sus propias ideas de moralidad y justicia. Por eso la gran lección que se deduce de sus tragedias es que el hombre ha de someterse a la inescrutable voluntad de los dioses, muchas veces inexplicable a la razón humana: quien trata de enfrentarse y oponerse a esa voluntad acaba aniquilado por el superior poder divino, mientras que quien se somete a ella, es en definitiva quien vence, aunque para ello tenga que sufrir.

Desde el punto de vista literario Sófocles da a la tragedia su perfecto equilibrio. La tragedia se humaniza. El coro tiene una intervención menor que en Esquilo. En cambio los personajes son mucho más humanos, están perfectamente individualizados y dialogan entre sí con naturalidad.

Eurípides

El tercero y último gran representante de la tragedia griega clásica fue el también ateniense Eurípides (485-407) casi contemporáneo y rival de Sófocles. La estructura externa de sus tragedias es parecida a la de Sófocles con abundante diálogo y reducción de la intervención del coro. En cambio la actitud interna y la ideología que aparece en su forma de tratar los temas es profundamente distinta. Eurípides era un hombre dominado por la nueva mentalidad crítica que había roto definitivamente con la fe en los mitos. Da una interpretación racionalista de la vida y de la sociedad. Tiene una concepción pesimista del hombre y precisa que las pasiones pesan más que la razón. Por otra parte tiene fe en el valor absoluto del valor moral. Sus héroes son los de los tradicionales mitos griegos, pero están modernizados: Eurípides presenta en ellos no el antagonismo teológico entre poderes humanos y divinos, sino el juego de pasiones humanas de la sociedad ateniense del siglo V, con la problemática humana que había surgido y estaba fermentando en Atenas con la filosofía presocrática y el movimiento sofístico.

La producción literaria de Eurípides fue abundante. Escribió 75 obras dramáticas de las que se conservan de él 17 tragedias y una pieza cómica y son muchas más las enteramente perdidas o sólo conservadas fragmentariamente. Los temas tratados proceden unos de los mitos de dioses y héroes (Alcestes, Medea, Hipólito, Heracles, etc.) otros en cambio de diversas leyendas sobre todo el ciclo troyano (Helena, Ifigenia, Electra, Las Troyanas Hekabe, etc.).

Con la muerte de Sófocles y Eurípides la tragedia griega queda sin grandes figuras. Sus cultivadores en la época helenística y sus imitadores en Roma serán incapaces de llegar y aun de acercarse a la altura alcanzada en el siglo V.

La comedia ática

Desde un principio en sus más antiguas manifestaciones literarias (épica y lírica) los griegos recogieron elementos cómicos en los que satirizaban, parodiaban o simplemente llamaban la atención los aspectos grotescos, absurdos, burlescos y ridículos de diversas situaciones de la vida real de la sociedad. En los festejos públicos de las ciudades griegas fue frecuente que en desfiles, representaciones y recitados se hiciesen valer estos aspectos regocijantes de la vida. Ese es el ambiente en que nació la comedia como género literario. Concretamente nació en los festejos organizados en diversas ciudades griegas al terminar el invierno en honor de Dioniso y en las fiestas leneas de principios de año, en un proceso análogo al que dio origen a la tragedia: en ésta se recogieron y trataron los temas serios, mientras que la comedia desarrolló los temas jocosos.

El nombre de comedia deriva del griego *komoidia* formado a su vez de las palabras *komos* (= fiesta con música y baile en honor de Dioniso) y *ode* (= canto). Originariamente fue un espectáculo espontáneo en el que una comparsa dialogaba con su director, luego desdoblado en varios personajes. Más tarde la comparsa quedó sustituida por un coro y los personajes se fueron definiendo y cobrando individualidad.

El teatro en que se representaba la comedia era el mismo que el de la tragedia. La decoración era muy exigua. Los personajes llevaban caretas ridículas, vestían de forma vulgar y calzaban zuecos con lo que se diferenciaban plenamente de los solemnes personajes de la tragedia. El coro intervenía constantemente y en determinados momentos aparecía en el escenario un actor que se dirigía en tono serio al público en nombre del autor, comentando el problema central de la obra en la llamada *parábasis*.

Entre los numerosos comediógrafos áticos cabe destacar a Cratino, Hermipo, y sobre todo Aristófanes (ca.

445-ca. 386 a.C.) autor de unas cuarenta comedias de las que se han conservado enteras once. Entre ellas destacan Las Nubes, Las Avispas, Los Acarnanios, Las Ranas, La Asamblea de mujeres, etc. en las que critica agudamente diversos aspectos de la vida ateniense de su época.

Desde el punto de vista ideológico la comedia griega fue fuertemente conservadora: atacó duramente a los filósofos, a los sofistas y a todo lo que tuviese aspecto innovador. Al mismo tiempo ridiculizó con crudeza muchos aspectos de la religión popular, pero no lo hizo por espíritu innovador o racionalista, sino como reacción conservadora ante las libertades e irreverencias que se daban en los festejos dionisíacos. A la larga la crítica realizada constantemente por la comedia tuvo importantes efectos en la conciencia popular, previniéndola contra los innovadores.

La filosofía

La filosofía jonia y los presocráticos

Las ciudades jónicas de la costa occidental de Asia Menor e islas adyacentes fueron la cuna del pensamiento filosófico de la humanidad. Los jonios habían sobresalido ya por su espíritu creador en el campo de la épica y en el de la lírica. Al nacimiento del pensamiento filosófico contribuyeron además diversos factores. Uno de ellos fue el intercambio cultural con otros pueblos de los que los jonios recibieron fecundos conocimientos nuevos, que les obligaron a reflexionar sobre sus propias tradiciones. Otro importante factor fue la liberación de muchos de los vínculos político-sociales tradicionales de la polis, que podían resultar sofocantes para la libertad de pensamiento: los griegos de Jonia siguieron siendo culturalmente griegos aun estando sometidos al poder político de los lidios y de los persas. En ese ambiente el individualismo y la libertad de pensamiento en lo que tienen de creadores e

innovadores, pudieron desarrollarse mejor que en el marco estrechamente controlado de la polis.

Los temas de que se ocupó inicialmente el pensamiento filosófico eran los mismos problemas a los que había tratado de dar una solución el mito: el origen del universo, las relaciones de los hombres y los dioses y en general una explicación de la realidad. La diferencia fundamental consistía en que en lugar de explicar los fenómenos de la realidad por medio de narraciones imaginativas, se buscaba su explicación por medio de la reflexión y del pensamiento racional.

A los primeros pensadores griegos se les ha dado en el mundo moderno el nombre de presocráticos, en cuanto que fueron los predecesores de Sócrates en el pensar filosófico. Su interés central es la explicación del universo en lo que cabría llamar una incipiente filosofía de la naturaleza. Por ello se les llamó en la época helenística físicos (*physikoi* de *physis* = naturaleza). Tenían en este campo importantes precedentes en el mito, ya que sobre todo Hesíodo había tratado en sus poemas del origen del mundo (cosmogonía) a través de los mitos del origen de los dioses (teogonía). Lo que en Hesíodo es teogonía mitológica pasa a ser en los presocráticos cosmogonía racional. En cambio se ocupan en general poco de los aspectos éticos de la filosofía. En su búsqueda de un primer principio y de unas leyes básicas que expliquen el mundo, los presocráticos varían mucho en sus conclusiones.

Para Tales *(Thales)* de Mileto que escribió en la primera mitad del siglo VI, ese primer principio es el agua *(to hygron)*: el mundo es un disco que flota en el agua de la que todo procede, como en la mitología homérica el Océano es el origen de todas las cosas, o en las ideas cosmogónicas de algunos grupos semitas antes de la creación existían las aguas. Anaximandro también de Mileto (ca. 610-ca. 540) creyó en cambio que lo único que en el fondo existe tras el mundo apariencial que ven nuestros sentidos, es algo indeterminado *(to apeiron)* que

lo es todo y no es nada: una especie de materia temporal, espacial y cualitativamente indeterminada, que corresponde al caos de los mitos de Hesíodo. El que ese elemento indeterminado se organice y dé lugar a las cosas que se perciben, se debe al movimiento continuo, controlado por la acción inexorable del tiempo *(chronos)*.

Un lugar destacado entre los presocráticos ocupó Pitágoras (*Pythagoras*, ca. 570-ca. 480) natural de Samos, probablemente discípulo de Tales y de Anaximandro. Emprendió largos viajes por Egipto y Babilonia para enriquecer directamente sus conocimientos con los de las grandes culturas orientales. Luego emigró al Sur de Italia donde fundó una comunidad que practicaba el ascetismo y se dedicaba al estudio y a la contemplación. Sus doctrinas son una mezcla de principios filosóficos, éticos, religiosos y científicos. Enseñó la doctrina de la transmigración y reencarnación de las almas. Para el progresivo perfeccionamiento exigió una ascesis rigurosa. Al mismo tiempo cultivó las matemáticas y explicó la realidad por la armonía y equilibrio numérico, hasta el punto de que se le atribuyó el principio de que la realidad es número. Su figura como ya hemos visto, tuvo una gran importancia en la evolución de la religión griega, al menos entre determinados grupos minoritarios.

En la misma línea de la crítica y depuración de las concepciones religiosas se movió Jenófanes (*Xenophanes*, 570-ca. 475) que hubo de emigrar de su patria jónica Colofón, llevó durante muchos años una vida azarosa de rapsoda y acabó estableciéndose en Elea (colonia griega del S. de Italia). Fue uno de los pensadores en los que aparece más clara la ruptura con las concepciones religiosas tradicionales: rechazó los mitos de Homero y Hesíodo y exigió que se diese a Dios un culto respetuoso y racional. Su Dios es espiritual e inconmovible y mantiene al universo del que no se diferencia plenamente.

Una figura de extraordinario relieve fue Heráclito (*Herakleitos*, ca. 550-480) natural de Efeso también en Jonia, de biografía prácticamente desconocida. El punto de parti-

da de su pensamiento es el hombre en el universo que le rodea: todo ello constituye una unidad en perpetuo flujo sometido a leyes inmutables. El universo es un proceso eterno de cambios en el que la única realidad permanente es el fuego, concebido como elemento eterno racional. La razón humana es una mera participación del espíritu divino inmanente al mundo. Sus principios de que todo está en perpetuo flujo *(panta rei)* y de que es imposible que la realidad (comparada al agua de un río) pase dos veces por el mismo sitio, se han hecho proverbiales.

Tal vez la figura más destacada de los presocráticos fue Parménides (ca. 515-ca. 445) de Elea en el Sur de Italia, principal personalidad de la llamada escuela eleática. Había sido discípulo de Jenófanes y escribió sus doctrinas en forma de poesía didáctica. Su principio fundamental es que el ser tiene que ser inmutable y único, con lo que llega a un monismo panteísta: Con ese principio niega la posibilidad de la pluralidad de seres, del cambio, del movimiento y de la destrucción del ser. Todos estos fenómenos serían sólo apariencias nacidas de la imperfección del conocimiento humano.

La problemática planteada por Parménides espoleó a los pensadores posteriores (Anaxágoras, Empédocles y Demócrito) a buscar nuevas soluciones. Anaxágoras (ca 500-425) natural de Clazomenes, se estableció en Atenas donde tuvo estrechas relaciones con Pericles y Eurípides, y se dedicó plenamente al cultivo de la filosofía y al estudio de las ciencias naturales (astronomía, geografía, biología, etc.) desde el punto de vista filosófico. Creyó que el universo constaba de un número ilimitado de elementos organizados y movidos por una fuerza universal *(nus)*. Una vez puesto en movimiento el universo funciona como un gigantesco mecanismo. Rechazó abiertamente los mitos, y sus doctrinas fueron consideradas contrarias al respeto debido a los dioses, por lo que hubo de emigrar de Atenas.

Empédocles (500-430) natural de Acragas fue una personalidad extraordinariamente rica: cultivó con éxito la

poesía, se preocupó por toda suerte de conocimientos y llegó a la síntesis de la física jonia y de la mística órfico-pitagórica. Concibió el mundo como constituido por cuatro elementos (fuego, tierra, agua y aire) con lo que fue el creador de la doctrina de los cuatro elementos, tan extendida posteriormente. De la forma en que se combinen los elementos dependen las propiedades de las cosas y esa combinación se produce por la acción de dos fuerzas eternas contrapuestas, que son la amistad *(philia)* y la discordia *(neikos)*. Por otra parte Empédocles al rechazar los mitos identificó a los dioses con los elementos, con lo que de la antigua física hizo una teología. Su visión del universo fue pesimista, insistió en la necesidad de una reforma religiosa. La leyenda cuenta de él entre otras muchas cosas portentosas, que puso fin a su vida arrojándose al cráter del Etna.

Demócrito (ca. 460-370) de Abdera, ciudad de Tracia bajo la hegemonía de Atenas, fue el fundador del atomismo materialista que concibe el universo como un conglomerado de corpúsculos indivisibles o átomos (*atomos* = indivisible) que se mueven en virtud de una fuerza ciega *(ananke)* intrínseca, lo que hace que el universo se halle en un constante e imparable proceso de transformación. Las cualidades que nuestros sentidos perciben en las cosas son meras apariencias. Demócrito se interesó también por la ética y sostuvo que el ideal humano consistía en la imperturbabilidad *(ataraxia)* que supera las dificultades y constituye el único camino para llegar a la sabiduría. Toda esta serie de pensadores, aunque ante una mentalidad moderna dejan con frecuencia la impresión de ingenuidad, tuvieron el gran mérito histórico de ser los iniciadores del pensamiento filosófico. Fueron los primeros en afrontar racionalmente los grandes problemas sobre el origen de las cosas, la constitución del mundo, el destino del universo, la validez del conocimiento humano, la esencia de la divinidad, su cognoscibilidad y sus relaciones con el hombre. Todos esos problemas habían preocupado desde un principio al ser humano; pero en otras culturas y en la griega antes de ellos, sólo se habían

abordado en la explicación imaginativa y descriptiva del mito, donde se mezcla lo real y lo fantástico sin el rigor del pensamiento racional. Los temas tratados por los presocráticos fueron prácticamente todos los grandes temas de la filosofía y su método fue rigurosamente filosófico. Con ello su aportación a la cultura de Occidente y de toda la humanidad ha sido inmensa.

Los sofistas

Al final de la etapa presocrática de la filosofía aparecieron en Grecia una serie de pensadores a los que tradicionalmente se les ha dado el nombre de sofistas (*sophistes* = ingenioso). Esta denominación no tuvo en griego el sentido peyorativo que tiene en la actualidad. En realidad la sofística es la continuación de la filosofía iniciada en Jonia, pero traspuesta ahora al campo antropológico: el hombre pasa a ser estudiado como individuo, no como mera parte de la naturaleza o como ser puramente animal. A los sofistas les interesan todos los campos en los que actúa el hombre.

El punto de arranque ocasional de la problemática de los sofistas fueron los conocimientos nuevos sobre el hombre aportados por los historiadores y viajeros: ante la diversidad de los fenómenos y actuaciones humanas antes desconocidos, se someten a crítica las normas, las instituciones y los principios tradicionales antes aceptados como indiscutibles. Con ello se descubre la distinción, que a veces es oposición, entre la naturaleza *(physis)* y el orden establecido por la ley *(nomos)*.

En la sofística hay multitud de orientaciones ideológicas que sólo tienen en común su problemática centrada en el hombre, su orientación práctica que atiende sobre todo a la educación y formación del ciudadano, su independencia de todo dogma, y su sentido vulgarizador. Los sofistas son pedagogos y pretenden poner al alcance de todo el mundo los temas filosóficos de interés y actualidad. Gene-

ralmente no profundizan, no son metafísicos, no usan demasiado el método deductivo: prefieren el método inductivo que procede de la observación.

La sofística no fue un movimiento de ilustración esotérica sino abierto a todo el mundo, y abarcaba todos los campos del saber relacionados con el hombre: ética, política, gramática, gnoseología, dialéctica, retórica, etc. De hecho entre los sofistas destacaron personas de orientaciones y doctrinas muy distintas. Por ejemplo Protágoras de Abdera (ca 480-410) fue un gran humanista, autor del aforismo «el hombre es la medida de todas las cosas». Gorgias (ca. 480-375) fue el prototipo del sofista en sentido peyorativo: pagado de sí mismo, amigo de epatar, escéptico, nihilista radical. Pródicos (segunda mitad del siglo V) fue otro gran humanista enfrentado sobre todo con los principios de la religión tradicional y maestro de Eurípides e Isócrates. Hipias de Elide (segunda mital del siglo V) se opuso al dogmatismo tradicional que identifica lo justo con lo aceptado desde antiguo, y propugnó el derecho natural. Antifón (fin del siglo V) siguió esa misma línea de contraponer el derecho natural al derecho positivo y propugnó el cosmopolitismo. Los rasgos señalados son sólo los más significativos, y en todos los sofistas se dio una especie de enciclopedismo que les llevó a tratar todos los temas relacionados con el hombre con una inclinación común a la independencia de pensamiento y al individualismo.

El movimiento de la sofística chocó con el nivel medio cultural ateniense aferrado a la tradición y en el que abundaban la cortedad de horizontes, la superstición, la charlatanería, el polemismo, el egoísmo y la incomprensión. Ese conservadurismo ambiental que lograba arrastrar a la masa, miraba con fuerte prevención a los pensadores innovadores. En el campo religioso la sofística resultaba particularmente perturbadora: la religión debía acomodarse a la naturaleza y a la razón. Con ello se acentuaba la contraposición entre los dioses místicos y las leyes inmanentes de la naturaleza. Lo tradicional e instinti-

vo debía acomodarse a lo racional. Como todo esto llevaba a un racionalismo escéptico frente a la religión tradicional, los sectores conservadores acusaron en repetidas ocasiones a los filósofos del delito de impiedad *(asebeia)*, y lograron la condena de algunos importantes pensadores como Sócrates que puede ser considerado como el más esclarecido sofista.

La sofística chocó también con algunos de los más destacados discípulos de Sócrates, sobre todo Platón. La dura crítica que éste hizo de la sofística desde su punto de vista aristocrático opuesto a lo popular, contribuyó poderosamente al descrédito del movimiento. Sin embargo su aportación a la divulgación de la cultura, a la racionalización de las ideas, a la crítica abierta de lo tradicional y al desarrollo de las ciencias fue inmenso.

Sócrates

Sócrates (ca. 470-399) fue la figura central de la filosofía griega en la que culminó y se transformó el movimiento sofístico. Se le ha llamado el más grande de los sofistas y en realidad comparte con ellos su interés por toda clase de cuestiones y su marcada orientación pedagógica. Sin embargo Sócrates frenó lo que el movimiento sofístico tenía de destructor y negativo al poner límites al relativismo de los sofistas. Tras las cosas de apariencia y valor sólo relativos (por ejemplo las diversas leyes de los distintos pueblos) Sócrates busca la verdad (por ejemplo la justicia).

Nacido en Atenas después de tomar parte en la Guerra del Peloponeso se estableció de nuevo en su ciudad natal. La principal característica de su enseñanza fue la mayéutica (*maieuein* = acción de la partera para ayudar a dar a luz) o arte de hacer que en una discusión surjan nuevas ideas. Para ello empleaba con frecuencia la ironía (*eironeia* = acción de preguntar fingiendo ignorancia para ir poniendo progresivamente en evidencia lo insostenible de

la opinión del adversario). Fue también un gran avance suyo el establecer definiciones para que los conceptos de las cosas quedaran bien delimitados. Para llegar a definiciones válidas empleó con frecuencia la inducción, de forma que partiendo de múltiples casos particulares llegaba a una afirmación general. Sus doctrinas en líneas generales suponen un gran avance hacia la interioridad y el conocimiento de sí mismo. Admitió la igualdad de todos los hombres en el campo moral (no en el social, cultural y jurídico). En el campo religioso mostró una clara tendencia hacia el monoteismo, lo que le creó conflictos con los sectores conservadores que le condenaron a muerte por impiedad y le forzaron a suicidarse.

La figura de Sócrates en parte idealizada por su discípulo Platón ha pasado a la historia como un ejemplo eximio de grandeza humana y de entereza al servicio de la verdad. Al morir el maestro sus discípulos derivaron en direcciones muy distintas, dando lugar a diversas escuelas entre las que destacan la platónica y la cínica.

Platón

Platón (427-347) el principal discípulo de Sócrates nació también en Atenas. Gozó de una formación esmerada y después de la muerte de Sócrates viajó mucho. Intentó llevar a la práctica su filosofía política en Siracusa, procurando en vano transformar a Dionisio en soberano filósofo. Vuelto a Atenas fundó una escuela que por tener su sede en los jardines de *Akademos* en las afueras de Atenas, se llamó Academia. Volvió otra vez a Siracusa para intentar de nuevo la realización de sus planes políticos con Dion, pero fracasó de nuevo.

Sus obras revisten la forma externa de diálogo en el que intervienen sofistas reales o fingidos y con frecuencia Sócrates. Desde el punto de vista formal constituyen por su lenguaje y estructura uno de los puntos culminantes de la prosa griega. Su doctrina se centra en la concepción de

una realidad ultraterrena que es el mundo de las ideas, de las que las cosas que percibe el hombre no son más que sombra y apariencia. El hombre tiene un alma intelectiva que tiende a acercarse cada vez más a la verdadera realidad del mundo de las ideas; pero esa alma está encerrada en el cuerpo como en una cárcel, en la que se encuentran también un alma emotiva (en el pecho) y un alma apetitiva (en el vientre). Según predomine en el hombre una de esas almas, se dará uno u otro de los tres tipos de ser humano: el sabio llamado a gobernar, el guerrero irascible y patriota llamado a defender, y el artesano y labrador destinado a trabajar. Según la doctrina que expresó en su obra sobre las leyes, los dos primeros tipos (sabios y guerreros) se deben totalmente a la patria y en una ciudad perfecta deberían renunciar a todo (propiedad y familia) para vivir en un régimen monacal de comunidad de bienes. Su fracaso en Sicilia le llevó a mitigar notablemente estos principios en las obras de los últimos años (por ejemplo la República).

Platón fue el primer pensador que filosofó también sobre la estética: de acuerdo con su teoría de las ideas admitió la existencia de la belleza objetiva en sí misma, de la que participan en mayor o menor grado las cosas que se ven. Concibió el arte como una imitación siempre imperfecta de la belleza y por ello tuvo de él poca estima. Puso también reparos a la literatura (sobre todo a los poemas homéricos) y a las bellas artes por sus efectos, que él consideró disolventes, en la educación de la juventud.

Platón ha sido uno de los pensadores más importantes de la humanidad. Trató todos los grandes temas de la filosofía. Lo hizo con una elevación de ideas y una belleza de forma de expresión que aun actualmente sigue subyugando al lector. Por otra parte la forma literaria de diálogo en que se expresó, le permitió practicar la intuición insinuando teorías y creando concepciones grandiosas que no se llegan a probar. Por otra parte fue el primer pensador griego en el que se acentuó un dualismo pesimista entre cuerpo y alma, espíritu y materia. Todas esas ideas

han ejercido un influjo extraordinariamente importante en la posterioridad.

Aristóteles

Aristóteles (382-322) había nacido en Estagino *(Stageiros)* en la península Calcídica en zona fronteriza de Tracia y Macedonia. Desde joven estudió en Atenas y durante muchos años fue discípulo de Platón. A la muerte de éste (348) abandonó la Academia con parte de sus condiscípulos y se estableció en la ciudad de Mitilene en la isla de Lesbos en Jonia. El año 343 fue llamado a la corte macedónica por el rey Filipo II para encargarse de la educación de su heredero Alejandro (el futuro Magno). Al morir Filipo volvió a Atenas (355), fundó su propia escuela en el local llamado Liceo *(Lykeion)* o *Peripatos* (= lugar en el que se puede pasear dando vueltas) que dieron nombre a su doctrina. La reacción antimacedónica que se produjo en Atenas a la muerte de Alejandro (333) le hizo trasladarse a Calcis *(Chalkis)* en la isla de Eubea, donde murió.

Su obra educativa fue muy importante y sus escritos muy abundantes. Se han perdido sus obras destinadas al gran público y se conservan sólo sus escritos esotéricos redactados como notas de clase para sus discípulos. Tratan los temas más diversos, agrupados en tres secciones: filosofía racional (lógica, retórica, gramática, poética), filosofía real (física incluida la psicología, metafísica, matemática) y filosofía moral (ética, política). Aristóteles coincidió con Platón en el universalismo de sus inquietudes filosóficas, fue menos genial que su maestro, pero le superó ampliamente en su rigor científico y en su estructuración sistemática de los conocimientos. Aristóteles no fue un idealista sino un empírico que partía de la realidad tangible y extraía de ella principios generales de vigencia universal. Su forma de discurrir es de un orden y de una lógica aplastantes. Los análisis que hace de la realidad sensible son certeros. Las reglas de raciocinio que aplica para ordenar los conocimientos procedentes de esos

análisis y para ir avanzando progresivamente hacia principios generales, son de un extraordinario rigor: Aristóteles fue capaz de formular y codificar científicamente los principios del sentido común humano, y con ello dio a la lógica occidental unas reglas y unas orientaciones que son uno de los factores básicos de la cultura europea.

Su gran claridad, su rigor y su universalismo hicieron que Aristóteles ya desde el pincipio tuviera un extraordinario influjo en la cultura. Contribuyó a la visión universalista de Alejandro Magno aunque no fue partidario de la difusión de la cultura griega entre los extranjeros *(barbaroi)* y menos aún de la recepción de elementos culturales extranjeros por la cultura griega. Su lógica se difundió por todos los ambientes del mundo griego, aun por aquellos que no estaban de acuerdo o sencillamente no se preocupaban de otros principios de la filosofía aristotélica. El aristotelismo (o filosofía peripatética) aunque sin figuras geniales, siguió siendo durante toda la antigüedad y en el Imperio Bizantino una de las escuelas filosóficas más importantes. Su influjo aun fuera de esos ambientes fue inmenso, primero en el mundo islámico donde se dio una recepción de la lógica y luego de la cosmología y metafísica a través de traducciones siríacas, hebreas y árabes. A partir del siglo XIII el influjo en Occidente fue muy grande a través de la Escolástica medieval, que utilizó a Aristóteles como base filosófica de la teología cristiana. Aun después de la decadencia de la escolástica la cultura de Occidente se sigue apoyando en multitud de principios ideados, estructurados o al menos formulados por Aristóteles.

Los orígenes y el desarrollo de la historiografía

En la épica griega hubo desde el primer momento un cierto interés por temas históricos: se cantaban las hazañas míticas de héroes y de esta forma con frecuencia sublimaban al nivel de la mitología hechos y acontecimientos históricos. Poco a poco se fue produciendo una

historización de la epopeya en el sentido de que progresivamente en los nuevos poemas épicos hay cada vez menor interés por lo divino y ultraterreno y se presta cada vez mayor atención a héroes humanos. Esa tendencia es uno de los factores que contribuyeron a la aparición de la historia como género específico de la literatura griega. Concretamente la Iliada que recogió en torno a la guerra de Troya multitud de tradiciones y leyendas locales, contribuyó por una parte a la concienciación de la unidad cultural griega y por otra a que todos los pueblos griegos tuviesen en esas leyendas un punto de referencia sobre su pasado.

Por otro lado el desarrollo de la escritura llevó a que se fuese creando una especie de historia local preliteraria, ya que en muchas ciudades se iban escribiendo listas cronológicas de magistrados, o listas de vencedores en los juegos panhelénicos. En otras ciudades como Argos y Corinto surgieron poemas épicos locales cuyo tema eran los orígenes legendarios de la ciudad.

Otro factor que contribuyó a la formación y desarrollo de la historia fue la colonización griega y los contactos de los griegos con otros pueblos y otras civilizaciones, con el consiguiente interés por los viajes, la geografía, los descubrimientos, las costumbres y el arte de otros pueblos.

Dos importantes pasos para la creación de la historia fueron el desarrollo de la prosa como forma de expresión escrita y las tendencias racionalistas de la filosofía jonia que encontraban en la prosa su mejor forma de expresión.

Una personalidad destacada en ese proceso de formación de la historia fue Hecateo (Hekataios) de Mileto en Asia Menor, quien ya a mediados del siglo VI escribió una serie de obras históricas y geográficas entre las que destaca «Viaje alrededor de la tierra» con descripciones geográficas e históricas de todos los pueblos conocidos y unas Genealogías de la epopeya. Las corrientes que a partir de él se desarrollaron con profusión en Grecia fueron la mitográfica con descripción frecuentemente ra-

cionalizada de los mitos; la periegética (de *perihegesis* = viaje alrededor) con descripción de tierras y pueblos; la genealógica que explica los orígenes de los pueblos y las familias; la etnográfica que se preocupa por los pueblos no griegos y sus culturas; la horográfica que ordena cronológicamente los acontecimientos sobre todo locales por años *(horoi)* en anales.

Se considera que el verdadero fundador de la historia propiamente tal en Grecia fue Heródoto (ca. 490-ca. 420 a.C.) nacido en Halicarnaso (Asia Menor). Hizo largos viajes (Egipto, Mesopotamia, Escitia, etc.) en los que tuvo ocasión de conocer otras civilizaciones. Se estableció en Atenas y luego pasó a la ciudad griega de Turio en Italia. En nueve libros dedicados a las nueve musas describió multitud de episodios y sucesos centrados en torno a la tensión entre los pueblos orientales y los griegos. Aunque su sentido crítico para discernir lo histórico de lo legendario fue muy limitado, sus informaciones son de gran interés, en gran parte por la afición que tuvo por lo extraordinario. Supo dar unidad y amenidad a los temas tratados. Su concepción del devenir histórico fue providencialista, y en política simpatizó por la democracia. Con razón se le ha llamado «Padre de la historia».

La historiografía alcanzó su perfección con Tucídides (*Thukydides,* ca. 455-ca. 395) nacido en Atenas. En su formación experimentó el influjo de los sofistas. Luego desempeñó cargos públicos, fue desterrado y aprovechó la ocasión para largos viajes en que se documentó. Escribió una Historia de las Guerras del Peloponeso en ocho libros en la que no sólo pretende relatar acontecimientos, sino sacar consecuencias aleccionadoras para la posteridad. Su forma de escribir historia supone un fuerte avance crítico respecto a Heródoto, ya que hace un gran esfuerzo de búsqueda y depuración de materiales, valora el grado de veracidad de los datos que aporta, y traza una línea definida entre historia y leyenda. Su estilo es muy denso y conciso y su ideología básicamente racionalista y pesimista con una cierta inclinación al sistema político oligárquico.

La tercera gran figura de la historiografía griega clásica es Jenofonte (*Xenophon,* ca. 430-ca. 355) discípulo del sofista Pródico y del orador y pensador Isócrates. Llevó una vida azarosa con campañas militares y destierros que le proporcionaron experiencia directa para escribir. Su mejor obra es la Anábasis o Retirada de los Diez Mil en la que narra con extraordinaria viveza las peripecias de un cuerpo mercenario del que formaba parte, que recorrió Asia Menor para auxiliar al rey persa Ciro el Joven contra Artajerjes II. En política se movió siempre en la esfera del poder de Esparta y escribió una obra con el título de *Régimen espartano* en el que idealizó las directrices políticas de Licurgo. Jenofonte fue un polígrafo que además de la historia trató los temas más diversos como la caza, la equitación, la economía, etc. Entre sus restantes obras destacan una Apología de Sócrates, una continuación de la historia de Tucídides que alcanza hasta el año 362, una obra sobre las rentas y otra sobre administración de la hacienda familiar que llevó el nombre de Económica (*Oikonomika*, de *oikos* = casa y *nomein* = administrar) con lo que contribuyó a la progresiva fijación del concepto de economía. Como historiador fue muy inferior a Tucídides, pero le aventajó en amplitud de temas y en frescura y naturalidad de expresión.

En los pensadores griegos aparecen diversas concepciones de la historia. Hay una primera concepción cíclica (*kyklos* = redondel) que para explicar la aparente contradicción entre la inmutabilidad del ser y los continuos cambios que se producen en el universo, estima que estos cambios se repiten regularmente en forma cíclica y que siempre acaban en el punto de partida después de pasar por variadas fases. En su forma más aguda la concepción cíclica mantenida por los estoicos, cree que al fin de cada ciclo se produce una catástrofe general seguida de una restauración también general de todas las cosas *(apokatastasis ton panton)*. En otros círculos, por ejemplo en Hesíodo, domina una concepción pesimista en la que tal vez influyeron factores circunstanciales históricos como la invasión persa. Según ella a lo largo de la historia tras un

punto de partida totalmente feliz se han ido sucediendo diversas edades de las que la actual es la peor y en las que se ha ido degradando el nivel de vida en lo ético y en lo social. El sentimiento resultante es el de resignación y respeto a la fatalidad divinizada. Frente al pesimismo aparece en otros círculos una concepción optimista que considera que la humanidad va progresando y mejorando continuamente por lo menos en los aspectos de progreso técnico y de civilización. Esta idea fue sostenida por Demócrito por algunos sofistas (Protágoras, etc.) y algunos estoicos como Posidonio. Hubo también una concepción providencialista, manifiesta en Heródoto, que vio en los acontecimientos históricos una consecuencia de la intervención directa de los dioses. Finalmente hay que señalar también una concepción naturalista extendida entre los historiadores a partir de Tucídides, que consideró que la naturaleza humana se mantiene sustancialmente inmutable a lo largo de la historia y que el hombre con sus decisiones libres influye poderosamente en los acontecimientos. La observación de los hombres y de los acontecimientos llevó a que se fuese formando por una parte una tipología de la historia al descubrir comportamientos y situaciones típicas que se repiten con frecuencia, y por otra, una patología de la historia que pone de relieve y analiza las perturbaciones del acontecer histórico.

VII. EL HELENISMO

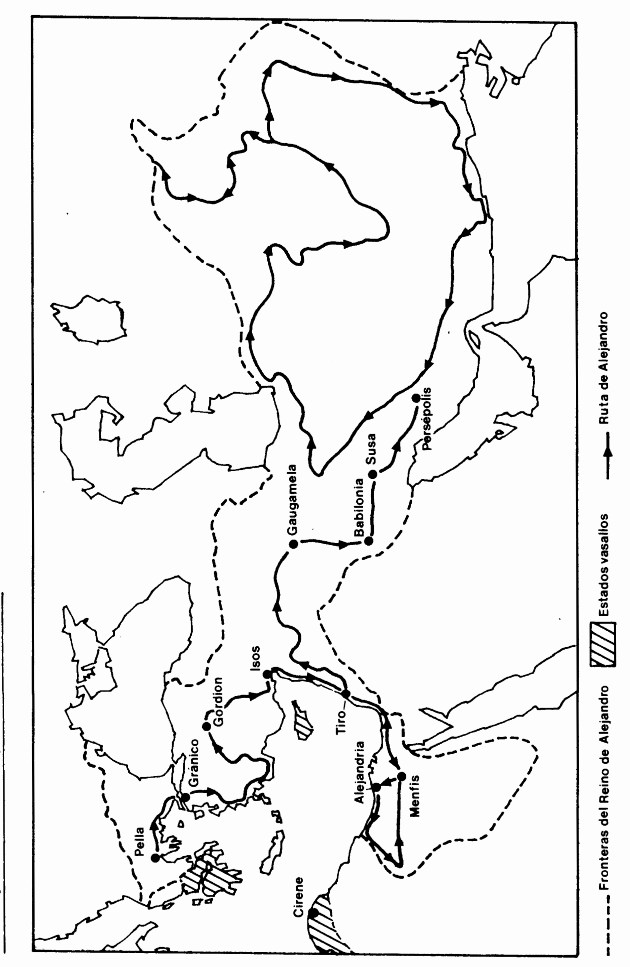
Las conquistas de Alejandro Magno

Alejandro (llamado después Magno o el Grande por la grandeza de su obra) subía al trono muy joven, habiendo nacido en el 356, pero ya había tenido ocasión de poner de manifiesto sus dotes de caudillo nato y de conductor de hombres: entre otras cosas, había mandado la caballería en Queronea. Estaba dotado de una inteligencia extraordinaria, de una intuición fulminante de los problemas tanto políticos como militares, de una increible resistencia a la fatiga y de un coraje temerario: estas dotes naturales habían sido potenciadas además por el ejemplo paterno y por una educación de primer orden recibida de Aristóteles, el máximo filósofo de la antigüedad.

Alejandro heredaba un reino sólido y bien organizado, y unas directrices políticas claramente delineadas. Sin embargo, los inicios de su reinado fueron muy inciertos. La imprevista desaparición de Filipo había generado una situación familiar embrolladísima: él la resolvió con la misma decisión con la que deshizo más tarde el nudo gordiano, eliminando despiadadamente todos sus competidores. A continuación tuvo que guerrear dos años en las tierras septentrionales, para neutralizar el peligro de los bárbaros. Por último, habiéndose extendido la falsa noticia de su muerte, toda Grecia se rebeló y repudió los pactos de Corinto.

Esparta y Atenas encabezaban la revuelta con el apoyo persa: Demóstenes había recibido una fuerte suma del

Gran Rey para alistar mercenarios. En Tebas la guarnición macedonia fue asediada en la fortaleza Cadmea. Con uno de aquellos movimientos que habían hecho famoso a su padre, Alejandro cayó inesperadamente sobre Grecia,



El Imperio de Alejandro Magno

tomó por asalto Tebas, la destruyó y vendió como esclavos a sus habitantes (335). El tremendo ejemplo apagó toda oposición; se renovaron los pactos de Corinto y Alejandro pudo prepararse para la expedición asiática.

El momento era favorable: en el 338 había sido asesinado Artajerjes III Ocos y reinaba ahora el inepto *Darío III Cordomano*. Este, sin embargo, disponía de recursos humanos y financieros ilimitados, mientras Alejandro apenas podía presentar 40.000 Macedonios, además del contingente proporcionado por la liga de Corinto (7.000 hombres) y del cual no podía fiarse mucho. Sus posibilidades financieras se reducían a 70 talentos y no le hubieran permitido sostener una guerra de desgaste. Para su fortuna apenas pasó a Asia los sátrapas le dieron batalla en el río *Gránico* (334). Alejandro los arrolló y ocupó Sardes, mientras toda la Jonia se adhería a su causa. Dedicó aquel año a conquistar las zonas costeras de Licia, de Panfilia y de Pisidia (Asia Menor occidental), tanto para cortar los abastecimientos a Persia, como para no ser cercado por mar. El año siguiente pasó a Siria, venció en Isos a Darío que trataba de interceptarle el paso y conquistó Siria y Fenicia. Sin embargo, Tiro resistió siete meses, y de aquel imprevisto retraso Alejandro se vengó arrasando la ciudad y vendiendo como esclavos a sus habitantes. A finales del 332 entró en Egipto, donde se detuvo también el siguiente año. Empleó gran parte del 331 en una expedición al oasis de Siwa, para hacerse proclamar hijo de Ammón por los sacerdotes del dios. Así se revelaba el carácter personal de aquella guerra, que él había anunciado como la guerra de la venganza nacional griega.

Entre tanto Darío III reorganizaba en Mesopotamia sus fuerzas. Alejandro marchó contra él y le venció en *Gauga mela* junto a Arbela (331). Darío se refugió en Ecbatana, dejando el imperio a merced de Alejandro, que tomó Babilonia, Susa y Persépolis, y se adueñó de los fabulosos tesoros de los Aqueminidas: un botín valorado en torno a 50.000 talentos. Tras ser aclamado rey de Babilonia, Alejandro se dirigió contra Ecbatana. Darío huyó y fue

asesinado por un sátrapa, Bexo, que usurpó el título regio. Alejandro empleó todo el 329 en eliminar a Bexo, y el bienio 328-327 en someter las demás provincias (Aria, Bactriana, Sogdiana, Aracosia). Para hacer estables las conquistas fundó por todas partes colonias militares en los puntos estratégicos, y en posición a veces comercialmente tan feliz, que muchas de ellas conocieron un rapidísimo desarrollo. Arreglada la situación persa, Alejandro, casi como si su sed de conquista fuese inagotable, se aventuró a pasar a la India (327). Aquí chocó con el rey Poro: vencido y hecho prisionero, Poro aceptó el convertirse en su vasallo, y juntos se dirigieron hacia Oriente. Pero en el paso del río Hifasi (afluente del Indo) los Macedonios, cansados de tantas fatigas que parecían destinadas a durar hasta el infinito, se amotinaron y se negaron a proseguir. Alejandro fue obligado a volver (325): descendió hasta la desembocadura del Indo y, dividido el ejército en tres partes, envió una de ellas por mar en una flota construida allí mismo; otra la confió a Cratero; y él mismo guió la tercera a través del tremendo desierto de Gedrosia.

Su primer acto de gobierno tras el inesperado regreso fue castigar implacablemente a quienes en su ausencia habían abusado del poder, fuesen griegos o persas. Puso después la capital en Babilonia. Ya no pensaba volver a Macedonia, que ciertamente no podía elegir como centro del imperio. En él quizás había madurado, junto con la convicción del propio origen divino, también el sueño ambicioso de imponer la propia soberanía a todo el mundo habitado: de hecho parece que meditaba la conquista de Occidente, e incluso armó una flota que habría tenido que circunnavegar Arabia y Libia (es decir, Africa, cuya extensión no se conocía) para entrar en el Mediterráneo a través del estrecho de Gibraltar.

Su fama se había extendido hasta las más lejanas tierras: de Cartago, de Etiopía, de los Lucanos, de los Etruscos, de los Romanos, de los Iberos y de los Celtas llegaban a Babilonia delegaciones para rendirle home-

naje. Muchas ciudades griegas le veneraban junto con sus dioses. La muerte le truncó precisamente en el colmo de la gloria y de la fortuna: aquejado de fiebres, Alejandro murió el 13 de junio del 323, a los 33 años, tras 13 años de reinado.

El programa político de Alejandro

Quedó así interrumpida la gigantesca obra de organización que él había apenas esbozado, y que hoy no es posible reconstruir más que en sus líneas generales. Es cierto, por ejemplo, que él no pensó nunca en imponer sobre los vencidos la hegemonía macedonia, sino la propia personal soberanía, por encima de toda distinción étnica. En Egipto de hecho se hizo proclamar hijo de Ammón; tras la conquista de Persia vistió las vestiduras regias persas y pretendió que también los Macedonios se prosternasen ante él. Esta actitud suya, que rebajaba a los vencedores al mismo rango que los vencidos, encontró una fiera oposición en la corte; la deificación del rey repugnaba al espíritu griego; hubo conjuras y muchos preciosos colaboradores (el viejo Parmenión y su hijo Filotas, y el nieto de Aristóteles, Calístenes) fueron condenados a muerte.

Para hacer más homogénea la unión de sus súbditos promovió la fusión étnica y cultural: dio en primer lugar el ejemplo casándose con Roxana, hija de un noble de Sogdiana, y por último con una hija de Darío y una de Artajerjes Ocos. En esta ocasión unió en matrimonio en Susa a 80 nobles macedonios con otras tantas jóvenes nobles persas y 10.000 soldados con las mujeres que se habían traído de las lejanas provincias conquistadas (*bodas de Susa*, 324). También la fundación de colonias militares formaba parte de este plan. En el ejército, además, fueron admitidos los persas, a la vez que eran licenciados los veteranos.

Estamos menos informados sobre el orden administrativo que Alejandro pretendía dar al Imperio. Sabemos, sin

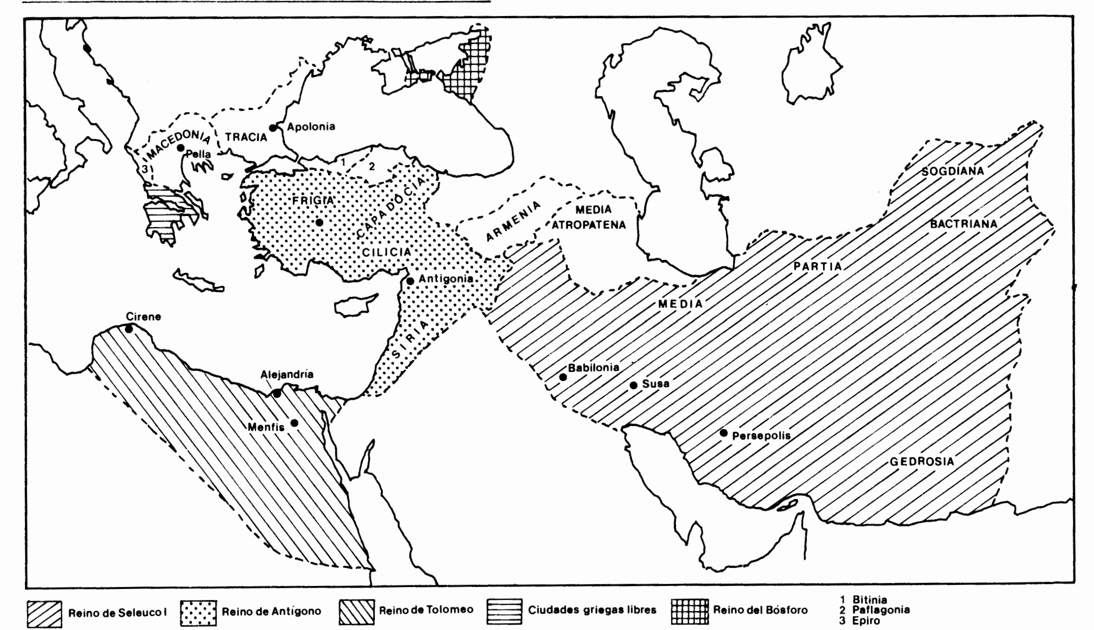
embargo, que quería separar el poder militar del civil y mantener centralizada la administración financiera, verdadera palanca del poder. La adopción de la moneda ática como moneda única, de todo el Imperio, fue sobre todo lo que abatió las fronteras, abriendo de par en par a la penetración del comercio y de la cultura griega un área extensísima. Oriente fue influido por ella profundamente, pero también la cultura griega, obviamente, se modificó, para adaptarse a la asiática, convirtiéndose de ese modo en verdaderamente universal, verdadera fuerza unificadora de tan diverso cúmulo de culturas. Esta nueva civilización cosmopolita (llamada *helenística* para distinguirla de la anterior, llamada helénica) influenciará profundamente también a la romana.

Los diádocos

Al morir Alejandro el 10 de Junio del 323 a.C. su obra quedaba inacabada. Por otra parte sus conquistas llevaron a un total desmoronamiento del sistema político vigente antes de él. Por ello a pesar de la corta duración de su intervención no volvió a establecerse el orden político anterior, sino que surgió el nuevo sistema de las monarquías helenísticas. Al frente de ellas quedaron los grandes jefes militares que habían colaborado a la conquista a las órdenes de Alejandro y quedaron como sucesores (gr. *diadochoi*, nombre con el que han pasado a la historia).

Lo inesperado de la muerte de Alejandro planteó con agudeza el problema sucesorio. De acuerdo con la tradición macedónica fueron los jefes militares los encargados de solucionarlo. De entrada llegaron a una solución de compromiso: en teoría el trono correspondería a dos príncipes: el futuro hijo de Alejandro y Filipo III bastardo del padre de Alejandro (Filipo II), que era epiléptico o infradotado. En nombre de los dos ejercerían la regencia tres personas: el tutor de ambos (Cratero), Perdicas (Perdikkas) uno de los generales y principal consejero de Alejandro, y Antípatro que ya en vida de Alejandro había

Desmembración del Imperio de Alejandro: Reinos de los Diadocos hacia 300 aC.



gobernado Macedonia. Cada una de las grandes regiones del Imperio era inmediatamente gobernada por uno de los grandes jefes militares: Ptolomeo (Egipto), Antígono (Asia Menor Occidente), Eumenes (Asia Menor Oriental), Lisímaco (Tracia), etc. Tal régimen era inestable y los desórdenes se produjeron en todas partes: Cratero murió, Perdicas fue asesinado. Fueron también asesinados la madre, la mujer y el hijo de Alejandro. Por fin en una reunión de jefes militares celebrada en Triparadisos (Siria) se llegó en el año 321 a una nueva regulación: bajo el poder supremo de Antípatro que gobernaba Macedonia, se repartió el gobierno de los otros territorios entre Ptolomeo (Egipto), Seleuco (Babilonia), Antígono (Asia), etc. De hecho cada uno de estos sucesores o diádocos (gr. *diadechesthai* = suceder) se comportó como soberano y creó su propio reino de fronteras al principio poco definidas.

Durante un cuarto de siglo (321-276 a.C.) ellos y sus sucesores lucharon entre sí, y sólo tras la batalla de Curupedio (Asia Menor Occidental) en 281 a.C. se estableció en 276 un equilibrio estable entre los grandes reinos helenísticos: Macedonia, Egipto y Siria. Todos ellos alcanzaron un alto grado de prosperidad pero tuvieron luego que enfrentarse al creciente poder expansionista de Roma ante el que sucumbieron.

El Reino Seléucida de Siria

Seleuco (ca. 355-280 a.C.) había sido un destacado general de Alejandro Magno que al morir éste (324 a.C.) había quedado marginado en el reparto del poder. Sin embargo en las luchas que se siguieron al primer reparto de poder había intervenido decisivamente al contribuir a eliminar a Perdicas. Por ello en el nuevo reparto de Triparadisos (321) le fue asignada la parte oriental del Imperio de Alejandro con capital en Babilonia. En contraposición a lo que hicieron los otros diádocos que repudiaron sus mujeres persas con las que se habían casado en

Susa al mismo tiempo que Alejandro, Seleuco mantuvo su matrimonio con la princesa Bactriana Apamea, lo que le aseguró la posibilidad de mantener su poder real en la parte oriental. Sin embargo se sintió atraído por la política occidental luchando contra los otros diádocos. En 305 se proclamó rey *(basileus)* independiente de la hegemonía de Antípatro. A partir del 305 fue entregando al rey indio Chandragupta los territorios indios. En 301 venció con Isos a Antígono y conquistó Siria y estableció allí su capital en la ciudad de Antioquía creada por él y que estaba llamada a ser durante varios siglos una de las ciudades más importantes del mundo helenístico y romano. Venció en 281 en Curupedio a Lisímaco y así conquistó Asia Menor. Abrigó el proyecto de conquistar Macedonia para restablecer la unidad del Imperio de Alejandro, pero fue asesinado por instigación de su hasta entonces aliado Ptolomeo (280).

Sus sucesores fueron incapaces de evitar la disgregación de los territorios heredados. Varias regiones de Asia Menor (Capadocia, Ponto, Bitinia) se transforman en reinos independientes; los gálatas (invasores celtas) se instalan en el centro de Asia Menor; Armenia, Media, Bactriana obtienen la autonomía. La política exterior condujo al reino a una serie ininterrumpida de guerras con los otros reinos helenísticos y luego con los romanos. Por otra parte en los territorios iranios independizados se fue consolidando el Reino de los Partos Arsácidas que acabó adueñándose de toda Persia y hostigó contínuamente a los seleúcidas. La solidez interna del reino quedó frecuentemente debilitada por los repartos del trono entre diversos príncipes herederos y las frecuentes guerras entre éstos.

Durante este largo proceso hubo monarcas importantes que mantuvieron el esplendor y la prosperidad. Por ejemplo Antíoco III el Grande (233-187) consiguió restablecer su hegemonía en Armenia, sobre el Reino Parto y sobre parte de la India con lo que restableció el libre tráfico entre Oriente y Occidente. Sin embargo en su afán de someter a la cultura helenística a todos sus pueblos

chocó con la encarnizada resistencia de los judíos que al mando de los hermanos Macabeos iniciaron la rebelión armada en defensa de sus tradiciones. Antíoco el Grande fracasó también en Occidente en su proyecto de reconquistar Asia Menor. Chocó allí por primera vez directamente con los romanos que le vencieron en la batalla de Magnesia (190), con lo que los seleúcidas hubieron de abandonar definitivamente Asia Menor.

El proceso de descomposición del Reino Seléucida continuó con los sucesores de Antíoco. Los judíos obtuvieron la independencia de hecho. Los partos conquistaron nuevas tierras y los romanos intervinieron constantemente para debilitar al Reino Seléucida y controlar el territorio sirio de vital importancia estratégica en la política expansionista romana de la época final de la República. Pompeyo en su reorganización política del Mediterráneo oriental puso fin al Reino Seléucida transformando a Siria en provincia romana (64 a.C.).

Desde el punto de vista de su organización política el Reino Seléucida fue un conglomerado de pueblos heterogéneos sometidos al poder del rey. Su unidad era personal y dependía de hecho de la habilidad del rey para hacer respetar sus derechos soberanos. Existían en él dos tipos de territorios: el territorio real *(chora basilike)* sometida directamente al rey, gobernada por funcionarios reales y dividida en satrapías, y las alianzas *(symachiai)* comunidades con organización autónoma propia (ciudades, principados vasallos, templos con sus territorios) vinculados al rey a través de su jerarquía autónoma.

El Reino de Egipto

Ptolomeo Lágida (hijo de Lagos) noble militar macedonio estrechamente vinculado a Alejandro consiguió al morir éste el gobierno provisional de Egipto (323 a.C.). Instalado allí robusteció su posición, que fue confirmada en el nuevo reparto de Triparadisos (321 a.C.). Intervino

activamente en las luchas entre los diádocos: en alianza con Seleuco el año 305 se proclamó rey *(basileus)* independiente de la hegemonía de Antípatro. Desde entonces hasta el fin del Reino Lágida o Ptolómico se sucedieron ininterrumpidamente en el trono soberanos con el nombre de Ptolomeo, entre los que destacaron Ptolomeo I Lágida (305-283), Ptolomeo II Filadelfos (gr. *philein* = amar; *adelphe* = hermana, llamado así porque según la costumbre faraónica se casó con su hermana) (283-246), Ptolomeo III Euergetes (= el bienhechor) (246-221) y Ptolomeo IV Filopator (221-204), hasta llegar a Ptolomeo XIII Auletes (= el flautista) (80-51 a.C.).

Esfuerzo común de todos los reyes de Egipto fue el establecimiento de una sólida administración interna que asegurara por un rígido sistema jerárquico la eficaz explotación de las riquezas del país. La política exterior de los Ptolomeos se orientó a la conquista o al control hegemónico de territorios adyacentes (Cirenaica, Nubia, Palestina, Islas griegas, zonas de Asia Menor) con varia fortuna y en continuas luchas con los restantes reinos helenísticos. La intervención romana en el Mediterráneo oriental fue también desastrosa para Egipto que acabó primero sometido a la hegemonía romana (desde 58 a.C.) y luego incorporado al Imperio Romano (30 a.C.).

El Reino de Egipto tuvo características muy peculiares. La población estaba constituida por una minoría griega y macedónica, concentrada en la ciudad de Alejandría, y en otras ciudades menores, y por una mayoría indígena sometida y explotada, dedicada a la agricultura y ganadería en las regiones cultivables del valle del Nilo. La organización político-administrativa fue de una rígida y eficaz jerarquía que llevó a un fuerte intervencionismo de la vida económica. La ciudad de Alejandría fundada en el delta del Nilo por Alejandro Magno, fue la capital del reino y alcanzó un desarrollo y prosperidad sin precedentes, pasando a ser la ciudad más importante de su época en todo el mundo. Su puerto con su faro fue una de las maravillas del mundo antiguo. Era el principal centro de

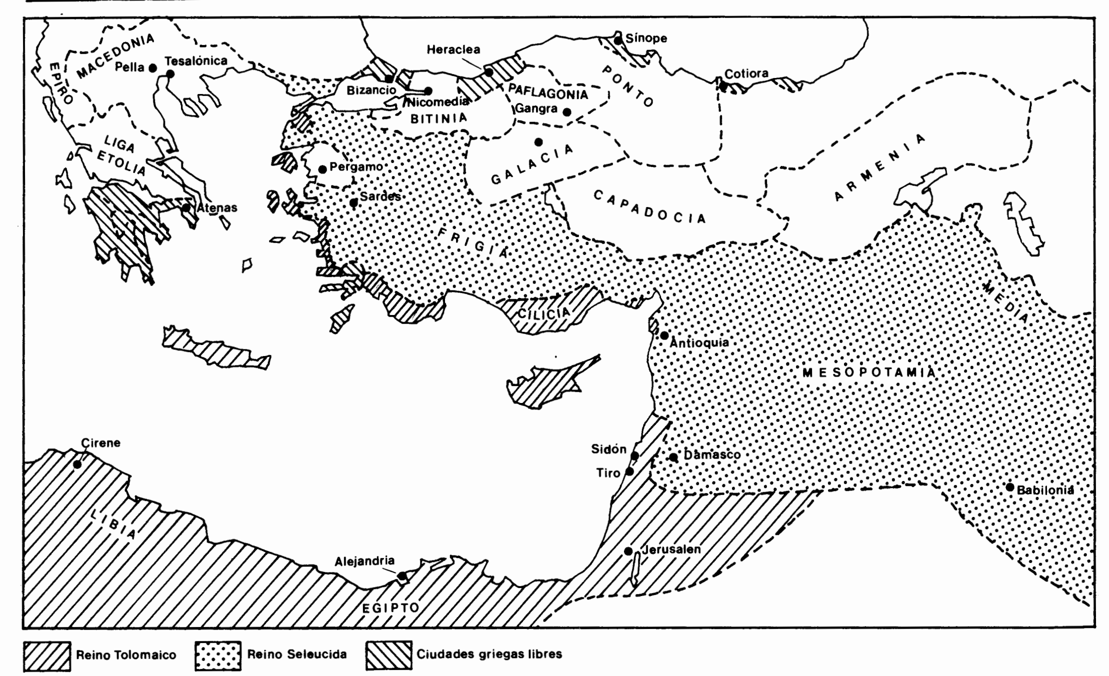
comunicación comercial de Oriente y Occidente, y el puerto de salida del trigo egipcio. La población aumentó rápidamente. Por otra parte su riquísima biblioteca con 700.000 volúmenes (rollos de papiro de tamaño necesariamente reducido en los que sólo podía copiarse una parte de una obra) y sus escuelas hicieron de Alejandría el centro cultural del helenismo. La biblioteca quedó destruida por un incendio que se produjo al ser conquistada la ciudad por los romanos.

El Reino de Macedonia

Macedonia había sido la base del Imperio de Alejandro e inicialmente tuvo ciertas pretensiones hegemónicas entre los diádocos (sucesores) de Alejandro. En reparto inicial del año 323 Antípatro que en vida de Alejandro había gobernado Macedonia, continuó gobernándola con carácter hegemónico. A su muerte se hizo con el poder el jefe militar Casandro y a su vez a éste se lo disputó Antígono Monoptalmo (= el tuerto) que se esforzó en mantener el poder central sobre todos los territorios, pero fue derrotado por Lisímaco y Seleuco (el fundador del Reino Seléucida de Siria) en la batalla de Ipsos (301). Con ello terminaron las aspiraciones hegemónicas de Macedonia.

Como consecuencia de su victoria sobre los gálatas (celtas), que habían invadido Grecia, Antígono Gonatas (nieto de Antígono Monoptalmo) consiguió el poder en Macedonia con el título de rey y fundó la dinastía de los Antigónides. Antígono (276-239) fue un gran organizador que supo renunciar a la pretensión de reunificar el Imperio de Alejandro. Mantuvo en cambio la hegemonía sobre las ciudades griegas que le fue disputada en vano por Ptolomeo II de Egipto. Restringió el poder político del ejército y procuró dejar a las ciudades sometidas una cierta autonomía. En sus últimos años las ciudades griegas unidas en la Liga Aquea se rebelaron.

El mundo helenístico a mediados del siglo III a C.



Sus dos sucesores inmediatos (Demetrio II, 239-229 y Antígono II, 229-221) hubieron de hacer frente sobre todo a la pretensión de independencia de las ciudades griegas hasta llegar a formar con ellas una alianza (Liga) en la que Macedonia era el miembro hegemónico.

Filipo V (221-179) tuvo que enfrentarse con las ciudades griegas unidas en la Liga Etolia y a los romanos que el año 229 habían desembarcado en Iliria (costa oriental del Adriático). Filipo venció a los aliados griegos y les impuso la paz de *Naupacto* (217). Hubo de luchar con los romanos en la I Guerra Macedónica (216-205). Para ello en 215 se alió con el cartaginés Aníbal que en ese momento era dueño de parte de Italia y amenazaba a Roma. El posterior fracaso de Aníbal y la alianza de Roma con las ciudades griegas de la Liga Etólica (212) llevaron a Filipo a una situación difícil que terminó en una paz de compromiso con Roma y las ciudades griegas en 205. Filipo se alió luego con el seleúcida Antíoco III y de nuevo los romanos intervinieron llamados por sus amigos griegos (Atenas, Rodas, Pérgamo) enemigos de Filipo: surgió así la II Guerra Macedónica (200-196 a.C.) llevada con gran energía por T. Quinctio Flamininio y terminada en la batalla de Cinoscéfalos (197) en la que las legiones romanas se impusieron a las falanges macedónicas. En el consiguiente tratado de paz Filipo hubo de renunciar a su hegemonía sobre las ciudades griegas, que pasaban ahora al protectorado de Roma. Macedonia quedaba reducida a un reino balcánico. Filipo V murió mientras preparaba el desquite.

Perseo (179-168) intentó sacudir el yugo romano sobre Grecia y encontró el apoyo de varios estados griegos a los que resultaba duro el protectorado romano. Con ello surgió la III Guerra Macedónica en la que Lucio Emilio Paulo aniquiló a los macedonios en la batalla de Pidna (168). Los romanos obtuvieron un inmenso botín. Perseo fue humillado teniendo que formar parte del cortejo triunfal del general vencedor en Roma. Macedonia quedó dividida en cuatro distritos bajo control de Roma. Los griegos que colaboraron con Perseo fueron duramente

castigados. El año 148 los cuatro distritos macedónicos fueron unidos en la provincia romana de Macedonia.

El Reino de Pérgamo

Pérgamo era una ciudad griega situada en Misia (NO de Asia Menor) cerca de la costa. En las luchas entre los diádocos la ciudad con su territorio había quedado bajo el poder de Lisímaco (uno de los generales de Alejandro) que depositó en ella su tesoro de guerra y dejó como gobernador local a Filetero (gr. Philetairos). Al ser eliminado Lisímaco y pasar Asia Menor al poder de los Seléucidas, Filetero se apoderó del tesoro y desde el año 283 se comportó en la práctica como independiente del Reino Seleúcida.

El sobrino e hijo adoptivo de Filetero, Eumenes I (263-241) consolidó la independencia actuando como aliado de Ptolomeo II de Egipto, enemigo de los seléucidas. Atalo I (241-197) sobrino de Eumenes se dio ya el título de rey *(basileus)* y fue el fundador de la dinastía de los Atálidas, continuando su lucha contra los Seléucidas. Eumenes II (197-159) se encontró con la presencia de los romanos, se hizo su aliado incondicional y se benefició bajo su protección de la derrota infligida por los romanos a los seléucidas en Magnesia: por la paz de Apamea (188) Pérgamo como aliada de Roma obtuvo casi toda el Asia Menor. Sus dos sucesores Atalo II (159-138) y Atalo III (138-133) siguieron la política de sumisión a Roma hasta el punto de que el último al morir sin hijos dejó en su testamento el Reino de Pérgamo a los romanos que lo transformaron en provincia.

En la historia del helenismo el Reino de Pérgamo tuvo una doble significación. Por una parte sus reyes sin pretensiones imperialistas comparables a las de los otros reinos helenísticos fueron los únicos que al encontrarse con los romanos no se enfrentaron con ellos sino que actuaron como sus sumisos aliados. Fueron así uno de los

principales instrumentos de la política expansionista romana en Oriente. La cesión testamentaria de Atalo III llevó al máximo esa instrumentalidad, ya que la provincia romana de Asia fue la base fundamental de operaciones militares romanas frente a los Reinos de Siria, Egipto y Ponto, y uno de los territorios sometidos en el que los romanos se apoderaron de mayores riquezas. Por todo ello los reyes de Pérgamo a los ojos de los griegos han pasado a la historia como traidores al helenismo.

Por otro lado la dinastía atálida aunque aventurera en su origen produjo una serie de soberanos muy interesados por la cultura que hicieron de Pérgamo el principal centro cultural del mundo helenístico después de Alejandría. Embellecieron la ciudad con grandiosos monumentos. Protegieron a artistas, científicos y escritores. Crearon una gran biblioteca en la que se desarrolló una nueva técnica del libro, utilizando con profusión como material de escritura no el papiro, sino pieles curtidas que tomaron precisamente de Pérgamo el nombre de pergamino.

Las ciudades griegas

Desde la victoria de Filipo II sobre los atenienses y sus aliados en Queronea (358 a.C.) las ciudades griegas con sus territorios habían quedado sometidas al Imperio Macedónico. Al llegar la noticia de la muerte de Alejandro (323) tuvo lugar el primer intento de independencia. Los griegos se rebelaron pero en la Guerra Lamíaca (323-322) fueron derrotados por los macedonios al mando de Antípatro. En Atenas Demóstenes que había alentado el levantamiento, tuvo que suicidarse. En las principales ciudades se instalaron guarniciones macedónicas para asegurar la sumisión. Atenas siguió siendo la capital cultural de Grecia, pero su poder político quedó reducido al mínimo.

Durante la larga lucha militar y diplomática entre Macedonia, que dominaba Grecia continental y la mayor parte de las islas, y por el otro lado Egipto que dominaba

algunas islas y parte de la costa de Asia Menor y pretendía extender su hegemonía, las ciudades griegas volvieron a rebelarse contra Macedonia. La iniciativa la llevó una vez más Atenas apoyada por Ptolomeo II de Egipto. El alma de la oposición fue Cremónides discípulo del filósofo Zenón, que proclamó con éxito la guerra de liberación frente a Macedonia: se desencadenó la llamada Guerra Cremonídica (266-261) en la que los griegos no lograron liberarse de la hegemonía macedónica, pero sí un cierto grado de autonomía sobre todo en Atenas.

La creación del Imperio Macedónico y luego de las grandes zonas helenísticas había hecho imposible a la larga la supervivencia de las ciudades griegas como estados independientes: por un lado carecían de fuerza suficiente para enfrentarse a las pretensiones hegemónicas de los grandes reinos; por otro lado para poder seguir ejerciendo sus actividades comerciales en las que se basaba su prosperidad, necesitaban protectores con fuerza suficiente para mantener el orden. De esta forma surgieron las ligas *(symmachiai)* o alianzas permanentes de ciudades, con fuerzas armadas comunes y una política exterior también común. Entre ellas sobresalieron la Liga Etolia y la Liga Aquea.

Los etolios eran un pueblo griego establecido en la región económicamente pobre situada al N. del Golfo de Corinto. Culturalmente eran un pueblo retrasado y despreciado por los restantes griegos. En el siglo VI las diversas ramas etolias constituyeron una alianza permanente que venció a los invasores celtas (gálatas) los expulsó del santuario de Delfos (279) y controló éste, con lo que obtuvo un gran prestigio político en toda Grecia. Otras ciudades se unieron a la Liga Etolia que extendió su influjo por el Peloponeso, el Egeo, Grecia central y septentrional y las costas de la Propóntide (actual Mar de Mármara). Todos los años en otoño y primavera se reunían en Termon los representantes de los pueblos y ciudades integrantes de la Liga. Como órgano permanente de la Liga actuaba la comisión de los apocletas (= elegidos)

bajo la presidencia de un estratega. La Liga Etólica luchó ininterrumpidamente contra Macedonia. En su última lucha (199-197) los etolios actuaron como aliados de Roma contra Filipo V de Macedonia. Luego descontentos con Roma se aliaron con Antíoco III de Siria contra los romanos. La derrota de Antíoco en Magnesia llevó a la desaparición de la Liga Etólica.

La Liga Aquea estuvo constituida por las ciudades de Acaya (Norte del Peloponeso) y nació hacia el año 280 al unirse inicialmente doce ciudades (a las que luego se incorporaron otras) para luchar contra Esparta y Macedonia. Luchó también contra la Liga Etolia. En la guerra de Roma contra Antíoco III y la Liga Etolia la Liga Aquea se alió a Roma (198) con lo que obtuvo importantes ventajas tras la victoria de Roma. Un conflicto con Roma (146 tras la desaparición de Macedonia y de la Liga Etólica y la debilitación de Siria) llevó a la desaparición de la Liga Aquea cuyos territorios pasaron a integrar la provincia romana de Acaya.

Las ciudades griegas no integradas en las Ligas (Corinto, Atenas, Esparta, etc.) tras largas luchas contra Macedonia fueron obteniendo cierta autonomía e incluso independencia, pero fueron cayendo progresivamente (por alianza o por conquista) bajo el poder de Roma que las fue incorporando a sus diversas provincias (Acaya, Macedonia, Asia).

Los Reinos Helenísticos menores

Tras la desmembración del Imperio de Alejandro y como consecuencia de la helenización más o menos superficial de los grupos dominantes de diversos pueblos, surgieron en las zonas periféricas varios reinos. Entre ellos hay que destacar el *Reino del Ponto* en ambas riberas del Mar Negro creado por Mitrídates I (320-266), príncipe de origen persa pero fuertemente helenizado, que se aprovechó de la debilidad de la dominación seléucida en Asia

Menor para hacerse independiente. Dominó zonas del NE. de Asia Menor poco helenizadas y las ciudades griegas de esa misma zona. Sus sucesores casi todos ellos con el nombre de Mitrídates establecieron la capital en Sínope y trataron de helenizar al máximo el reino. Mitrídates VI (111-63 a.C.) consiguió un gran poder y se presentó como defensor de la población griega contra los romanos que ya se habían apoderado de Grecia, Macedonia y gran parte de Asia Menor. Consiguió levantar a la población griega contra Roma, pero tras largas luchas fue definitivamente vencido por los romanos: el 63 a.C. Pompeyo puso fin al Reino del Ponto e integró sus territorios en la provincia romana de Bitinia-Ponto.

Producto de la desmembración del Imperio de Alejandro fueron también el *Reino de Bactriana* en el extremo oriental en territorios que actualmente pertenecen a Afganistán y Pakistán, que subsistió hasta el año 130 a.C., y el *Reino de Armenia* que logró independizarse del Reino Seléucida y hubo de luchar durante mucho tiempo contra sus pretensiones hegemónicas: más tarde fue objeto de continuas disputas entre partos y romanos.

El Reino de los Partos Arsácidas

Las estepas situadas al E. del Mar Caspio que formaban parte del Reino Seleúcida fueron invadidas a comienzos del siglo III a.C. por diversas tribus nómadas escitas. Los seléucidas intentaron en vano repeler a los invasores. Una de las tribus penetró incluso en el Irán y se estableció en la provincia seléucida de Partia. Su jefe Arsaces se proclamó rey *(basileus)* en 238 a.C. y a partir de entonces se dio a ese nuevo reino el nombre de Reino de los Partos. Propiamente los partos no eran un pueblo. El grupo hegemónico que dirigía el reino era escita. La población en su mayor parte era irania y mesopotámica. Las lenguas oficiales fueron el griego y el arameo, las instituciones político administrativas eran helenísticas heredadas de los seléucidas.

A pesar de su debilidad interna el Reino Parto supo mantenerse frente a los enemigos exteriores: rechazó ulteriores invasiones procedentes del N.; nada tuvo que temer del E. y en el O. se encontró con un Reino Seléucida cada vez más débil y luego con los romanos a los que mantuvo a raya cuando en varias ocasiones (siglo I a.C., siglo II p.C.) intentaron violar la frontera estabilizada en el Eufrates.

El sistema de gobierno fue el heredado de los seléucidas, cada vez más orientalizado. El poder central fue débil. La nobleza fue levantisca. Hubo regiones en las que había príncipes de dinastías locales sometidas al rey por una relación de vasallaje. Las ciudades helenísticas incluídas en el territorio gozaron de autonomía. Los gobernadores de provincia se comportaron con frecuencia con una gran independencia. Entre los reyes partos destacaron Arsaces, Mitrídates I (171-138), Fraates II (138-128) y sobre todo Mitrídates II (123-87) con el que el Reino alcanzó su máximo esplendor.

Desde el punto de vista económico y cultural el Reino Parto fue el lazo de unión entre el Occidente helenístico y el Oriente indio y chino. La agricultura fue floreciente. A través de los partos penetró el cultivo de frutales orientales como el albaricoque y el melocotón. Hubo un intenso comercio de productos de lujo procedentes de Oriente (seda, piedras y metales preciosos, objetos de hierro tratado en China de forma parecida al acero, etc.).

El Reino de los Partos Arsácidas subsistió hasta la primera mitad del siglo III p.C. en el que el último rey arsácida (Artaban V) fue vencido (226 p.C.) y destronado por Ardashir de la familia de Sasan que inauguró una nueva dinastía (los Sasánidas) y dio al estado un carácter muy distinto, basado en la tradición y en las instituciones persas, con lo que surgió el Reino Neo-persa Sasánida.

Vida económico-social del helenismo

El nuevo marco de la economía

Con el helenismo, años después de la desmembración del Imperio de Alejandro en varios reinos se creó un marco nuevo para la vida económica. En lugar del reducido espacio de la ciudad que buscaba sobre todo ser autosuficiente, la vida económica tiene ahora un ámbito mucho más amplio dentro de cada uno de los reinos. Una manifestación y al mismo tiempo uno de los factores principales de esta ampliación y simplificación del marco de la economía fue la unificación básica de la moneda, llevada a cabo por Alejandro Magno: con las inmensas reservas de metales preciosos que había obtenido como botín en el tesoro real de Persia, acuñó abundante moneda tomando como patrón el sistema ateniense que desde entonces se impuso en todo el mundo helenístico. Muchas ciudades siguieron acuñando moneda propia, que en adelante se empleó sólo para uso interno dentro de la ciudad y como moneda fraccionaria. Además de la unificación monetaria hay que señalar otros dos factores que contribuyeron poderosamente a favorecer el desarrollo del comercio a gran escala: el cese de las pequeñas guerras entre ciudades y la represión eficaz de la piratería con las poderosas flotas de los nuevos reinos.

La abundancia de dinero en el mercado llevó consigo una considerable alza de precios. La abundancia de tropas mercenarias muy bien pagadas y enriquecidas adicionalmente por repartos de botín y por el pillaje, contribuyó a que aumentase considerablemente el número de los consumidores acostumbrados a gastar generosamente lo que habían ganado con facilidad.

Las nuevas ciudades

Alejandro y los diádocos fundaron numerosas nuevas ciudades en los territorios conquistados. Algunas como Alejandría de Egipto y Antioquía en Siria se transformaron

en los nuevos centros de la vida económica y cultural. Otras muchas aunque su desarrollo fue menos espectacular, fueron centros vitales para la vida económica: unas porque estaban situadas en puntos estratégicos de las rutas caravaneras y marítimas y contribuyeron a asegurar y facilitar el tráfico de mercancías. Otras porque se crearon en regiones agrícolas de economía antes prácticamente cerrada, y sirvieron así para introducir en esas zonas mercancías importadas de otras regiones y se transformaron en capitales comerciales de la respectiva comarca agrícola y en centros de difusión de la cultura griega. La creación de nuevas ciudades sirvió también para instalar en ellas gran cantidad de proletarios inactivos, que en las ciudades constituían desde hacía mucho tiempo un grave problema económico, social y político, y para asentar tras su licenciamiento a numerosos soldados.

El aumento del consumo llevó consigo el que los centros productores de los artículos más consumidos, sobre todo Atenas, aumentasen también su producción de cerámica, orfebrería, etc. y la adaptasen a la nueva demanda que exigía menos calidad. Por otra parte surgieron nuevos centros de producción en Asia Menor (Pérgamo), en Sicilia y en el Sur de Italia.

La contrapartida de ese aumento del consumo fue el alza de los precios y el aumento de población económicamente improductivos como fueron los ejércitos y los funcionarios, cuyo número creció extraordinariamente para hacer frente a las necesidades de la administración de los nuevos reinos.

En el campo de la agricultura que siguió siendo la base de la economía del mundo helenístico, no se produjeron mejoras de producción. Las continuas guerras entre poderosos ejércitos contribuyeron a la devastación ocasional de regiones agrícolas. El duro sistema tributario impuesto por los reyes helenísticos para hacer frente a sus cuantiosos gastos afectó pesadamente a toda la población, de manera que no puede considerarse al helenismo como una época de prosperidad general.

Dirigismo estatal

Una importante novedad en el campo de la economía fue el dirigismo estatal. Los reyes helenísticos necesitaban ingentes sumas de dinero para mantener sus ejércitos, para pagar a los funcionarios de la administración, para sus grandiosas obras de arte, para sus donativos a las ciudades y santuarios griegos cuyo apoyo les interesaba, etc. Para obtener ese dinero establecieron un sistema fiscal duro e intervinieron directamente en la economía. Se crearon monopolios. Se establecieron aranceles proteccionistas para favorecer la producción dentro del propio reino. Se hicieron importantes obras de canalización y regadío de zonas agrícolas. En algunas regiones se reglamentó incluso la producción de tal forma que el campesino se veía obligado a determinados cultivos y a vender por cauces oficiales preestablecidos la producción lograda mientras órganos oficiales se encargaban de su transporte y distribución. Esta planificación económica que naturalmente no se dio con tal intensidad en todas partes, fue una de las características más destacadas de la política de los reyes lágidas de Egipto.

Los grandes centros del comercio marítimo

En el desarrollo del comercio helenístico desempeñaron un importante papel las islas de Rodas y Delos. Rodas se había hecho independiente, había resistido a los intentos iniciales de los macedonios (Demetrio Poliorcetes) que intentó someterla en 305. En poco tiempo aseguró su importancia de centro del comercio marítimo del Mediterráneo Oriental, sobre todo en el tráfico de trigo, aceite y vino. El sentido de este comercio podía variar circunstancialmente de forma que zonas típicamente exportadoras de trigo como Egipto, lo importaban de las costas del Mar Negro en años de carestía. Rodas tenía una gran flota comercial propia cuyos barcos con frecuencia eran cedidos a otras potencias. En sus instalaciones portuarias se

trasegaban y conservaban en depósito el grano, el aceite y el vino. Las ánforas fabricadas en Rodas y marcadas con el sello de sus fabricantes, han sido encontradas con profusión en todo el Mediterráneo oriental desde los puertos griegos del N. del Mar Negro hasta las islas del Egeo, Alejandría y puertos sicilianos. Rodas se enriqueció extraordinariamente, se hizo al mismo tiempo un importante centro cultural y en el campo político fue una potencia independiente respetada por todos los reinos helenísticos por su poder naval y mercantil. Su flota militar se encargaba de proteger el comercio y mantuvo las grandes rutas libres de piratas. Con ocasión de la fulgurante expansión imperialista de Roma en el Mediterráneo oriental Rodas fue destruida en 167-166 a.C. La desaparición del poder naval de Rodas tuvo como uno de sus efectos inmediatos el desarrollo de la piratería que dificultó el comercio marítimo y llevó a una nueva intervención romana el año 67 a.C. en que Pompeyo con grandes fuerzas navales acabó con la piratería.

La destrucción del poderío de Rodas contribuyó al rápido desarrollo de Delos en unas circunstancias distintas, ya que para entonces las monarquías helenísticas se habían debilitado y se dejaba sentir ya en el Mediterráneo oriental la hegemonía de Roma. Delos desde muy antiguo había sido un santuario panhelénico importante. Políticamente la isla había estado sometida a la hegemonía ateniense en los tiempos de la prosperidad en Atenas. Al decaer el poder ateniense Delos se hizo independiente. Al mismo tiempo se fue desarrollando su poderío comercial. Delos fue un gran centro comercial especializado en el comercio de esclavos y artículos de lujo. La pequeña isla sirvió de punto de enlace entre el Mediterráneo oriental helenístico y el Occidente romano. En ella se establecieron colonias de mercaderes procedentes de todo el Mediterráneo, que agrupados por su lugar de origen, erigieron templos a sus propios dioses y embellecieron a la isla con multitud de monumentos. En el año 166 a.C. (coincidiendo con la destrucción de Rodas) los romanos pusieron a Delos teóricamente bajo el poder de Atenas, pero declara-

ron a la isla puerto libre, con lo que su prosperidad se acrecentó todavía más; pero cesó repentinamente al ser arrasada la ciudad por los mismos romanos el año 69 a.C. por haber tomado parte contra ellos en la guerra de Mitrídates.

La cultura helenística

El arte

El arte helenístico es continuación del arte griego, sin ruptura entre uno y otro, pero con características que los diferencian. Los artistas griegos con su perfección estética y su técnica alcanzada en la época clásica ya no trabajan para embellecer las ciudades, que en general se han empobrecido, sino que están al servicio de soberanos enormemente poderosos, que para mantener y aumentar su prestigio encargan obras de arte gigantescas en sus capitales. Por otra parte la población de los reinos helenísticos ya no es puramente griega, sino de origen racial y cultural heterogéneo. Aunque su cultura se haya helenizado a nivel a veces muy profundo, persisten gustos y tendencias ajenas a la cultura griega clásica. Con ello se produce una fusión con efecto ambivalente: por un lado el arte se enriquece con nuevos motivos y tendencias; por otro se pierden algunas de las características más valiosas del arte griego clásico, como son el equilibrio y la sobriedad.

Los arquitectos y escultores tuvieron un ingente trabajo en la reconstrucción y embellecimiento de las ciudades griegas de Asia Menor, destruidas por la guerra de conquista de Alejandro y en la multitud de nuevas ciudades que él y sus sucesores crearon en los territorios conquistados (Alejandría de Egipto, otras varias Alejandrías dispersas por todo el Imperio, Seleucia, Antioquía, etc.). Esa actividad se dejó sentir particularmente en Pérgamo, la capital de los Atálidas, que entre todos los

soberanos helenísticos destacaron como promotores del arte y de la cultura.

En la escultura hay profusión de figuras, gran movimiento, gestos violentos, seres monstruosos procedentes del mito. Todo ello con gran perfección, pero con rasgos típicamente barrocos ajenos al arte de la época clásica. Por otro lado los soberanos deseosos de perpetuar su imagen dan gran impulso al retrato. Junto a estas nuevas tendencias se mantuvieron las líneas clásicas de la estatuaria, que ha dejado obras maestras como la Venus de Milo y la Victoria de Somotracia.

En las cortes reales, sobre todo en la de Alejandría, el refinamiento llevó a un extraordinario desarrollo de las artes menores como la orfebrería. Se sabe que en el mundo helenístico tuvo también un gran desarrollo la pintura, aunque no se ha conservado prácticamente ningún resto directo de esta época.

La literatura

Con Alejandro Magno Atenas perdió en gran parte su primacía cultural sobre el mundo griego y las regiones helenizadas. Fueron apareciendo nuevos focos culturales entre los que cabe mencionar a Pérgamo, Antioquía, Rodas, Siracusa y sobre todo Alejandría. De ahí que a la época helenística de la literatura griega se le conozca también con el nombre de época alejandrina.

Esta nueva época fue la de apogeo de las ciencias que en el siglo III a.C. tuvo dos figuras tan destacadas como Euclides y Arquímedes. La historia tuvo su gran representante en Polibio (I a.C.). En el campo propiamente literario tuvo mayor desarrollo la erudición que el trabajo creador. En los grandes centros culturales como Alejandría y Pérgamo abundaron los estudiosos de la literatura griega que comentaban las obras de los autores clásicos, depuraban sus textos de posibles errores que se hubiesen introduci-

do en ellos a lo largo del tiempo, y preparaban excelentes ediciones con un gran rigor científico.

En el campo de la creación no hay figuras comparables a las de la época clásica. En la épica sobresalió Apolonio de Rodas (III a.C.) autor de los Argonautas. En la lírica destacaron Calímaco y sobre todo Teócrito, el mejor representante del género idílico. En el género dramático no existió ningún trágico de renombre y floreció en cambio la llamada Comedia Nueva cuyo principal representante fue Menandro (ca. 342-ca. 292). Los argumentos de la nueva comedia dejan de ser la crítica político-social típica de la Comedia Atica, y se tratan temas más humanos como el amor. Con ello la comedia se transformó en un medio excelente para el estudio del hombre.

La filosofía

La época helenística fue la del florecimiento de las grandes escuelas posteriores a Sócrates, Platón y Aristóteles. Entre esas escuelas hay que destacar el estoicismo, el epicureismo y el cinismo.

El estoicismo

En plena época helenística comenzó a desarrollarse con gran rigor en Atenas una nueva escuela filosófica a la que, como era usual, se le dio un nombre que hacía referencia a su lugar de reunión, en este caso la estoa (*stoa poikilé* = pórtico de los adornos) en el que desde el año 300 aproximadamente enseñaba el primer filósofo estoico Zenón de Citia (*Kition* en Chipre, ca. 334-263). Lo mismo que sus dos grandes discípulos Cleantes (*Kleanthes,* ca. 331-232) y Crisipo (*Chrysippos,* ca. 281-208) dio a la filosofía una nueva orientación de gran influjo en la posteridad. No le preocupaba la metafísica. Su concepción del universo era materialista y evolutiva: en la materia hay una fuerza íntima inmanente que es el espíritu *(pneuma)* y

una especie de semillas *(logoi spermatikoi)* o principios evolutivos, que hacen que la materia vaya cambiando y transformándose. Sin embargo el punto más importante del estoicismo fue su ética universalista. La norma fundamental de conducta es acomodarse a la naturaleza y aquietar y reducir las apetencias pasionales para lograr una conformidad imperturbable o apatía *(apatheia)*, sin el matiz peyorativo del término en la actualidad. La ética estoica tuvo gran difusión entre grandes personalidades del mundo helenístico y romano. El estoicismo fue universalista en teoría, admitiendo la igualdad natural de todos los hombres. Pero al haber centrado su interés en el perfeccionamiento individual, jamás pretendió trasponer sus principios igualitarios al campo práctico de la política o de la sociología. De todas formas esa atención teórica despertada por el estoicismo hacia la igualdad y la justicia natural sirvió para paliar algunos de los aspectos más duros, injustos e hirientes de la cultura antigua.

A través de la segunda generación de pensadores estoicos, la llamada Estoa media en la que destacan Panecio *(Panaitios)* de Rodas (ca 180-110 a.C.) y Posidonio (ca 135-51) el estoicismo pasó a influir directamente en el mundo romano (círculo de los Escipiones, Q. Mucio Escévola, Cicerón, etc.).

Los epicureos

Epicuro (341-270) nació en la isla de Samos en una familia de ascendencia ateniense. Su formación filosófica fue dirigida por un discípulo del presocrático Demócrito. Desde el 306 se estableció en Atenas y enseñó en un local con un cuidado jardín. Su explicación del mundo es materialista y mecanicista como la de Demócrito y su teoría del conocimiento fue sensista. Epicuro centró su filosofía en la ética y creó el llamado hedonismo (*hedone* = placer) que fue la corriente más seguida en muchos sectores aristocráticos del mundo griego y romano. El hedonismo de Epicuro y sus seguidores busca un placer

negativo en el reposo tranquilo *(galenismos)* y en la imperturbabilidad *(ataraxia)* y un máximo placer positivo perfectamente calculado por una especie de aritmética del placer que busca la combinación óptima de máxima intensidad y duración. Para lograr todo esto trata de liberar al hombre de las pasiones desenfrenadas que le perturban, y de toda suerte de angustias y temores causados por la muerte, por la amenaza de castigos ultraterrenos o por supersticiones derivadas de la creencia en los mitos. Para ese mismo fin propugna la sobriedad y el quietismo y la amistad y armonía entre los hombres y los pueblos. Toda esa serie de principios hizo del epicureismo una doctrina elitista capaz de desarrollarse únicamente entre una minoría de personas bien situadas.

Los cínicos

El cinismo fue una corriente filosófica ampliamente difundida en las épocas helenística y romana. Sus raíces últimas se remontan a Antístenes (ca. 450-ca. 365) discípulo de Sócrates y del sofista Gorgias. La orientación definitiva se debió a Diógenes (ca. 400-ca. 325) llamado por su desvergüenza el perro *(kyon)*, de donde derivó el nombre de cínicos *(kynikoi)* dado a sus seguidores. El término no tenía el matiz de embustero que tiene actualmente, pero sí el de quien reconoce y no oculta aspectos inconfesables o socialmente escandalosos de su propia conducta. Otra de las grandes personalidades del cinismo fue Crates de Tebas (ca. 360-ca. 280) discípulo de Diógenes.

El cinismo no es una escuela filosófica con unos dogmas doctrinales determinados, sino una corriente de pensamiento caracterizada por su inconformismo social, con una doble vertiente: el filósofo cínico por una parte profesaba y practicaba la sobriedad y el desprecio de los bienes materiales y con frecuencia vivía en la indigencia. Por otra parte practicaba y profesaba un total desprecio por lo convencional, lo que se manifestaba en su desenfado o desvergüenza *(anaideia)* en la conducta personal. El

cínico enseñaba que había que satisfacer las necesidades elementales de forma natural y sin tapujos, condenaba las riquezas, enseñaba una ética de renuncia y de endurecimiento, y criticaba abiertamente los convencionalismos faltos de lógica del orden establecido. El género oral y escrito preferido para la difusión de esas doctrinas fue la *diatriba* o conferencia, y en ella era frecuente que los cínicos al tratar los temas más serios recurriesen a planteamientos y motivos cómicos procedentes de la comedia y de la sátira. La aportación histórica fundamental del cinismo fue su valiente crítica, a veces negativa y destructiva, de las inconsecuencias de la sociedad y de la cultura en que vivían. Su actitud de oposición sistemática colocó a los cínicos al margen del sistema de valores ético-político-sociales vigentes, y en la época imperial romana llevó a que la autoridad los mirase con prevención y a veces tomase duras medidas contra ellos.

El pensamiento religioso

Racionalización del mito

Como consecuencia del desarrollo de la filosofía, surgieron diversos intentos de poner en armonía la mitología con el pensamiento reflexivo. La actitud más radical fue la racionalización del mito, que intentaba salvar de los mitos un fondo histórico despojándolos de los datos maravillosos y sobrenaturales de que estaban revestidos. Esta corriente, de la que el principal representante fue Euhemero, afirmaba que los dioses y los héroes no habían sido otra cosa que hombres importantes, que en su vida habían realizado hechos destacados y que por ello habían sido admirados y venerados por la posteridad, hasta el punto de que en torno a ellos se fue formando progresivamente un mito.

Otra corriente que buscaba también armonizar el mito con el pensamiento reflexivo fue la alegorización, consis-

tente en que no se aceptaba el mito al pie de la letra como si fuese una narración histórica veraz en todos sus detalles. Se consideraba más bien al mito como una imagen o expresión imaginativa y poética de una realidad física o ética, de forma que lo que en él interesaba no eran sus detalles, sino la idea que trataba de expresar. Esta alegorización del mito se extendió mucho entre los filósofos, sobre todo entre los platónicos y los estoicos, pasó a algunos pensadores judíos como Filón de Alejandría, que la aplicó al Antiguo Testamento, y más tarde a muchos teólogos cristianos de la escuela alejandrina, que la aplicaron a la interpretación de toda la Sagrada Escritura.

Otra importante consecuencia de la reflexión sobre los mitos se produjo al conocer los pensadores griegos los mitos de otros pueblos. Con ello se generalizó la idea de que los distintos pueblos veneraban a los mismos dioses con distintos nombres y con mitos distintos sobre el mismo dios en cada pueblo. De esta forma el dios supremo de los griegos, Zeus, quedaba sustancialmente identificado con el romano Júpiter; Baal, principal divinidad de los semitas, se identificó en muchos ambientes con el Zeus griego y el Júpiter romano, la egipcia Isis quedó asimilada a la griega Deméter, etc.

Todo ello dio lugar al llamado sincretismo religioso o mezcla de religiones, característico de la época helenística, en que muchos pueblos del Próximo Oriente, sin perder sus tradiciones, quedaron englobados en el mundo de la cultura griega tras las grandes conquistas de Alejandro Magno y luego de los romanos.

El sincretismo y los nuevos cultos

El helenismo, al incorporar al mundo de la civilización helénica grades grupos que tenían su propia cultura y su religión, contribuyó a difundir por el mundo de cultura helenística, luego dominado por los romanos, ideas y cultos religiosos orientales muy distintos del sistema

tradicional griego. Entre ellos cabe destacar los cultos egipcios de Isis y Osiris, los sirios de Baal y de Atargatis (la Diosa Siria), el persa de Mitra y el de Cibeles, procedente de Asia Menor. Características comunes de todos ellos son una fuerte separación entre el cuerpo y el alma, Dios y el mundo, el desprecio de lo mundano, la idea de que el alma está cautiva en el cuerpo, el anhelo de una redención concebida como liberación de este mundo malo y consecución de la vida eterna, la persuasión de que esa redención sólo se obtiene a través de una divinidad redentora y por medio de la participación en cultos mistéricos, en los que jugaba un papel primordial el elemento emocional y afectivo. En muchos de estos puntos las religiones orientales coincidían básicamente con las religiones de misterios (cultos de Dioniso, Eleusis, etc.). Muchas veces también esos cultos eran llamativos por sus ceremonias, sus procesiones, el exotismo de sus sacerdotes.

Los cultos orientales con su fuerte contenido emocional tuvieron un fuerte atractivo para amplios sectores de la población, que en el culto tradicional no veía colmadas sus inquietudes religiosas ni satisfechos sus anhelos de superar las bajezas de la vida y de sobrevivir a la muerte. Los contactos comerciales, culturales y militares entre Oriente y Occidente, con un incesante trasiego de personas durante el Imperio romano, contribuyó a la difusión de estos cultos por todo el Imperio.

Cibeles, por ejemplo, era una divinidad frigia, cuyo santuario principal se hallaba en Pessinos, en el centro de Asia Menor: allí se veneraba una piedra de origen meteórico, cuya forma se asemejaba toscamente a la de un cuerpo femenino. Cibeles representaba el principio femenino de la fecundidad: era la madre tierra que producía cosechas, el principio de la fecundidad de los animales y los seres humanos, y era la madre de los dioses, ya que en el mito aparecía como hija y mujer de Cronos, de la que nacieron los principales dioses: Zeus, Poseidón, Hera, Deméter, etc. Con frecuencia se la llamaba simplemente la Gran Madre o la Madre de los Dioses. Su culto en Frigia

aparecía unido al de su amado Atis, un joven pastor que al principio la rechazaba y que en castigo, atacado de locura, se mutiló y murió. Más tarde resucitó y vivió siempre unido a su amada Cibeles. Los frigios celebraban cultos orgiásticos para conmemorar la muerte y resurrección de Atis y en ellos al son frenético de instrumentos músicos los sacerdotes se castraban y realizaban otros excesos. En Grecia penetró el culto de Cibeles sin los caracteres orgiásticos que tenía en Frigia y en determinados círculos se celebraban misterios en honor del sufrimiento y triunfo de Cibeles.

El culto de Cibeles llegó también pronto a Roma, cuando los oráculos sibilinos aconsejaron a los romanos en las circunstancias difíciles de la II Guerra Púnica, hacia el año 204 a.C., que trasladasen de Pessinos a Roma la piedra sagrada de Cibeles, con lo que tendrían la garantía divina de que vencerían a sus enemigos. Desde entonces, Cibeles tuvo su templo en Roma, en el monte Palotino.

La religión astral

Otro importante fenómeno religioso fue el desarrollo de la astrología y de la llamada religión astral. La astrología tuvo su lugar de origen en Babilonia y Asiria, donde se desarrolló paralelamente y sin distinción con la astronomía, que había alcanzado en esas culturas un extraordinario grado de desarrollo. De Babilonia y Asiria pasó a Grecia y a todo el mundo helenístico, y se desarrolló ampliamente por el Imperio Romano.

La doctrina central de la astrología era la creencia en el influjo de los astros sobre el desarrollo de los acontecimientos humanos. Esa creencia tenía un punto de apoyo, que la hacía verosímil, en la observación al alcance de todos, de que el sol influye en el desarrollo de la vegetación y que las constelaciones, al ir cambiando a lo largo del año la posición que ocupan en el cielo, son una señal del cambio de las condiciones climáticas de las estaciones

del año. Esos elementos de observación intuitiva y científica se unieron a otras ideas de carácter filosófico y religioso, que dieron una extraordinaria robustez a la astrología en la antigüedad. La corriente más científica y filosófica de la astrología no creía en un influjo directo de los astros sobre los acontecimientos, sino mas bien en que entre todas las cosas de la Naturaleza se daba una armonía y un paralelismo, y por tanto se pensaba que un fenómeno observado en los astros tenía que tener necesariamente su paralelo en los acontecimientos humanos.

En muchos sectores, esa idea filosófica quedaba reforzada y transformada por la creencia religiosa en el carácter divino de los astros, hasta llegar a identificar a cada astro con un dios. El Sol *(Helios)* era la divinidad suprema y los demás astros eran divinidades secundarias. El mundo está rodeado de esferas concéntricas, cada una de las cuales está controlada por un planeta. El alma humana de origen celestial ha tenido que descender a través de esas esferas, que la han ido marcando con sus características antes de llegar a la tierra y unirse al cuerpo. A la inversa, al morir el hombre, el alma liberada del cuerpo emprende un camino ascensional a través de las esferas planetarias, en cada una de las cuales ha de despojarse de las características con que quedó marcada al pasar en su descenso hacia la tierra. Para lograr una liberación y una ascensión rápida y feliz, el alma ha de conocer los nombres de los seres angélicos o demoníacos *(arcontes)* que controlan cada esfera planetaria, para poder atravesar sin dificultad las fronteras por ellos guardadas.

Con frecuencia a la astrología se une la magia, al buscar el hombre, por medio de tiros y palabras secretas, la fórmula para influir en los astros y en los seres que los controlan, y poder conseguir de esta manera el logro de sus deseos. Con mayor frecuencia todavía se unió a la astrología la mántica o arte de predecir el futuro. De la observación de los signos celestes (eclipses, cometas, estrellas fugaces, mayor o menor luminosidad o diversa tonalidad de determinadas constelaciones, etc.) se dedu-

cía que debían ocurrir determinados acontecimientos. Sobre esta base se desarrolló una fecunda literatura popular que interpretaba las señales celestes y pulularon los adivinos (llamados caldeos y matemáticos) que predecían el futuro y eran muy consultados. El arraigo de la astrología en la sociedad, fuera de algunos sectores de formación filosófica selecta que la rechazaba, fue tan grande que los frecuentes errores en las predicciones del futuro, desmentidos por los acontecimientos, no la desacreditaban. Se atribuían los errores a defectos de observación, a deficiencias humanas de interpretación, no al fallo del sistema en cuanto tal. Por otra parte, las predicciones de los astrólogos solían ser suficientemente vagas, solían ir revestidas de un lenguaje figurado o se subordinaban al cumplimiento de una condición difícil de controlar, de tal forma que, aunque la predicción no se cumpliese, quedaba a salvo su veracidad.

Tendencias hacia el monoteísmo

Al lado del politeísmo de la religión tradicional aparecieron claras tendencias monoteístas. Al principio se trató únicamente de especulaciones filosóficas de algunas escuelas, como la eleática, desde el siglo VI a.C., que rechazaban el politeísmo y estimaban que solamente podía darse un único ser supremo. En la época helenística (desde el siglo IV a.C.) las tendencias hacia el monoteísmo dejaron de ser patrimonio exclusivo de los filósofos y penetraron en algunos sectores de la población. A ello contribuyó, por una parte, la difusión y popularización de la filosofía religiosa por medio de filósofos predicadores (a veces, simples charlatanes), que divulgaban sus ideas. Por otra parte, la concepción política monárquica, generalizada en la época helenística, ayudó a pensar que lo mismo que al frente de cada pueblo había un monarca único, al frente del universo debía haber un único ser supremo. Estas ideas quedaron también favorecidas y facilitadas por el sincretismo que identificaba los dioses supremos de

los distintos pueblos; por las concepciones henoteístas que veían en el dios de cada pueblo un ser supremo para ese pueblo, que no excluía la existencia de otros dioses en otros pueblos; por la tendencia a jerarquizar la pluralidad de dioses bajo el mando de uno solo; por las concepciones astrales, que veían en el Sol un dios supremo al que estaban subordinados los dioses planetarios, y, finalmente, por la difusión del monoteísmo estricto de los judíos y luego de los cristianos, que en muchos ambientes, sin ser plenamente aceptado, contribuyó al desarrollo de ideas monoteístas. A pesar de su importante difusión en muchos círculos, estas tendencias monoteístas no llegaron a imponerse ni a desterrar el politeísmo, que se mantuvo bien arraigado, sobre todo a nivel popular.

La magia

Un subproducto de la religión del mundo helenístico fue la magia. La idea fundamental de la magia fue la concepción de que una fuerza divino cósmica se esparce por todas las cosas y existe un continuo influjo entre la divinidad, las cosas y los acontecimientos. El mago trata de dominar ese flujo y controlar así los acontecimientos o influir sobre las cosas y las personas. Para ello el mago tiene que adueñarse del poder propio de la divinidad y esto lo consigue si logra pronunciar el nombre secreto y sagrado de la divinidad realizando al mismo tiempo ciertos ritos. Si lo consigue la fuerza divina queda, al menos pasajeramente, a su disposición. Antes de realizar la invocación el mago ha de purificarse para evitar impedimentos y, en todo caso, ha de mantener estricto secreto sobre las palabras y los gestos sagrados que realiza, ya que caso de divulgarse quedarían profanados y perderían su eficacia. La magia fue muy practicada y buscó generalmente más que la satisfacción del anhelo religioso, el logro de ventajas materiales concretas, poniendo al servicio del hombre el poder divino.

El culto a los soberanos

Un importante fenómeno, estrechamente vinculado con la religión, aunque no de carácter exclusiva ni prevalentemente religioso, es el culto a los soberanos, extendido en el mundo helenístico desde Alejandro Magno. En la base de este culto había diversas creencias religiosas heterogéneas y otros factores de carácter no religioso. En el mundo griego, por ejemplo, se dio culto a los héroes (hombres destacados en vida por sus hazañas) y en muchos sectores se creyó que en las personas más destacadas por su sabiduría o por su poder había un elemento sobrehumano, cuasidivino: el *daimon* de los griegos y *genius* de los romanos. En muchos autores griegos (Platón, Aristóteles, Isócrates, etc.) aparece la idea del superhombre, concebido como un ser humano dotado por los dioses de cualidades excepcionales de gobierno, que lo elevaban sobre los demás. Había también personas consideradas en ciertos ambientes como «hombres divinos» (theioi androi), a los que se atribuían dones preternaturales (carismas) para hacer curaciones, predecir el futuro, etc. A todas estas ideas se unió la concepción oriental, conocida directamente por los griegos de Alejandro Magno al conquistar Egipto y gran parte del Imperio Persa, de que el soberano, no por sus cualidades humanas, sino por su posición, quedaba elevado por encima de los demás seres humanos. En Alejandro Magno se unieron todas estas concepciones: su portentosa carrera política fue presentada y aceptada como la realización de un plan divino. Desde su muerte se le veneró como un dios en todo el Imperio. Sus sucesores aprovecharon esta situación y se hicieron tributar aun en vida honores divinos y unieron a su nombre títulos que aludían a su misión divina: *euergetes* (bienhechor), *soter* (salvador), *epífanes* (dios presente). A la aceptación de este culto por los súbditos contribuyeron otros factores, como la falta de contenido propiamente religioso, su carácter de convencionalismo y mera expresión de lealtad política, el servilismo generalizado entre los grupos dominantes del mundo

antiguo, la ausencia de dogmas en el politeísmo greco-romano, de forma que la divinización de los soberanos no chocaba con ninguna creencia. La única excepción en la época helenística fue el judaísmo. Su estricto monoteísmo resultaba incompatible con la divinización y el culto a los soberanos y los conflictos fueron graves siempre que se intentó forzar a los judíos a practicarlos.

INDICE TEMATICO

A

Agricultura helenística, 154, 155.
Alceo, 70.
Alcibíades, 96, 97.
Alcman, 70.
Alejandro Magno, 133, ss.
Anacreonte, 109.
Anaxágoras, 119.
Anaximandro, 117, 118.
Antígono, 144
Antioco II, el Grande, 141, 142, 146.
Antípatro, 144.
Apolonio de Rodas, 159.
Aquea, Ziga, 150.
Aqueos, 16, ss.
Arcontes, 42.
Areópago, 43.
Aristágoras, 74.
Aristocracia, 31, ss., 87, 88.
Aristófanes, 115, 116.
Aristóteles, 126, 127.
Armania, Reino de, 151.
Arquíloco, 69.
Arquímedes, 158.
Arquitectura, 107, 108.
Arte griego, 106, ss.
Artesanos, 86, 87.
Astral, Religión, 165, ss.
Atálidas, Dinastía de los, 147, 148.
Atenas, 42, ss.
Atenienses, Hegemonía, 83, ss.

B

Bactriana, Reino de, 151.
Banca, 90, ss.

C

Calímaco, 159.
Calino, 70.
Caria, Civilización, 10, ss.
Cerámica, 106, 108, 109.
Cimón, 80, ss.
Cínicos, 161, 162.
Ciudades-estado, 29, ss.
Clístenes, 48, ss.
Cnosos, 14, 15, 16.
Colonización griega, 50, ss.
Comedia, 115, 116.
Comercio, 88, ss.
Comercio marítimo helenístico, 155, 156.
Cremónides, 149.
Crisipo, 159.
Cultura griega, 105, ss.

D

Darío III, 135.
Delfos, 62, 63.
Delos, 156.
Demeter, 65, 66
Democracia, 37.
Demócrito, 120.
Demóstenes, 103, 148.
Diadocos, 138, 139.
Diógenes, 161.
Dionisio, 64, 65.
Dionisio-Zagreo, 66, 67.
Dioses, 59, ss.
Dórica, Migración, 22, ss.

E

Económica, Penuria, 100.
Egipto, Reino de, 142, ss.
Empédocles, 119, 120.
Epaminondas, 98, 99.
Epica, 25.
Epicúreos, 160, 161.
Epicuro, 160.
Escultura, 107, 108.
Esparta, 37, ss.
Espartana, Hegemonía, 97, 98.
Esquilo, 112, 113.
Estesícoro, 71.
Estoicismo, 159, ss.
Etolia, Liga, 149, 150.
Euclides, 158.
Eurípides, 114.

F

Filipo II de Macedonia, 101, ss.
Filipo V, 146, 150.
Filosofía griega, 116, ss.

G

Gorgias, 122.
Gránico, Batalla del, 135.

H

Helenismo, 133, ss.
Helenística, Cultura, 157, ss.
Helenística, Filosofía, 159, ss.
Helenística, Literatura, 158, 159.
Helenística, Religión, 162, 163.
Helenístico, Arte, 157, 158.
Heráclito, 118, 119.
Heródoto, 129.
Héroes, 60, 61.
Hesíodo, 26, 117.
Hipias, 48.
Historiadores, 127, ss.
Homérica, Cultura, 24, ss.
Homero, 25, 26.
Hoplitas, 34.

I

Ilíada, 26.
Isonomía, 50.

J

Jenófanes, 118.
Jenofonte, 130.
Jerjes, 78, 79.
Jónica, Revuelta, 73, ss.
Jonios, 73, ss.
Juegos, 63, 64.

L

Legisladores, 34, 35.

Lengua griega, 24, 25.
Lírica, 68, ss., 109, 110.
Lisandro, 97.

M

Macedonia, Hegemonía, 101, ss.
Macedonia, Reino de, 144, ss.
Magia, 168.
Mar, Pueblos del, 20, ss.
Maratón, Batalla de, 76.
Médicas, Guerras, 75, ss.
Menandro, 159.
Micénica, Civilización, 17, ss.
Milcíades, 76, ss.
Minoica, Civilización, 13, ss.
Mitos, 57, ss.
Mitridates, 150, 151.
Mitridates VI, 151.
Monarquía, 31, 32.
Monoteistas, Tendencias, 167, 168.

N

Naupacto, Paz de, 146.

O

Odisea, 26.
Oligarquía, 32, 33.
Oráculos, 62, 63.
Orfeo, 66.

P

Parménides, 119.
Partos Arsácidas, Reino de los, 151, 152.
Pausanias, 79.
Peloponeso, Conflicto del, 95, ss.
Pérgamo, Reino de, 147, 148.
Pericles, 81, 83, ss., 95.
Perseo, 146.
Persona, Valoración de, 56.
Píndaro, 110.
Pisístrato, 46, ss.
Pitágoras, 67, 68, 118.
Platea, Batalla de, 79.
Platón, 124, 125.
Polibio, 158.
Ponto, Reino del, 150.
Posidonio, 160.
Prehistoira griega, 9, 10.
Presupuesto público, 92, ss.
Propiedad, 30.
Protágoras, 122.
Ptolomeos, 142, 143.

Q

Queronea, Batalla de, 103.

R

Religión griega, 57, ss. 61, ss.
Ritos, 61, ss.
Rodas, 156.

S

Safo, 70.
Salamina, Batalla de, 79.
Sasánidas, 152.
Seléucida, Reino, 140, ss.
Seleuco, 140, 141.
Simónides, 109, 110.
Sincretismo, 163, ss.

Soberanos, Culto a los, 169, 170.
Socio-economía del helenismo, 153, ss.
Socio-economía griega, 27, 28, 54, 55.
Sócrates, 123, 124.
Sofistas, 121, ss.
Sófocles, 113.
Solón, 44, ss.

T

Tales de Mileto, 117.
Tebana, Hegemonía, 99.
Temístocles, 75, ss.
Teócrito, 159.
Termópilas, 78.
Tiranos, 35, 36.
Tirsenos, 21, 22.
Tirteo, 70.
Tragedia, 110, ss.
Troya, 10, 11, 19, 21, 26.
Tucídides, 129.

U

Unidad cultural griega, 55, ss.

Z

Zenón de Citia, 159.

CUADRO CRONOLOGICO

ca 3000 - ca 2100	Civilización caria
ca 2100 - ca 1200	Civilización minoica
ca 1500	Aparición de los aqueos
ca 1400 - ca 1200	Civilización micénica
ca 1200	Irrupción de los pueblos del mar
ca 1200	Comienzos de la colonización griega en Asia Menor
ca 750	Homero
735 - 716	Primera Guerra de Mesenia
ca 670	Hesíodo
621	Dracón legislador de Atenas
594	Solón legislador de Atenas
561 - 527	Pisístrato tirano de Atenas
508	Clístenes: la democracia en Atenas
500 - 499	Revuelta jónica
494	Destrucción de Mileto
493	Temístocles arconte de Atenas
490	Maratón
481	Liga panhelénica
480	Termópilas y Salamina
479	Platea y Micala
	Pentecontetia (479-29) - Liga delio-ática
471 - 70	Ostracismo de Temístocles
464 - 455	III Guerra Mesénica; intervención ateniense, reformas de Efialtes y Pericles.
461	Ostracismo de Cimón; ascenso de Pericles
457 - 56	Batalla de Enofitas (456) y derrota de Egina
	Predominio ateniense sobre Grecia central (hasta el 447)
	Guerra contra Persia. Salamina de Chipre
448	Paz de Callias

447	Batalla de Queronea. Tregua de treinta años con Esparta
	Reparto de las zonas de influencia
444 - 29	Pericles arconte
443	Ostracismo de Tucídides
431 - 404	Gran Guerra Peloponésica
431 - 21	Guerra Arquidámica (batalla de Anfípolis)
421	Paz de Nicias. Subida de Alcibíades
414 - 13	Expedición de Nicias a Sicilia
413 - 404	Guerra de Decelea. Oligarquía en Atenas
411 - 410	Alcibíades estratega. Cízico
407	Exilio de Lisandro y de Alcibíades
406	Batalla de las Arginusas
405	Batalla en la desembocadura del Egospótamos. Capitulación de Atenas. Treinta tiranos. Hegemonía espartana
395 - 87	Guerra Corintia (Cnido y Queronea)
387	Paz de Antálcidas
379	Pelópidas expulsa a los Espartanos de Tebas
377	Liga delio-ática
376	Batalla de Nassos. Subida de Tebas
	Liga Atenas-Esparta contra Tebas
371	Leuctra. Hegemonía tebana
364	Cinocéfalos. Muerte de Pelópidas
362	Mantinea. Muerte de Epaminondas
359 - 336	Filipo II de Macedonia
357 - 55	Guerra Social
356 - 46	Guerra Sagrada
349 - 8	Toma de Olinto
344 - 337	Timoleón de Corinto en Sicilia
338	Batalla de Queronea
337	Liga de Corinto
336 - 323	Alejandro Magno
334	Batalla de Gránico. Conquista de Asia Menor
333	Batalla de Isos. Conquista de Siria y Fenicia (Tiro)
332 - 31	Alejandro en Egipto
331	Batalla de Gaugamela
328 - 27	Conquista de Persia
327 - 25	Expedición a la India
324	Bodas de Susa
323	Muerte de Alejandro
	Luchas entre los diádocos

321	Convenio de Triparadisos
281	Batalla de Curupedio
215 - 205	I Guerra Macedónica
200 - 197	II Guerra Macedónica
197	Antíoco III de Siria ataca a las ciudades griegas
196	Proclamación de la independencia de Grecia
190	Batalla de Magnesia
188	Paz de Apamea
171 - 168	III Guerra Macedónica (Pidna)
148	Macedonia provincia romana
	Guerra contra la Liga aquea. Revuelta de Corinto
146	Destrucción de Corinto y de Cartago
	Grecia provincia romana
133	Atalo III deja el Reino de Pérgamo en herencia al pueblo romano
129	Institución de la provincia romana de Asia
88 - 64	Guerras de Mitrídates contra Roma
47	Conquista de Alejandría por César
34	Definitiva ocupación de Egipto por Roma

ORIENTACION BIBLIOGRAFICA

1 Fuentes

1. Fuentes literarias

Las obras de la mayor parte de los autores antíguos pueden hallarse en alguna de las siguientes colecciones:

Bibliotheca scriptorum graecorum et romanorum Teubneriana (Leipzig) con excelentes ediciones críticas sólo en lengua original.

Collection des Universités de France (Les Belles Lettres) (París) generalmente con texto en lengua original y traducción francesa, excelentes introducciones y aparato crítico restringido.

Scriptorum classicorum bibliotheca Oxoniensis (Oxford) con excelentes ediciones críticas en lengua original.

The Loeb classical Library (London-Cambridge Mass) con texto en lengua original sin aparato crítico, con excelentes introducciones y traducción inglesa.

Die Fragmente der griechischen Historiker ed. F. F. JAKOBY (Berlín-Leiden 1923)

La colección más completa de traducciones españolas es la *Biblioteca Clásica* (Madrid), cuyos textos con frecuencia no cumplen con los requisitos de la crítica moderna.

2. Fuentes epigráficas

Corpus inscriptionum graecarum (Berlín 1828-1877).

Sylloge inscriptionum graecarum[3] ed. W. DITTENBERGER (Leipzig 1915-1924 = Hildesheim, 1960).

Orientis graeci inscriptiones selectae ed. W. DITTENBERGER (Leipzig 1903-1905 = Hildesheim 1960).

Inscriptiones graecae ad res romanas pertinentes ed. R. CAGNAT (París 1911-1927).

3. Papirología

El hallazgo y edición de numerosísimos papiros procedentes en su mayor parte de Egipto ha enriquecido el conocimiento y el horizonte del mundo griego. Las colecciones en las que se van publicando los papiros son muy numerosas. Entre las obras principales que pueden servir de introducción a este campo altamente especializado, cabe señalar las siguientes en las que se encontrará también la lista de las principales colecciones:

A. CALDERINI, *Papyri: Guida allo studio della papirologia antica greca e romana* (Milano 1962).

W. SCHUBART, *Einführung in die Papyruskunde* (Berlín 1918).

O. MONTEVECCHI, *La papirologia* (Torino 1973).

E. G. TURNER, *Greek Papyri*[2] (Oxford 1980).

A. D'ORS, *Documentos del Egipto romano* (Madrid 1948).

L. MITTEIS - U. WILCKEN, *Grundzüge und Chrestomatie der Papyruskunde* (Leipzig 1912 = Hildesheim 1963).

4. Lexicografía

H. STEPHANUS (= H. ESTIENNE), *Thesaurus Graecae linguae* ed. C. B. HASE (París 1831-1865 = Graz 1954).

H. G. LIDDELL - R. SCOTT -H. S. JONES, *Greek-English Lexicon*[9] (Oxford 1940 = 1961).

F. PREISIGKE - E. KIESSLING, *Wöterbuch der griechischen Papyrusurkunden* (Berlín-Marburg-Amsterdam 1925).

2 Enciclopedias y obras generales

Entre las muchas y excelentes obras de carácter general sobre el mundo clásico con importantes aportaciones al conocimiento del mundo griego cabe destacar:

Dictionnaire des antiquités grecques et romaines ed. C. DAREMBERG - E. SAGLIO (París 1877-1918). Aunque la obra está en gran parte superada, muchos de sus artículos siguen siendo de gran valor.

Realenzyklopädie der klassischen Altertumswissenschaft ed. A. PAULY - G. WISSOWA - W. KROLL - K. MITTELHAUS - K. ZIEGLER (Stuttgart 1893-). La obra recientemente terminada constituye la aportación más monumental (80 tomos) al estudio de la antigüedad clásica. En sucesivos suplementos se van completando lagunas o poniéndose al día artículos superados.

Diccionario del mundo clásico ed. I. ERRANDONEA (Barcelona 1954).

Der kleine Pauly ed. K. ZIEGLER - W. SONTHEIMER - H. GÄRTNER (Stuttgart 1964-1975 = München 1979).

The Oxford Classical Dictionary ed. N. G. L. HAMMOND - H. H. SCULLARD² (Oxford 1970).

3. Metodología y crítica

Entre las muchas obras dedicadas a la crítica textual, a la valoración histórica de textos y particularmente a la crítica y valoración de textos históricos cabe señalar:

E. BERNHEIM, *Lehrbuch der historischen Methode*⁶ (Leipzig 1908).

Z. GARCIA VILLADA, *Metodología y crítica históricas*² (Madrid 1920).

L'Histoire et ses méthodes ed. C. SAMARAN (París 1961).

H. BENGTSON, *Einführung in die alte Geschichte*⁸ (München 1979).

T. BIRT, *Das antike Buchwesen* (Berlín, 1882 = Aalen 1959).

T. BIRT, *Kritik und Hermeneutik* (München 1913).

W. SPEYER, *Die literarische Fälschung im heidnischen und christlichen Altertum* (München 1971).

4. Historia de Grecia

1. En general

E. KORNEMANN, *Weltgeschichte des Mittelmeerraums*[2] (München 1967).

A. AYMERT (- J. AUBOYER), *L'Orient et la Grèce antique* (= Histoire Générale des Civilisations ed. N. Crouzet 2) (París 1961) trad. esp. E. Ripoll Perelló (Barcelona 1958).

F. TAEGER, *Das Altertum*[6] (Stuttgart 1958).

U. WILCKEN, *Griechische Geschichte im Rahmen der Altertumsgeschichte*[9] (Mïnchen 1962.

G. DE SANCTIS, *Storia dei Greci dalle origini alla fine del secolo* V[2] (Firenze 1961) (2 tomos).

G. GLOTZ - R. COHEN, *Histoire Grecque*[2] (París 1938-1945) (4 tomos) (col. Histoire Générale).

E. BAYER, *Griechische Geschichte* (Stuttgart 1968).

K. J. BELOCH, *Griechische Geschichte*[2] (Strassburg - Berlín 1912-1927) (4 tomos).

H. BENGTSON, *Griechische Geschichte*[4] (München 1969).

G. BUSOLT, *Griechische Geschichte bis zur Schlacht bei Chäroneia*[2] (Gotha 1893-1904) (3 tomos).

2. Epocas particulares

J. M. COOK, *The Greeks in Jonia and the East* (London 1962).

G. B. GRUNDY, *The Great Persian War and its preliminaries* (London 1901).

A. R. BRUN, *Persia and the Greeks* (London 1962).

P. LEVEQUE - P. VIDAL-NAQUET, *Clisthène l'athénien* (París 1944).

G. DE SANCTIS, *Pericle* (Milano-Messina 1944).

P. CLOCHE, *La politique etrangère d'Athènes de 404 à 338 av* J.C. (París 1934).

B. W. HENDERSON, *The great war between Athens and Sparta* (London 1927).

C. MOSSE, *La fin de la démocratie athénienne* (París 1962).

G. E. M. DE STE CROIX, *The Origins of the Peloponesian War* (London 1972).

A. MOMIGLIANO, *Filippo il Macedone* (Firence 1934).

P. W. WALBANK, *Philipp V of Macedon* (Cambridge 1940).

U. WILCKEN, *Alexander der Grosse* (Leipzig 1931).

G. RADET, *Alexandre le Grand*[7] (París 1950).

W. W. TARN, *Alexander the Great* (Cambridge 1948) (2 tomos).

3. Helenismo

J. G. DROYSEN, *Geschichte des Hellenismus*[2] (Gotha 1877-1878).

E. WILL, *Histoire politique du monde hellénistique*[2] (Nancy 1979).

A. BOUCHE - LECLERCQ, *Histoire des Seleucides* (París 1913).

E. BICKERMAN, *Les institutions des Séleucides* (París 1938).

A. BOUCHE - LECLERCQ, *Histoire des Lagides* (París 1903) (4 tomos).

H. J. BELL, *Egypt from Alexander the Great to the Arab conquest* (Oxford 1948).

R. E. ALLEN, *The Attalid Kingdon* (Oxford 1982).

W. W. TARN, *Hellenistic Civilisation*[3] (London 1952).

P. JOUGUET, *L'impérialisme macédonien et l'hellénisation de l'Orient* (París 1961).

H. BENGTSON, *Die Strategie in der hellenistischen Zeit*[2] (München 1964-1967).

R. COHEN, *La Grèce et l'hellénisation du monde antique*[3] (París 1948).

P. WENDLAND, *Die hellenistisch-römische Kultur in ihren Beziehungen zu Judentum und Christentum*[2-3] (Tübingen 1912).

5. Vida y cultura griega

1. Política

G. GLOTZ, *La cité grecque*[2] (París 1953).

A. TOVAR, *La decadencia de la polis griega* (Madrid 1961).

G. BUSOLT - H. SWOBODA, *Griechische Staatskunde*[3] (München 1920-1926).

V. EHRENBERG, *Der Staat der Griechen*[2] (Zürich 1965).

A. H. M. JONES, *The Athenian Democracy* (Oxford 1957).

F. RODRIGUEZ ADRADOS, *La democracia ateniense* (Madrid 1975).

2. Economía

F. HEICHELHEIM, *An Ancient Economic History*[1-2] (Leiden 1964-1965).

T. PEKARY, *Die Wirtschaft der griechisch-römischen Antike*[2] (Wiesbaden 1979).

M. SCHNEBEL, *Die Landwirtschaft im hellenistischen Agypten* (München 1925).

M. ROSTOVTZEFF, *Social and Economic History of the Hellenistic World* (Oxford 1941).

R. V. PÖHLMANN, *Geschichte der sozialen Frage und des Sozialismus in der antiken Welt*[3] (München 1925).

J. H. LIPSIUS, *Das attische Recht und Rechtsverfahren* (Leipzig 1905-1915 = Heidelsheim 1966).

G. E. M. DE STE CROIX, *The Class Struggle in the Ancient Greek World* (London 1982).

3. Cultura

J. L. HEIBERG, *Geschichte der Mathematik und Naturwissenschaften im Altertum* (München 1925 = 1961).

W. WINDELBAND - A. GODECKEMEYER, *Geschichte der abendländischen Philosophie im Altertum*[4] (München 1933 = 1963).

T. GOMPERZ, *Griechische Denker* (Leipzig 1909-1912).

E. ZELLER, *Die Philosophie der Griechen*[4-7] (Leipzig 1920-1923 = Heidelsheim 1963).

W. JAEGER, *Paideia* (Berlín 1936-1947).

H. I. MARROU, *Histoire de l'éducation dans l'antiquité*[5] (París 1960).

M. P. NILSSON, *Die hellenistische Schule*

W. NESTLE, *Vom Mythos zum Logos* (Stuttgart 1942 = Aalen 1966).

J. BURCKHARDT - J. OERI, *Griechische Kulturgeschichte* (Berlín-Stuttgart 1898-1902).

E. WOLF, *Griechisches Rechtsdenken* (Frankfurt 1950-1970).

4. Literatura

W. v. CHRIST - W. SCHMID - O. STÄHLIN - H. HERTER, *Geschichte der griechischen Literatur*[1-6] (München 1920-1948).

A. LESKI, *Geschichte der griechischen Literatur*[2] (Bern 1962).

E. NORDEN, *Die antike Kunstprosa*[5] (Stuttgart 1958).

5. Numismática

K. CHRIST, *Antike Numismatik* (Darmstadt 1967).

J. BABELON, *La numismatique antique* (París 1944).

E. BABELON, *Traité des monnaies grecques et romaines* (París 1901-1932).

B. V. HEAD, *A guide to the principal coins of the Greeks* (London 1932).

C. SELTMAN, *Greek coins*[2] (London 1955).

6. Religión

M. NILSSON, *Geschichte der griechischen Religion*[3] (München 1967-1974).

W. H. ROSCHER, *Ausführliches Lexikon der griechischen und römischen Mythologie* (Leipzig 1884-1937 = Hildesheim 1965).

F. TAEGER, *Charisma* (Stuttgart 1957-1960).

E. ROHDE, *Psyche*[9-10] (Tübingen 1925).

INDICE

Pág.

INTRODUCCION 7

I. GRECIA PRIMITIVA (hasta el siglo VIII a. C.) 9

El país y su prehistoria 9
La civilización caria 10
Nuevos pueblos 12
La civilización minoica 13
Los aqueos y el fin de la sociedad minoica .. 16
La civilización micénica 17
El fin de los micenos 20
Los pueblos del mar 20
La migración dórica 22
La cultura homérica 24
La lengua griega 24
El nacimiento de la épica 25
Homero y Hesíodo 25
Sociedad y economía 27

II. EVOLUCION DEL MUNDO GRIEGO (siglos VIII al VI a. C.) 29

El particularismo griego: nacen las ciudades-estado 29
La monarquía militar 31
El régimen aristocrático-oligárquico 32
Crisis del poder aristocrático: la timocracia .. 33
Los legisladores 34

Pág.

Los tiranos 35
La democracia 37
La construcción del cosmos espartano 37
Atenas: de la monarquía a la isonomia 42
Primeros cambios 42
Las leyes de Solón 44
El régimen de Pisistrato 46
La reforma de Clístones 48
La colonización griega 50
La civilización griega en vísperas de las guerras contra Persia 54
Estructura económico social 54
Unidad cultural griega 55
La religión 57
Libertad religiosa 57
Los mitos 57
Dioses y héroes 59
Moral, ritos y fiestas 61
Religión emocional y misterios 64
Orfismo y Pitagorismo 66
El nacimiento de la lírica 68

III. EL CONFLICTO CON PERSIA (Años 500-478 a. C.) 73

La revuelta jónica 73
La primera expedición persa 75
El intermedio 76
La gran guerra persa 78
La coexistencia pacífica 79

IV. GRECIA BAJO LA HEGEMONIA DE ATENAS (Años 477-431 a. C.) . . 83

El triunfo de la democracia 83
La época de Pericles 85
La vida económico social 86
La población urbana y la artesanía 86
La aristocracia 87
El comercio marítimo 88
La banca 90
Los ingresos públicos 92

Pág.

V. **LAS GUERRAS POR LA HEGEMONIA** (Años 431-336 a. C.) 95

El gran conflicto del Peloponeso 95
La hegemonía espartana y tebana 97
Consecuencias económico-sociales de las Guerras del Peloponeso 100
El ascenso de Macedonia: Filipo II 101

VI. **EL APOGEO DE LA CULTURA GRIEGA** 105

El arte griego 106
Arquitectura y escultura 107
La cerámica 108
El esplendor de la lírica 109
La tragedia 110
Esquilo 112
Sófocles 113
Eurípides 114
La comedia ática 115
La filosofía 116
La filosofía jónica y los presocráticos 116
Los sofistas 121
Sócrates 123
Platón 124
Aristóteles 126
Los orígenes y el desarrollo de la historiografía 127

VII. **EL HELENISMO** 133

Las conquistas de Alejandro Magno 133
El programa político de Alejandro 137
Los diádocos 138
El Reino Seleucida de Siria 140
El Reino de Egipto 142
El Reino de Macedonia 144
El Reino de Pérgamo 147
Las ciudades griegas 148
Los Reinos Helenísticos menores 150
El Reino de los Partos Arsácidas 151

Pág.

Vida económico-social del helenismo 153
El nuevo marco de la economía 153
Las nuevas ciudades 153
Dirigismo estatal 155
Los grandes centros del comercio marítimo 155
La cultura helenística 157
El arte 157
La literatura 158
La filosofía 159
El estoicismo 159
Los epicúreos 160
Los cínicos 161
El pensamiento religioso 162
Racionalización del mito 162
El sincretismo y los nuevos cultos 163
La religión astral 165
Tendencias hacia el monoteísmo 167
La magia 168
El culto de los soberanos 000

INDICE TEMATICO 171
CUADRO CRONOLOGICO 175
ORIENTACION BIBLIOGRAFICA 179
INDICE 187



BOLSILLO MENSAJERO

Pretende facilitar a un gran número de lectores títulos muy variados selectos en su presentación y en su contenido a precios realmente asequibles.

1. LA MUJER EN LA NUEVA SOCIEDAD
   E. Radius, A. Grosso y otros.
2. PSICOLOGIA DE NUESTROS CONFLICTOS CON LOS DEMAS
   Marc Oraison.
3. LOS SECRETOS DE LA SALUD
   En colaboración.
4. EDUCACION SEXUAL Y CONYUGAL
   Charles y Laura Robinson.
5. EL CAMINO DEL YOGA
   Xavier Moreno Lara.
6. SABER ADELGAZAR
   Dr. Apfelbaum.
7. MARTIN LUTHER KING, REBELDE POR AMOR
   Walter Minestrini.
8. NUEVO TESTAMENTO
   Moderna versión.
9. LA DEPRESION NERVIOSA
   En colaboración.
10. COMO HABLAR EN PUBLICO
    René S. Catta.
11. EL DESARROLLO DE LA PERSONALIDAD
    Sylvain Brind'Amour.
12. DOCUMENTOS COMPLETOS DEL VATICANO II
13. LA HERENCIA Y VUESTROS HIJOS
    Dr. Y. Houdard.
14. LOS FABULOSOS JUEGOS OLIMPICOS
    Juan Antonio Ruigómez.
15. LA PAREJA HOY
    M. Teresa Van Eeckhout.
16. VICTORIA SOBRE EL INSOMNIO
    J. Scandel.
17. LA PILDORA
    Yves Genouel.
18. LA PEDAGOGIA SEXUAL Y NOSOTRAS LAS MUJERES
    Dra. Gisela Schmeer.
19. TECNICAS DE LA SERENIDAD
    M. Kohler.
20. LAS ENFERMEDADES VENEREAS
    Dominique Dallayrac.
21. PEQUEÑECES
    Luis Coloma.
22. EL DRAMA DE JESUS
    José Julio Martínez.
23. PEQUEÑO DICCIONARIO MÉDICO-PRACTICO
    Pierre Neuville.
24. VALLE NEGRO
    Hugo Wast.
25. MANTENERSE JOVEN. PERMANECER ACTIVO
    Dr. Eric Weiser.
26. LA PERSONALIDAD DEL HOMBRE
    J. Rattner.

27. EL EQUILIBRIO DE LA PERSONALIDAD
Yves Paul-Margueritte.
28. EL INFARTO. COMO EVITARLO
C. Vallier.
29. LOS AÑOS GANADOS
Dr. Eric Weiser.
30. PSICOLOGIA Y VIDA COTIDIANA
J. Bresse.
31. ADELGAZAR POR LA GIMNASIA
M. Rouet.
32. LA ETERNA JUVENTUD DE LA VIDA
M. Rouet.
33. EL EMBARAZO Y EL PARTO
M. Hèléne Miehe.
34. HEROICA Y TENEBROSA IRA
J. Le Bailly.
35. LOS PARAISOS DE LAS DROGAS
G. Gerosa, N. Willard, B. Bisio.
36. ¿LIBERALIZAR EL ABORTO?
J. Ferin y C. Lecart-M.T. Meulders-V. Veylen.
37. JUAN XXIII. PARROCO DEL MUNDO
Pietro Ambrogiani.
38. LA SALUD POR LA COMIDA
Marcel Rouet.
39. GUIA ALIMENTICIA DEL DEPORTISTA
Dr. A. F. Creff. L. Berard.
40. ENTRENAMIENTO PARA LA LECTURA RAPIDA Y EFICAZ
Maurice Guidici.
41. POLEMICA Y REALIDAD DEL ABORTO
Dr. Enrique Montañés del Olmo.
42. EL ARTE DE CONVERSAR
Harald Raschke.
43. LA PAREJA SIN HIJOS
Suzane Bresard.
44. BELLEZA: 800 RECETAS
F. le Folcalvez.
45. ¿QUE HACER CON VUESTROS HIJOS?
Charles y Laura Robinson.
46. PROCESO AL SIGLO XX
Carlos Alfonso.
47. EL FENOMENO DE LAS HORMONAS
Gerhard Venzner.
48. PADRES E HIJOS, ¿AMIGOS O ENEMIGOS?
E. Blumenthal.
49. INTRODUCCION A LA PSICOLOGIA
F. Acha.
50. PSICOLOGIA DE LA PAREJA
En colaboración.
51. INTRODUCCION A LA HISTORIA. (HOMBRES, CLASES, PUEBLOS)
Santos Juliá Díaz.
52. INTRODUCCION A LA PEDAGOGIA
F. Acha.
53. IÑIGO DE LOYOLA
Rosendo Roig.
54. NATURALEZA Y TECNICA
Edith Schenk.
55. EL LAZARILLO DE TORMES
Anónimo, Edición, Introducción, interpretación y notas de Rosendo Roig.
56. INTRODUCCION AL BUDISMO-ZEN
Teitaro Suzuki.

57. EL PODER DE LA VOLUNTAD
J. Lindworsky.
58. PRIMEROS AUXILIOS
José María de Mena.
59. PSICOLOGIA PARA LA EDUCACION DEL NIÑO
En colaboración.
60. LA FELICIDAD DE LA JOVEN PAREJA
Philippe y Claire Deroux.
61. INTRODUCCION A LA PSIQUIATRIA
I. Pellicier.
62. PSICOLOGIA DE NUESTRAS RELACIONES CON LOS DEMAS
Marc Oraison.
63. EL AMOR FRATERNO
François Humblet.
64. HISTORIA DE ESPAÑA
En colaboración.
65. LA HISTORIA DE HELEN KELLER
Lorena A. Hickok.
66. PSICOPEDAGOGIA DE LA INFANCIA A LA ADOLESCENCIA
Roger Gilbert.
67. GUIA DE LA DEFENSA PERSONAL
L. Arpin.
68. RIMAS Y LEYENDAS DE GUSTAVO ADOLFO BECQUER
Edición, prólogo y pedagogía de Rosendo Roig.
69. SABER ESTUDIAR
Juan Ontza.
70. HISTORIA DE LAS RELIGIONES
Equipo de Redacción PAL.
71. EL ORDENADOR, PRODIGIO DE LA TECNICA
Francisco Isla y Luis G. Eibar.
72. SABER CASTIGAR
Patrice Myrnos.
73. EL CINE. GENERO Y ESTILOS
Xavier Moreno Lara.
74. DICCIONARIO DE MITOLOGIA
José Luis Arriaga.
75. LA CELESTINA.
Francisco Rojas-Rosendo Roig.
76. ETICA Y MORAL
Félix Acha Irizar.
77. COCINAR ES FACIL
María Jesús Escribano.
78. FABULAS
Félix María Samaniego.
79. TIMIDEZ, VOLUNTAD, ACTIVIDAD
Paul Chauchard.
80. CONOCIMIENTO Y DOMINIO DE LA MEMORIA
Paul Chauchard.
81. EL EQUILIBRIO DEL CUERPO Y DE LA MENTE
Bizé-Goguelin.
82. LA INTELIGENCIA EFICAZ
Sartín.
83. VIDA FAMILIAR Y VIDA ESCOLAR
Félix Acha Irizar.
84. LA DANZA DE LOS NUMEROS
Héctor Antoñana.
85. ANGUSTIAS DE NIÑOS SANOS
Gisele Eberlein.
86. DICCIONARIO DE PSICOLOGIA
Equipo de Redacción PAL.

87. CONOCER A LOS OTROS
Michel Gauquelin.
88. SABER COMUNICARSE
Françoise Gauquelin.
89. MADUREZ CREADORA
Ingo Mummert.
90. TRIUNFAR EN LA TERCERA EDAD
Xavier Moreno Lara.
91. JUAN PABLO II. EL HOMBRE Y EL PAPA
Equipo Redacción Mensajero.
92. "TRAINING" MENTAL
Dr. A. Bierach.
93. LA IMAGEN PERSONAL CLAVE PARA EL EXITO
Dr. Alfred Bierach.
94. EDUCAR LA FAMILIA, HOY
Miguel Bertrán Quera.
95. EL DESARROLLO VITAL DEL HOMBRE
Bernard Livegoed.
96. LA DROGA Y VUESTROS HIJOS
Centro Didro. París.
97. MI HIJO ES ¿SUPERDOTADO? ¿NORMAL? ¿TORPE?
José María de Mena.
98. GUIA DE LA RELAJACION Y DE LA SOFROLOGIA
Claude Haumont.
99. CORO Y COCINA DE LOS MONASTERIOS DE ESPAÑA
Rosendo Roig.
100. PALESTINA AYER Y HOY
Teodoro Martínez.
101. FAMILIA HOY Y MAÑANA
Carlos Magaz Sangro.
102. HISTORIA UNIVERSAL (I). Prehistoria e historia del Próximo Oriente
Equipo Redacción PAL.
103. HISTORIA UNIVERSAL (II). El mundo griego
Equipo Redacción PAL.
104. HISTORIA UNIVERSAL (III). El mundo romano
Equipo Redacción PAL.
105. HISTORIA UNIVERSAL (IV). La Alta Edad Media
Equipo Redacción PAL.
106. HISTORIA UNIVERSAL (V). La Baja Edad Media
Equipo Redacción PAL.
107. HISTORIA UNIVERSAL (VI). El Renacimiento, Reforma y Contrarreforma
Equipo Redacción PAL.
108. HISTORIA UNIVERSAL (VII). El Siglo de las Luces, Revolución Francesa y Epoca de Napoleón
Equipo Redacción PAL.
109. HISTORIA UNIVERSAL (VIII). Emancipación Americana. La Revolución Industrial
Equipo Redacción PAL.
110. HISTORIA UNIVERSAL (IX). Epoca Contemporánea
Equipo Redacción PAL.
111. GANE DINERO SABIENDO VENDER
Carlos Barceló.
112. AMATE Y SE FELIZ
Elena Llanos López.
113. EL CANTO A LA VIDA
Juan Guerra Cáceres.
114. HISTORIA DE LA MEDICINA UNIVERSAL
José María de Mena.
115. EL MATRIMONIO COMO DESACUERDO
Carlos Magaz Sangro.

116. SIDA, HISTORIA Y ANECDOTA
Vicente Ruvira Ballester.
117. PLENITUD
Juan Guerra Cáceres.
118. CURADO DEL CANCER
Anthony J. Sattilaro, M.D.
119. SUPERACION
Juan Guerra Cáceres.
120. CORREOS MARITIMOS ESPAÑOLES A LA AMERICA ESPAÑOLA (Vol. I)
Francisco Garay.
121. CORREOS MARITIMOS ESPAÑOLES A LA AMERICA ESPAÑOLA (Vol. II)
Francisco Garay.
122. LA CAMISA DEL HOMBRE FELIZ Y OTRAS NARRACIONES
Luis Coloma.
123. HAZAÑAS Y SECRETOS DE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL (Tomo I)
J. M. Romaña Arteaga.
124. DICCIONARIO DE ECONOMIA Y EMPRESA
Diego Domínguez Fernández.
125. CUENTOS DE LOS HERMANOS GRIMM
Traducción Emma Von Bánaston.
126. HAZAÑAS Y SECRETOS DE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL (Tomo II)
J. M. Romaña Arteaga.
127. COCINA DE URGENCIA PARA HOMBRES SOLOS
José María de Mena.
128. A SANTIAGO CON EL PAPA
Teodoro Martínez, S.I.
129. EL INFIERNO DE LAS SECTAS
César Vidal Manzanares.
130. NATURALEZA Y ARTE
Jacinto Gómez Tejedor.
131. FABULAS DE FEDRO
132. HAZAÑAS Y SECRETOS DE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL (Tomo III)
J. M. Romaña Arteaga.
133. DICCIONARIO DE SINONIMOS Y ANTONIMOS
En colaboración.
134. IÑIGO DE LOYOLA
Roberto Martialay, S.I.
135. CORREOS MARITIMOS ESPAÑOLES A FILIPINAS (Vol. III)
Francisco Garay Unibaso.
136. YO VIVI LA BOMBA ATOMICA
Pedro Arrupe.
137. BALADAS DE LA VIEJA EUROPA
G. A. Bürger, V. Hugo, Goethe...
138. SIMBOLOS DE LA NATURALEZA
Jacinto Gómez Tejedor.
139. DICCIONARIO DE ARTES PLASTICAS
Juan I Fernández Marco.
140. UN NATURALISTA ANTE EL QUIJOTE
Jacinto Gómez Tejedor.
141. COMUNICARSE EN FAMILIA
Marie-Madeleine Martinie.

bolsillo
mensajero

La historia de Grecia es una de las partes más importantes en la historia de la Humanidad. En sí es la historia de un pequeño pueblo, pero los logros de ese pequeño pueblo, extraordinariamente bien dotado en el campo de la política, de la literatura, del arte, de las ciencias y del pensamiento en general, fueron extraordinarios y en muchos aspectos cabría decir que definitivos: en muchos campos lo logrado por los griegos constituye un canon o regla de lo clásico. Gran parte de esos logros se ha perpetuado en la cultura occidental: nuestra política, nuestra filosofía, nuestra medicina, están llenas de términos de origen griego, que no hacen más que reflejar la importancia que la aportación griega ha tenido en la formación de la cultura occidental. Desde el punto de vista histórico es muy interesante examinar detenidamente la génesis de esa cultura, desde los humildes comienzos de lo que cabría llamar pueblo heleno; es un aleccionador proceso de gestación, de robustecimiento, de tenaz defensa de sus propios valores, de errores y aciertos, de concentración y de expansión. Ese proceso termina con la gran expansión del helenismo, en la que la cultura griega rompe los límites geográficos de lo ... go (heleno) y trasciende (heleniza) a ... eblos que poco o nada tenían que ver ... con los griegos.